CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

MADRID 122

FEBRERO 1960

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M-3.875-1958

122

DIRECCION, ADMINISTRACIÓN
Y SECRETARÍA

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.
Teléfono 24 87 91

M A D R I D

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. "Librería La Universitaria". Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—D. Fernando Chinaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro,* Grajaú (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—D. Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia).—Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora Gral. de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (Rep. de Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo* (Rep. Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Bocaya y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador). — Roig Spanish Books. 576, Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA).—Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avd. Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (Rep. El Salvador).—Don Manuel Peláez. P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas). — Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (Rep. Guatemala).—Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenango* (Rep. Guatemala).—Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).—PP. Paulinas. Casa Cural. Apartado, núm. 2. *San Pedro de Sula* (Honduras). Librería "La Idea". Apartado Postal, 227. *Tegucigalpa* (Honduras).—Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52. *México, D. F.* (México).—Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua* (Nicaragua).—Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua). Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Pl. de Arango, 3. *Panamá* (Rep. de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay).—Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú).—Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico).—Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg* 1 (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gereonstrasse, 25-29. *Koln* 1, Postfach (Alemania). — Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (France).—Librairie Mollat. 15 rue Vital Carles. *Bordeaux* (Francia). — Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal).—Stanley, Newsagent Confectioner. 14 Leinster Street (STH.). *Dublín* (Irlanda).

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 248791

MADRID

Precio del ejemplar ... ... 20 pesetas.

Suscripción anual... ... ... 190 pesetas.

Gráficas VALERA, S. A.—Libertad, 20.—Teléfono 21-58-65.—Madrid.

INDICE

Portada y dibujos del dibujante De la Torre.



ARTE Y PENSAMIENTO

DOS NARRACIONES DE AZORIN

I

NO HACER NADA

Se iba acercando, para Martín Pascual, el momento de no hacer nada. Se lo tenía bien ganado; pero a Martín Pascual le interesaba más la psicología que el derecho. Tenía derecho—después de cincuenta, sesenta años de trabajar—a no trabajar. No le importaba ese derecho; le atraía el proceso psicológico; le hechizaba el «cómo». A ese momento memorable venía Martín preparándose hacía tiempo; gradualmente amenguaba, apocaba, disminuía el trabajo. No quería verse, repentinamente, de antuvión, súbitamente, ante el hecho—desconcertante, pavoroso, si se sufre decir—de no hacer nada. Trabajar era, sin embargo, lo que hacía, en la forma que fuera, ya con gana, ya sin gana, ya con fervor, ya sin fervor, ya con tesón, ya con desmayo. En la ciudad populosa, entre el tráfago mundano, en el hervidero de las gentes, se hacía difícil el no trabajar; un incidente cualquiera—carta, visita, llamada telefónica—le obligaba a desplegar actividad mental. Necesitaba, por lo tanto, Martín Pascual el aislamiento, la soledad, el silencio. Se fué a un pueblo; creía él que en un pueblo encontraría lo que buscaba. No le disuadí; le acompañé en sus últimas horas en Madrid. Le gustaban a Martín los modismos; a mí también me gustan. Decía Martín que había que «cortar por lo sano». No voy yo tan lejos. Se metió en su automóvil, y a la mitad del camino—lo he sabido por él mismo—tuvo ya sus dudas. El torcedor, que atosiga las conciencias, comenzó a huronear en su espíritu. ¡Cuidado con los torcedores! Barruntó que acaso la soledad no sería para su intento tan propicia como el tráfago. Si no tenía las conversaciones enojosas, enfadosas, de la ciudad, se iría derecho al soliloquio interno; si le faltaba el diálogo, dialogaría consigo mismo. Y ese devanear de su pensamiento sería más trabajoso, más afanoso, más angustioso que la apacible y vacua parlería en que no se dice nada. En fin, Martín Pascual llegó al pueblo; estaba más mego, lacio que había salido de Madrid. No sabía ya ni qué hacer ni qué pensar. Huía del trabajo, y se veía metido en «trabajos»; el plural es aquí más terrible que el singular; trabajos son cuitas, afanes, preocupaciones, quebrantos, pesares, dolores, achaques, llantos, etc. Comprendió, como él diría, que «había hecho un pan como unas hostias».

Al transponer los umbrales de la casa y quedarse solo, comenzó a ver claro: el enemigo lo llevaba con su persona; no podría desembara-

zarse de su enemigo. No quiero ser enigmático: el enemigo de que hablo es la imaginación. Nadie ha hablado de la imaginación tan expresivamente, tan bellamente como Fray Luis de Granada. Lo sé yo y lo sabía Martín Pascual. En la soledad de su casa rememoraba Martín las palabras de Fray Luis sobre la imaginación: «Muchas veces se nos va de casa como esclavo fugitivo, sin licencia; y primero ha dado una vuelta al mundo que echamos de ver dónde está. La imaginación—añade Fray Luis—es también una potencia, muy apetitosa y codiciosa de pensar cuando se le pone por delante, a manera de los perros golosos que todo lo andan probando y trastornando, y en todo quieren meter el hocico. Si durante cincuenta, sesenta años había estado la imaginación maquinando en Martín Pascual, no era creíble que ahora, en la soledad, dejara de maquinar. Martín Pascual, en su casa del pueblo, estaría quieto, sosegado, mano sobre mano: la imaginación trabajaría. Cerraría los ojos o miraría a las musarañas—si es que existían en el pueblo musarañas—; la imaginación trabajaría también. Se pondría a contemplar las llamas en la chimenea, cosa distraída, y la imaginación no cesaría de trabajar. Y ya que he hablado de la chimenea, no quiero dejar de decir algo que se refiere al caso, algo muy curioso. Martín Pascual, a poco de llegar al pueblo, dió una vuelta por la cocina, una cocina de campana. Pensó que como había estado tanto tiempo cerrada la casa, habría de deshollinar; seguramente que existiría en el pueblo algún deshollinador. No existirían en Nueva York; pensaba Martín Pascual que en Nueva York todas las cocinas eran eléctricas. No habría, por lo tanto, humo; no habría, consecuentemente, chimenea; no habría, claro está, hollín. Sin cocina, con lumbrada, con charasca, no existiría hogar. Claro que en este caso se trata del hogar material; pero, en una forma u otra, esa materialidad influiría en lo espiritual, en el hogar invisible, intangible. Daba unas vueltas Martín por el desván—y éste es otro caso—, y como el tiempo en aquel entonces estaba metido en agua, observó que el techo se llovía; había goteras. De las goteras infería que existían tejas rotas. Habría que retejar, trastejar. Los franceses no tienen estos dos verbos; en vez de trastejar, retejar, dicen *mètre de nouvelles tuiles á un toit.* Comenzaba Martín Pascual a comparar, en su imaginación, el castellano y el francés. Si el francés era preciso, el castellano, con ser abundoso, rico, tiraba a la anfibología. Martín Pascual, poniendo cuidado, podría, como cualquiera que pusiera el mismo cuidado, obviar a los inconvenientes de la falacia anfibológica. Y sentándose ante la mesa, con un mazo de cuartillas, iba raudamente, gozosamente, emborronándolas. No hacía nada; no hacía absolutamente nada. Sencillamente, trabajaba.

II

LA VIDA EN LA ALDEA

En 1539 se publica, junto con otras obras del autor, el *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea,* de Fray Antonio de Guevara. Se nos dice que hasta 1592 no se publica, por separado, el librito. No lo creo; tengo en la mesa un ejemplar de letra gótica, en octavo menor, de sesenta y dos folios. Le falta el prólogo; no creo que sea el volumen de fines de la citada centuria. El libro de Guevara, como su título indica, es elogio de la aldea y vituperio de la Corte. La Corte, en tiempos de Guevara, no residía en población fija; andaba errante de una ciudad en otra. Las incomodidades de esta divagación por España, para los cortesanos, saltan a la vista; las pinta Cristóbal de Castillejo, cortesano también, en uno de sus poemas. No hay que considerar, pues, de una parte, la errabundez penosa de los cortesanos, y de otra, la estabilidad sosegada de los aldeanos. No se trata aquí, propiamente, de aldeanos, sino de esos mismos señores, continuos en la Corte, que se retiran a una casa que ellos, con todas las comodidades, las que se podían tener en aquel tiempo, poseen en la aldea.

Guevara nace en 1480 y muere en 1545. Conoce Avila, Soria, Arévalo, casi toda Castilla la Vieja; ha vivido en Valencia. Al escribir su libro, ha atesorado ya experiencia del terreno de España, del paisaje de España. Si se examina de cerca el libro, advertimos que la parte dedicada a la crítica de la Corte es mucho más extensa y circunstanciada que la consagrada a la aldea: diríase que el autor, inveterado cortesano, hace el elogio de la aldea a contrapelo. En la aldea, realmente, no ha vivido Guevara. En la aldea, en el caserío, en la casería, lo que domina, naturalmente, es el trabajo del campo. No vemos, en el libro de Guevara, a los labriegos, a los labrantinos, a los labradores, en sus tierras, en sus faenas. En el elogio de la aldea, lo principal de ella, el trabajo de los campos, está ausente. En los parajes de España en que ha vivido Guevara se cultivan los cereales, la viña, el olivo, principalmente. Guevara hace una excepción a favor de la vid: nos entera—sin que veamos al viñador, al viticultor—de todas, o casi todas, las operaciones atañederas al cultivo de la vid. Son éstas: plantar, binar, «cubrir y descubrir»—no se qué operaciones son éstas—, cercar, bardar, regar, estercolar, podar, sarmentar, vendimiar. He dicho casi todas, porque, a mi parecer, faltan dos: entrecavar, mugronar. El Diccionario admite mugron, pero no acepta el acto de utilizar los mugrones, «mugronar». El aceite no lo nombra el autor sino una sola vez, con un motivo histórico: Plauto tenía, entre otros oficios, el de «vendedor de aceite».

España es un país olivarero. Don Zoilo Espejo, autoridad en la materia, en su libro *Cultivo del olivo* (Madrid, 1898) nos dice que de las cuarenta y nueve provincias de España, en treinta y tres no se da el olivo; las demás lo cultivan. No vemos los trigos en el libro de Guevara; se nos habla del pan que podemos comer en la aldea: tierno, «fofo», blanco como la nieve; el pan fofo, esponjoso, es excelente; podemos comerlo también en la Corte. El pan reciente es delicioso; pero hay quien lo prefiere del día anterior, sentado, duro, sin ser enteramente duro. De los otros dones del campo apenas si habla el autor. Menciona las «brevas tempranas»; habla de «escamondar los almendros». Desde el punto de vista agrícola, la loanza de la aldea se reduce a bien poco; en la aldea no se trabaja. El señor que se ha retirado de la Corte vive en su casa, apartado del trabajo, sin labradores que le cerquen.

Son muchos los laudes de Guevara a la aldea; muchos los improperios a la Corte. Hay, sin embargo, en el libro un solo elogio a la Corte que contrapesa todas las loanzas a la aldea. Nos dice Guevara que en la Corte, el morador en ella «no habrá hombre que le pida cuenta de su vida, ni aun le diga una mala palabra». En el caserío, con escaso vecindario, todos nos están acechando; todos espían nuestros menores movimientos, nuestros más leves pasos. Lo que parlemos, comentado será en voz baja, malignamente, por nuestros convecinos. En una palabra, y para ser claros: la gran corruptela, la mancilla indeleble de la aldea, es la maledicencia, la detracción. Hemos ido al caserío en busca de soledad, de sosiego, y nos encontramos con cien ojos que nos miran, con cien oídos que nos escuchan. No lo decimos nosotros; lo ponemos a cargo de Guevara. A cada cual lo suyo. Nosotros, sin que sea alabarnos, no somos tan suspicaces. Hoy, con el automóvil, con la radio, con el cine, se han borrado las diferencias entre Corte y aldea. Podemos, si podemos, tener un cine; la radio nos pone en comunicación con todo el planeta; con nuestro automóvil, si lo tenemos, nos ponemos, en un dos por tres, en la Corte o en la ciudad que deseemos. Y en Madrid, en París, en Buenos Aires, podemos comer, en toda época del año, frutas de todas las estaciones, lozanas y en sazón.

Azorín.
Zorrilla, 19.
MADRID

ADORACION AL SANTISIMO SACRAMENTO

POR

GERARDO DIEGO

Este poema obtuvo "La flor natural" en los Juegos Florales Eucarísticos Hispanoamericanos, celebrados en la ciudad de Toledo el 26 de mayo de 1959.

Dame, Señor tu ocio; ocio para adorarte;
ocio de pensamiento si las manos se enfangan;
ocio azul del espíritu mientras cavila el seso;
ocio de ángel sin tiempo tras cancela de plumas,
de mariposa absorta en el borde del cáliz
que abre y cierra sus alas, abanicando el éxtasis;
ocio de alta vigilia reclinada en tu sueño.

No tener prisa, no tener prisa, no tener prisa.
Señor, Tú estás presente, Tú eres presente, Tú eres
el Presente.

Déjame despojarme de todo: de mis hábitos,
de mi calzado cómplice oloroso a tomillo,
de mi seda, mi música y mi rosa,
de mi retina y mi pincel abeja.
No quiero antenas; arríame, tómame,
desarbólame, déjame en puro casco
flotante y sin rumbo, oscilando en tu mar.

Aquí me tienes, Señor; ahora ya puedo
acercarme, sumirme en tu inmensa presencia,
todo en ti convertido, deseado.
Ya sólo existo, soy, para adorarte.
Círculo eres sin fin y sin principio.
En el Pan Tú reposas y de onda en onda creces,
naciendo sin cesar para quererme.
Círculo quiero ser como tu blanco Cuerpo,
como el brocal de oro que se asoma a tu Sangre,
un redondo adorarte, anillo puro.
No hay más absoluto que este amor que nos une.

Cuerpo, Sangre de Cristo, báñame de tus ondas,
aliméntame, fúndame, concéntrame,
¡oh milagro sin víspera y contigo!,
súbito arranque, asombro
de la viña, nueva revelación del trigo,
consejo de María inocente en las bodas.

(Y por Ella me acuerdo.
Grumete azul marino.
Primera Comunión.
Yo, niño.

Con mi libro de nácar.
Con mi alma de lirio.
Qué adentro te acunaba.
Tú, Niño.

Estrenaban mis ojos
góticos paraísos;
mis labios, salmos cándidos.
Yo, David, niño.

Te sentía quemándome,
fundirte derretido.
Desmayaba de amores.
Tú, Jesús, Niño.

Sí. Siempre, siempre, siempre.
El aire se ha dormido.
Eterna es la pureza,
amor de niño a Niño.)

¡Oh misterio de amor y de rocío!
No hay imaginación que delirarlo pueda;
no hay mente que lo abarque, que lo ciña,
ni labios que lo canten, aunque en su linfa abreven.
El pan se hizo mil panes;
mil peces de canastos cuajaron un Pez solo;
el agua, vino; el vino se hizo sangre;
torrentes de amor rojo;
árbol circulatorio de pasión dibujada
por donde ya navega la índole redimida.
Y ahí mismo, en el Sagrario, esclavo, manifiesto,
canta el Pan de la Vida su condición oblata.

Millonaria cosecha para la que no hay trojes
ni castillos de silos, sino hambres consoladas.
Hambre de Dios, Dios mío, tener hambre de Dios.
Pero aún es más prodigio que Dios mismo
tenga y siga teniendo sed de hombre, sed de hombres.
Nada más absoluto que este amor tan tirano,
desnivel infinito nivelado a la altura
de una Persona en dos naturalezas.
Mas basta de palabras, nada dicen.
Hechos quieres, Amor, Cristo abreviado
a la medida de mi indigna vida.

(Amor, Amor, Amor.
Quiero cantarte dentro
en mi pecho.

Quiero ser tu sagrario
y, orfebre de mí mismo,
abrírmete en custodia
que te aloja.

Los Angeles del ocio
me rodean. Soy jaula.
Canta, canta, Cautivo,
canta.

Canta, mi Melodía,
cantemos al unísono,
que yo te sigo.

Arpégiame, transpórtame.
Sea yo todo tuyo,
tu arrullo.)

Ya no tengo otra cosa que hacer más que escucharte,
Sacramento Santísimo,
Acto, Pacto redondo de eternidad y plazo.

Veo en torno de mí, ¿qué es lo que veo?
¿Dónde fueron los Angeles?
Ahora son llamas,
bravías llamas que lamerme quieren
con lenguas de oro verde y lacre ardiendo.

Soy el centro visible de no sé qué universo,
soy acaso una pira y en mí se apiña y quema
la alada pesadumbre de una sacra Toledo.
Pero, ¡ay de mí!, soy torpe, incombustible.
De puro amor, mi Rey, mi Verso, mi Recluso,
de puro amor de adoración alzada,
sólo acierto a gloriarme, a transgloriarme
en surtidor de ocio
que sube en lanza y llueve calidísimas lágrimas.

Gerardo Diego.
Covarrubias, 9.
MADRID

ABRAHAM, PADRE DE LOS CREYENTES

POR

ANGEL GONZALEZ

> Cuando era niño, leía esta historia y sentía una inmensa compasión por el pequeño Isaac.
> Más tarde comprendí que no era el hijo, sino el viejo Abraham, el héroe de la historia.
> Ahora la vuelvo a leer, una y otra vez, y veo ineludiblemente comprometida en el camino del Moriah la aventura de todos los creyentes.

Levantóse Abraham muy de mañana, aparejó su asno y tomó consigo dos criados y a Isaac, su hijo. Partió la leña para el holocausto y se puso en camino (1).

Igual que en el alba de un día de fiesta, sus ojos se abrieron de par en par, descargados de sueño. Su cuerpo estaba ágil, como el de quien emprende algo.

Apartó hacia un lado el lienzo de pelos duros, que tapaba la puerta de su tienda, y dió de cara con la estepa muerta.

Si hubiera reparado, hubiera podido ver, en uno de los cuatro horizontes, un cielo rosáceo inclinarse sobre la arena de un desierto sin color.

Pero no tuvo tiempo. Ni necesidad de apoyar sus ojos en algo para concederse momentos de reflexión.

Todo estaba decidido. Y un día entero no era aún suficiente para andar el camino.

Levantóse Abraham muy de mañana y aprontó las cosas por su mano. Aprontó ordenamente todas y solas las cosas necesarias, sin indecisión, como el que está avezado a hacer lo mismo todos los días, o como quien ha esperado durante años ese día.

Levantóse Abraham muy de mañana y, sin despertar a Sara ni a las criadas, tomó consigo lo necesario. *Y se puso en camino.*

La pequeña comitiva marchaba con pasos severos sobre los lomos de la estepa. Había como un morder sordo de sandalias sobre la arena desnuda; lo demás, silencio.

En el horizonte, el cielo se había enrojecido un poco más, como fuego de holocausto sobre una «colina sagrada». Abraham reevocó entonces, una por una, mientras seguía su camino, las palabras que en la noche le habían despertado.

* * *

(1) *Gn.*, 22, 3.

Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, y encamínate a la tierra de Moriah, para ofrecerlo allí en holocausto, sobre una de las montañas que te indicaré (2).

El mensaje tenía todas las condiciones de una orden precisa, desnuda. Como si uno no bastara, cuatro términos sucesivos, cada cual más premioso que el otro, desvanecen todo equívoco: *a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac.*

Y estos cuatro términos dicen una cosa sola. En el estilo sobrio de la historia esta prodigalidad es un dato sorprendente.

Abraham comprende todo su significado. Cada término es una pulsación desgarrada en su más entrañable sensibilidad; entre todos forman una letanía de ternura con un fondo cruel de tragedia. Abraham comprende plenamente la razón de los cuatro términos.

El que está fuera lo comprende a fuerza de reflexión. Observa sólo la ecuación *Isaac-Moriah* y cree superfluo lo que precede: tu hijo, tu único, el que amas.

Abraham comprende. Son términos del discurso con el corazón del padre. De los cuatro, los tres primeros se refieren a él; son el caso del padre; son toda su historia. Sólo el último se refiere a Isaac. La ecuación del observador era falsa. La ecuación es *Abraham-Moriah.*

En efecto, el mensaje que Abraham recibe en la noche se refiere a un sacrificio y a una víctima sobre el Moriah. Desde el momento en que Abraham se pone en camino, alcanza ya la cumbre de la montaña. El sacrificio ha comenzado ya. Y nadie sino él, Abraham, se está quemando sobre la leña.

Isaac está lejos del Moriah todavía; le falta un camino largo, que sólo ha recorrido el corazón de Abraham. Desde el principio, la víctima es *tu hijo, tu único, al que amas;* es decir, Abraham, que tiene un hijo, un único hijo, al que ama en sus entrañas; Abraham, que ha llegado al Moriah anticipado.

* * *

Abraham tiene, efectivamente, un hijo. Tiene un hijo único. (El hijo de la sierva no entra en la historia.) Tiene un hijo único, al que ama en sus entrañas.

Abraham tiene razones especiales para amar a este hijo. Es su único. Abraham ama un futuro, por el que ha renunciado a todo su pasado.

Un día Abraham había renunciado a su casa, a sus parientes y a su patria, para llegar a ser *padre de un gran Pueblo* (3).

---

(2) *Gn.*, 22, 2.
(3) *Gn.*, 12, 1s.

Otro día había visto nacer un hijo en su tienda. Era un hijo del imposible natural, un hijo de gracia: *Abraham y Sara eran viejos, entrados en años, y Sara había cesado de tener lo que tienen las mujeres* (4). Pero Abraham había recibido de gracia un hijo, por haber renunciado a todo y haber creído en un hijo imposible, que le haría padre de una gran descendencia.

Toma a tu hijo, a tu único, al que amas. Toma el pasado a que renunciaste, el presente que de gracia posees, el que te dará un futuro que esperas y *encamínate a la tierra de Moriah.*

Levantóse Abraham muy de mañana y se puso en camino hacia el lugar que Dios le había indicado.

* * *

En el curso del día tercero alzó Abraham sus ojos y vió desde lejos el lugar (5).

Había sido un largo caminar en silencio de estatuas sobre la estepa muerta.

Tres días largos como un período, inmensos. Tres días sin sucesión, sin horas pasadas, sin referencia a cosa alguna. Un período de la vida, que comienza cuando Abraham se pone en camino y se interrumpe cuando alza sus ojos para ver desde lejos la montaña.

Abraham perdió de vista la tienda, en que le había nacido un hijo. Bajó sus ojos. Pasó un período. Y, al levantar de nuevo sus ojos, dió de frente con el Moriah.

Fué un tiempo largo para reflexión. Fué un camino largo para extravío. Pero Abraham no erró el camino; no desanduvo sus pasos. No mudó consejo ni se puso en desacuerdo. No suspendió el asentimiento ni negó la ofrenda.

Abraham anduvo, anduvo, anduvo... y, cuando ya podía alcanzarlo desde lejos, alzó sus ojos y vió el Moriah.

* * *

Y dijo Abraham a sus criados: quedaos aquí con el asno, mientras yo y el niño vamos hasta allá. Adoraremos y nos volveremos a vosotros (6).

En el horizonte, a la vista, está el Moriah. Abraham y el niño han de ir hasta allá. «Allá» es el límite del camino; como una muralla que anuncia el confín de la tierra.

Aquel monte es una meta sin retorno. Abraham no podía haber ha-

---

(4) *Gn.*, 18, 11.
(5) *Gn.*, 22, 4.
(6) *Gn.*, 22, 5.

blado de "volver". En la dimensión plural sus palabras aparentan un engaño. O mejor, encubren un misterio. Misterio en que Abraham trata de velar una realidad inconfesable. Pero no menos misterio para el mismo Abraham.

¿Qué esperanza inverosímil hay en la palabra de «volver»? ¿Es esperanza o es una fórmula de paz, en medio de una desesperada resignación?

Con el Moriah ante sus ojos, se deshace Abraham de la pequeña comitiva. De todos. Al Moriah había sido convocado él. Y debe llegar el. Es todo de su incumbencia. Todo tremendamente personal.

Allí, al lado suyo, está la figura del hijo. Pero Isaac, ¿está realmente allí o está ausente, ajeno a todo el camino de Abraham?

* * *

Y cogió Abraham la leña del holocausto y la cargó sobre Isaac, su hijo. Luego tomó en su mano el fuego y el cuchillo. E iban los dos juntos (7).

Abraham toma el fuego y el cuchillo en su mano. Y va. Isaac, con la leña, es la parte débil, pasiva. Y va su camino.

E iban los dos juntos. Pero todavía el cuchillo no puede desflorar el cuerpo infantil, ni puede el fuego prender en la leña. Una medida discreta les separa. La misma que separa a Isaac de Abraham.

El fuego y el cuchillo van con Abraham. Abraham está sintiendo en su carne el frío del hierro y la voracidad de la leña encendida. La leña que va sobre las espaldas de Isaac está apagada, inofensiva.

E iban los dos juntos, ajenos el uno al otro, en mundos diversos. Sólo hay un gesto ineficaz de acercamiento: un gesto hijo de la inocencia infantil.

* * *

Y dijo Isaac a Abraham: —Padre mío. Y él repondió: —Aquí estoy, hijo mío. Y aquél añadió: —Veo el fuego y la leña, pero ¿en dónde está el cordero para el holocausto? Y Abraham respondió: —Dios proveerá, hijo mío... E iban los dos juntos (8).

El camino gris había mantenido hermético todo sentimiento. Todo era tan esquivo como si el camino estuviese despoblado. Uno camina al son de la comitiva y va solo. Ellos caminan juntos, pero van también solos. Cada uno, solo.

Y, con todo, tiene que haber algo que una todavía a Isaac y a Abraham. Todo cuanto les une emerge en su diálogo: «padre mío»,

---

(7) *Gn.*, 22, 6.
(8) *Gn.*, 22, 7s.

«hijo mío». ¡No habían dejado aún abiertamente de serlo! Estas palabras, pronunciadas, tienen todavía su sentido. Para Isaac lo tienen todo; para Abraham, ¿qué sentido?

Abraham había renunciado a Isaac al salir de su tienda. Pero lo sabía él solo para su corazón. Al decir «hijo mío» hay en su voz un primario instinto paternal de salvar, de conservar, de retener. ¿No estaba aún a tiempo para negar su hijo al Moriah?

En apariencia hay todavía otra cosa que les une. Ambos caminan juntos y el objeto de sus pensamientos no parece difiera en aquella última etapa del camino: uno y otro piensan en la víctima del holocausto. ¿Qué les falta, pues, para salvar la sima que les separa?

Isaac pregunta inocente, ajeno a la tragedia de Abraham. Pero su pregunta es la más grave que Abraham hubiera podido oír. Ni nadie más siniestramente que Isaac hubiera podido hacer esta pregunta.

Abraham no puede responder; su respuesta es una evasión hacia el misterio: *Dios proveerá, hijo mío.* Y, mientras dice «hijo mío», retiene el fuego y el cuchillo en su mano.

El Moriah está a la vista. Sólo allí podrá Abraham librarse de un secreto que hay entre Dios y él: el secreto de una convención y de un pacto. El no lo entiende, pero sabe que existe. Y declina en Dios la respuesta.

En el Moriah Dios proveerá. Eso es precisamente lo que «Moriah» significa.

Abraham pudiera haber hecho una confesión brutal, inteligible para todos. Pero hace mucho que Abraham ha renunciado a entender. Lo que él puede entender no es más que un absurdo con seriedad mortal. Y antes de resignarse al absurdo se resigna a no entender. No sabe si recuperará o no a Isaac; pero sabe de una economía misteriosa, que le hace esperar contra toda esperanza.

Abraham declina la respuesta. Se reserva hasta el final al papel de la Providencia. Por lo demás, Isaac no hubiera podido tampoco entender el absurdo de una confesión brutal.

Y así, la respuesta de Abraham les deja, como antes, alejados. Fué una oportunidad de acercamiento desechada.

Los dos siguen juntos, solos. Acercar el niño al misterio de Abraham hubiera sido hacerle víctima con él. Hubiera sido hacerle llegar al Moriah anticipado.

* * *

Y llegaron al lugar que Dios le había dicho. Abraham erigió allí el altar y colocó la leña. Luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el

altar, encima de la leña. Tendió Abraham la mano y cogió el cuchillo para sacrificar a su hijo (9).

Cuando era niño...
Más tarde...
Ahora...

El autor de la historia silencia enteramente la reacción de Isaac en este momento supremo. ¿Debiera haberlo descrito de otro modo? No. El autor no habla de Isaac en su historia. El autor habla del «hijo»; es decir, de la paternidad de Abraham. Por eso no tenía que atender a Isaac.

Al llegar al Moriah, el historiógrafo no pierde, en cambio, ni un solo detalle, ni un solo gesto de la mano de Abraham. Se le ve disponerlo todo de prisa, sin zozobra, sin angustia, hasta levantar el cuchillo sin temblar.

La historia no habla de Isaac. Si hablara de Isaac sería la historia de un crimen. O la historia de un sacrificio humano. Pero ésta no es la historia de un crimen ni de un sacrificio humano, porque no es la historia de Isaac.

Isaac está ausente. Se ha perdido hace días para Abraham. Abraham perdió a Isaac por renuncia, cuando se levantó muy de mañana y se puso en camino. Todo lo que sigue es la historia de Abraham.

Abraham tendió la mano y alzó el cuchillo; pero no para inmolar a Isaac, sino para cumplir un rito. Dios podía haber tomado por su mano a Isaac y Abraham se hubiera privado de él. Abraham pudiera haber alzado el cuchillo dentro de la tienda, en donde renunció al hijo. Y, sin embargo, va al Moriah para cumplir la pedagogía de un rito.

Abraham no es un asesino ni un héroe de tragedia cuando alza el cuchillo. Es el ejecutor de un rito (10). Abraham va al Moriah; pero el gesto ya lo había hecho en su tienda. Allí no había alzado el cuchillo, pero había renunciado a Isaac.

El rito de Abraham es el de subir al Moriah, para "adorar" y "volver», como había dicho a sus criados. Subir al Moriah para que Dios «provea», como había dicho a Isaac.

* * *

Pero todo es incomprensible. La gesta de Abraham escapa a toda lógica humana. Al intentar comprenderla, se da con el absurdo.

En lógica humana es absurdo su madrugar, absurdo el camino del

---

(9) *Gn.*, 22, 9s.

(10) Por eso creo esté fuera de lugar el plantearse aquí el problema de la ética del acto, ni el hablar de una "suspensión teológica de lo moral", como hace Kierkegaard. Este tema está ausente en la intención del historiador.

Moriah, absurdo y horrendo su levantar el cuchillo. Todo ello para suprimir a Isaac, el hijo de su vejez, el único que podía hacer vivir su nombre, perpetuándole en una descendencia.

Desde que conocemos a Abraham, a su salida de Ur de los Caldeos, todo está en tensión hacia su paternidad sobre una gran descendencia. En el momento en que puede ser padre de una descendencia, porque Dios le ha dado un hijo de ancianidad, una voz en la noche le manda deshacerse de él. Desde que abandonó su parentela, capaz todavía de engendrar, todo había sido inútil, absurdo. Había renunciado a todo, lo había cedido todo, se había hecho peregrino de tierras extrañas. A cambio de un futuro en esperanzas había abandonado lo real, lo tangible, lo presente. Y al levantar el brazo con el cuchillo en la mano, ¿no está para perder también su futuro de esperanzas?

¿Volverá viejo a su mujer vieja, para ver juntos apagarse su nombre en el silencio muerto de una tienda perdida en el desierto?

Pero Abraham había hablado de «adorar» y de «volver» y de que «Dios proveerá». ¿Qué lógica misteriosa hay escondida en la gesta de Abraham?

* * *

El que tiene en la mano la historia de Abraham comienza leyendo: *Después de esto sucedió que Dios probó a Abraham y le dijo: ¡Abraham! Y él respondió. ¡Aquí estoy!* (11).

En las páginas de los libros santos se asiste con frecuencia a estas «pruebas» de Dios. Muchas veces la respuesta es negativa. Pero cada respuesta positiva es la definición de un «justo».

El saber desde el comienzo que ésta es una «prueba» de la fidelidad de Abraham, elimina de la historia, para el lector, el sabor de lo trágico, de lo irreparablemente horrible, y le deja sólo en expectativa de la respuesta de Abraham.

Pero para Abraham tiene toda una seriedad mortal. Uno hace todo el camino con él y asiste al espectáculo de su grandeza, sin poder librarse de la posibilidad de lo trágico y del sentimiento del absurdo.

Y puesto que ésta es una «prueba» y Abraham no lo sabe, ¿qué «lógica» superior dirige el camino de Abraham, que le hace superar el absurdo?

Abraham responde a la voz que oye en la noche: ¡Aquí estoy! Es una respuesta sin condición y una oferta. Esa voz tiene algo y da algo, que no se deja prender en el humano razonar.

El viejo Patriarca conoce esa voz ya desde antaño. Y desde enton-

---

(11) *Gn.*, 22, 1.

ces se dispuso a aceptarla. También la primera vez era ilógica, absurda:

Abandona tu país, tu parentela y la casa de tu padre y ponte en camino hacia un país que te indicaré (12).

Y Abraham rompió las lazos con el pasado y con el presente y se echó al camino de esperar. La voz que le invita a la renuncia le ofrece garantía suficiente para creer.

Por la fe, Abraham, al ser llamado, obedeció y salió hacia el lugar que había de recibir en herencia; y salió sin saber a dónde iba (13).

Con esa renuncia Abraham entra en una nueva esfera de valores, en donde no funcionan las categorías de la razón. Pero en esa esfera debe haber también una «lógica». Abraham no la comprende, pero la acepta y se atiene a su inconnoscible.

Abraham ve írsele los años. Su vitalidad se quebranta, sin que de su muslo haya nacido el descendiente. Y no obstante, en fuerza de su «lógica», sigue contando sus descendientes por el número de las arenas del desierto (14).

Y un día Sara puso sobre las rodillas de Abraham a Isaac, hijo imposible de su vejez. *Por la fe, la misma Sara, aunque fuera de edad, recibió fuerza de concebir, en cuanto reputó fiel al que se lo había prometido* (15).

Por más que se sienta padre, la alegría de Abraham no es la de una paternidad normal. Isaac es hijo de una fuerza joven que Abraham no tiene.

Con todo, entre los lienzos de la tienda, con el alborozo de un nacido, comienza a tener una lógica humana, comprensible, la esperanza de Abraham. Desde este momento ha bajado del absurdo y tiene motivos humanos para esperar. Comienza ya a ver germinar su descendencia en el número de las arenas del desierto.

Pero en este mismo momento Abraham había dejado de ser. Abraham es «fe» y ha de creer en su descendencia aún sin Isaac.

Y una noche, Dios volvió a llamar a Abraham... Y Abraham se levantó muy de mañana y tomó el camino del Moriah.

Acababa de renunciar otra vez a todo: al pasado, al presente y al futuro lógico. Alzó el cuchillo sobre Isaac, hijo por mitades de su fe y de su carne, y entró de nuevo en la esfera de la «lógica» inconnoscible.

Entró porque ya se había avezado, no con una resignación infinita, sino con la esperanza milagrosa de la fe.

---

(12) *Gn.*, 12, 1.
(13) *Hebr.*, 11, 7.
(14) *Gn.*, 15, 5s.; 22, 17.
(15) *Hebr.*, 11, 11.

Ofreció a su unigénito, el que había recibido las promesas al haberle sido dicho: «Es por Isaac por quien te será llamada una descendencia», reteniendo que aún de entre los muertos puede Dios resucitar (16).

Si Abraham no estuviera dispuesto al sacrificio de su hijo, tampoco tendría explicación ni sentido la salida a ciegas de su tierra. Ni hubiera tenido explicación su esperanza en un hijo. Abraham vuelve a ser el mismo que era. Aun cuando las cosas cambian, Abraham sigue siendo el mismo. Y renuncia al hijo, que en parte lo es de su carne, para quedarse solo con su fe.

Abraham sube al Moriah para cumplir un rito: Adoraremos y volveremos. Va al Moriah para que Dios pueda «proveer».

¿Cómo va Dios a «proveer», mientras ante los ojos espantados de Isaac está alzado el cuchillo en la mano de Abraham?

* * *

Pero el ángel de Yahvéh le llamó desde el cielo: —¡Abraham! ¡Abraham! Y él respondió: —Aquí estoy. Y el ángel: —No extiendas la mano contra el niño ni le hagas algún daño. Ahora sé que posees el temor de Dios: que no me has escatimado a tu hijo, a tu único (17).

La historia termina en una apoteosis triunfal. Sobre el Moriah, Isaac acaba de nacer. Abraham le recupera para siempre.

Dios no ha resucitado a Isaac, sino que le ha concedido la vida. Abraham no ha engendrado a Isaac, sino que le ha adquirido en una nueva dimensión de paternidad.

El Isaac que nace en el Moriah es hijo doblemente de la fe de Abraham. El padre le obtiene, no como fruto de su carne vieja, sino de su fe juvenil.

Finalmente, comprende Abraham el misterio del Moriah: ha visto el modo de «proveer» de Dios. Sabía que Dios podía resucitar el cuerpo muerto de su hijo, como había resucitado el suyo y el de Sara. O sabía que en la mano de Dios estaba el hacerle padre de un gran pueblo, aun sin Isaac. Pero ahora ve que Dios, no sólo no le ha privado de Isaac, sino que le ha hecho doblemente suyo.

El gesto de Abraham facilita los planes de Dios, porque ha transformado su paternidad. Dios andaba buscando un Pueblo hijo de la fe. Abraham ha engendrado en Isaac un Pueblo enteramente hijo de su fe.

Porque, así como el Isaac del Moriah no tiene nada de la carne vieja de Abraham, sino que es todo hijo de un primero y de un segundo acto de fe, así el Pueblo que nazca de Isaac es todo hijo de la fe de Abraham.

---

(16) *Hebr.*, 11, 17-19.
(17) *Gn.*, 22, 11s.

La fe de Abraham no es un monstruo que devora, cosa tras cosa, cuanto el Patriarca tiene. Al fin, Abraham no sólo conserva lo que tenía, sino que adquiere mucho más; habiéndolo ganado todo, no ha perdido a Isaac; lejos de perder a su hijo, le ha adquirido como hijo todo de su fe. Que si un hijo de la carne tiene riesgo de un padre, engendrar por la fe es un riesgo mayor.

Abraham desanda, triunfante, el camino de los cuatro días. «Vuelve», después de «adorar». Después de que Dios ha podido «proveer». Con él, una teoría de pueblos camina sobre los lomos de la estepa. A las puertas de la tienda espera Sara.

Abraham lleva de la mano a Isaac y a todo un pueblo, que le acaba de nacer. Es un Pueblo que invocará para siempre el nombre del Dios de Abraham y que recordará el de Abraham como «el padre de la fe».

* * *

La historia de Abraham no termina con su regreso desde el Moriah a la tienda de Beerscheba. Su historia tiene una dimensión trascendente, que sobrepasa las proporciones de la persona.

¿En qué está la *dynamis* secreta de la historia de Abraham? ¿Cuál es la implicación perpetua de su alcance trascendente?

Nadie como San Pablo, a través de la interpretación de su paternidad, ha logrado penetrar en el sentido profundo de la figura de Abraham (18).

Esperando contra toda esperanza, creyó (Abraham) y llegó así a ser padre de una multitud de pueblos... Y no desfalleció en su fe haciendo cuenta de su cuerpo muerto ni del seno igualmente muerto de Sara (19). La herencia de «hijos de Abraham» es *para toda la descendencia, no del que es hijo de la ley solamente, sino también (hijo) de la fe de Abraham, padre de todos nosotros* (20).

La dialéctica paulina no tiene equívoco. Todo el misterio de Abraham no es otra cosa que el misterio de su fe y de su confianza entregada, consecuente, a la voz de Dios.

El heroísmo brutal de toda su ilógica renuncia encuentra sólo una explicación, paradójicamente, a través de un misterio: el misterio de su fe.

---

(18) Sobre el significado de Abraham en el Antiguo Testamento, en la Literatura Rabínica, en el Islamismo y en el Cristianismo cf. *Cahiers Sioniens*, 5 (1951). Además se pueden leer con utilidad: S. Kierkegaard, *Fear and Trembling*, Nueva York, 1954 (traducido del danés); A. Georg, *Le sacrifice d'Abraham*, en *Études de critique et d'histoire religieuse*, 2 (1948), 104s.; y los diversos comentarios al libro del Génesis.

(19) *Rom.*, 4, 18s.

(20) *Rom.*, 4, 16.

La fe es la que da a Abraham un hijo la primera y la segunda vez. La fe es la que le da en hijos a toda una multitud de pueblos.

Y, recíprocamente, es «hijo de Abraham» todo el que ha nacido y sólo el que ha nacido de su fe.

Pero esto provoca una seria implicación. Esto significa que el heredero de las Promesas de Abraham, el creyente, tiene que sustentarse de su misma fe. Lo cual quiere decir: madrugar, tomar el camino del Moriah y levantar el cuchillo.

La figura del viejo Patriarca tiene una proyección dinámica, que está comprometiendo de continuo la persona de cada creyente.

Cuando era niño...
Más tarde...
Ahora...

La historia que venimos glosando no es la historia maravillosa de un héroe del pasado. El gesto de Abraham no está esculpido en las sacras páginas como el gesto de un atleta en el mármol de un museo. Abraham no es un personaje de la historia muerta, sino un personaje del presente vivo. Abraham es un símbolo, en el que está comprometida la aventura del creyente.

El viejo Patriarca vive en su descendencia, y el día en que no hubiera un creyente capaz de repetir su gesto, habría fallado su «lógica» y habría caído el cuchillo sobre Isaac. El mismo riesgo de la gesta de Abraham empeña también a los hijos de su fe.

En la Teología paulina la figura de Abraham se resume en una definición tan simple como «padre en la fe». Pero ya en la vieja historia, su función es la de ser testigo de Dios por la fe. Este tema se sobrepone en tal medida a los caracteres personales, que parece borrarlos.

Desde el mismo comienzo de su historia tropezamos con un hombre superior a sí mismo. Abraham es superior a sí mismo por lo que Dios ha hecho de él. No sabemos nada de su físico, de su persona. Sabemos de su vocación y de su misión. Desde Ur hasta el Moriah, el hombre se instrumentaliza tan perfectamente en las manos de Dios, que parece un mensaje de su acción.

Y Abraham es grande por eso y en esa medida; su historia es la historia de una elección. Cuanto más se simplifica, más se agranda su figura. En la máxima simplificación su figura se reduce a un concepto, «fe», como la de Juan Bautista se reduce a otro concepto, «voz». Y ese solo concepto expresa, libre de pequeñeces, toda la grandeza de Abraham.

Y a este punto las cosas, parece que nos hallamos, más que ante la

historia de Abraham, ante la historia de una elección y de un plan de Dios; más que ante la historia de un hombre, ante la pre-historia de un Pueblo: el Pueblo de Dios.

Abraham está en función de su descendencia. Su vocación, su misión, su fe, su gesto heroico sobre el Moriah, todo está en función de su descendencia. Sin el Pueblo que ha de nacer de él, la figura de Abraham se desvanecería.

Su descendencia es la que le llama de la tierra natal; le hace peregrino por todas las tierras, que más tarde ella había de ocupar; le da el objeto de la fe y de la esperanza; le hace lo que es. Su mismo nombre "Abraham", en la etimología popular de que gusta el historiador, significa «padre de multitud» (ab-hamô), para que toda la persona juegue en función de su descendencia (21).

La figura del viejo Patriarca tiene una dimensión mayor que la de un simple mortal: tiene la grandeza de un mensaje teológico.

El que escribió su gesta pensaba más en encarnar una idea teológica (la elección de un Pueblo por gracia de Dios) en la historia, que en contar efímeras vicisitudes de un hombre mortal. El dato personal no es más que una orquestación de su idea teológica en la historia.

Por eso Abraham es grande y vive, como es grande y viva la teología revelada, en que el creyente se sustenta.

Y siendo Abraham una pieza en el plan de Dios sobre la historia, su aportación personal está en ser testimonio de Dios por su fe. Esta fe es, ella misma, obra de Dios; pero Abraham aporta su instrumentalidad, a fin de que en él, como en un símbolo, comiencen a realizarse las Promesas; es decir, la elección graciosa de un Pueblo.

Sus descendientes le llaman «el padre Abraham». Y toda la historia de Israel, en el plano teológico, podía muy bien llamarse la historia de las vicisitudes de las Promesas hechas por Dios a Abraham para su descendencia.

Poco a poco, el concepto de «Pueblo» y de «descendencia» se agranda más y más. San Pablo puede, sin mucho esfuerzo, enlazar todos los pueblos con la «descendencia» de Abraham, después de que la *dynamis* universalista de su persona había alcanzado una paternidad espiritual sin fronteras.

Y así como del hijo de la carne de Abraham nace un hijo de la fe y de él un Pueblo, del mismo modo, de este Pueblo étnico nace una

---

(21) La interpretación del nombre de *Abraham* como "padre de multitud" *(ab-hamôn)* en *Gn.*, 17, 5, no es etimológica, sino según el sentido teológico de su historia. Etimológicamente, el nombre del Patriarca, tanto en su forma breve, *Abram,* como en la amplificada, *Abraham,* parece significar "grande en cuanto a su padre, de noble linaje", del compuesto *ab-ram* o *ab-ra'am.*

comunidad espiritual, que concede a todos los pueblos su ciudadanía. Y por eso Abraham es hasta hoy el padre de todos los creyentes.

* * *

Pero al ser Abraham la primicia del creyente, el riesgo de su gesta empeña también a los hijos de su fe. Y esto provoca la seria implicación de madrugar, de tomar el camino del Moriah, de levantar el cuchillo.

Viejo padre Abraham, ¿cómo puede un mortal cualquiera repetir el gesto que tú hiciste: dar el salto de lo absurdo a lo lógico, de lo finito a lo infinito, para, cuchillo en mano, recobrar a Isaac?

La historia de los «hijos de Abraham» es un espectáculo de peregrinos, con el fuego y el cuchillo en la mano, resueltos, camino del Moriah.

El que hace un acto de fe, renuncia a lo que tiene, a lo que ve, a lo que sabe... por algo que espera. Un acto de fe es un crédito, un seguimiento en pos de una voz que ha hablado. Un acto de fe es la renuncia al Isaac que nació en la tienda por el Isaac que nacerá en el Moriah.

El gesto es inmenso. Es el gesto de saltar entre dos mundos: entre el finito y el infinito; entre dos lógicas: la lógica de la razón y la lógica de la fe.

Si en un momento se suspende el salto, se precipita en la angustia más honda, en el absurdo, en la pérdida total, en la nada.

Si el salto se suspende y se retira del Moriah el Dios que «proveerá», todo se ha perdido: se ha perdido al Isaac nacido en la tienda y no se ha alcanzado a Isaac sobre el Moriah.

* * *

¿Qué fuerza misteriosa hay en la voz que llama a Abraham, que puede librarle de la condición débil de la naturaleza? ¿Qué vigor le permite llegar al término y hacer el gesto sobrehumano, para poder, triunfante, desandar su camino?

Abraham es superior a sí mismo. Jamás por sus fuerzas hubiera podido realizar el gesto. En la voz que le llama va incluído un don, que es la gracia de la fe. Con esa gracia realiza Abraham el salto del finito al infinito, de la lógica existencial a la lógica sobrenatural.

Abraham es un símbolo de elección. Su carne está aligerada de la condición de la naturaleza. De una débil condición ha podido surgir un héroe. Pero el heroísmo que por dos veces gana un hijo, no es menor don que el regalo de Isaac (22).

* * *

(22) En la aplicación de la fe de Abraham al creyente no calcula Kierkegaard con que aquél es un símbolo de elección, en que el pecado no cuenta.

No hay en el hombre vigor para tal heroísmo, si no es por Ti, ¡oh Dios de Abraham! Ni nadie alcanza a ser «hijo de Abraham» sin que tú le hayas llamado tan eficazmente como a él.

Llama, pues, con esa voz que regala la fe, al que se ha extraviado en el camino de la ida, deslumbrado por el polvo del desierto.

Déjate oír del que nunca ha visto, ni desde lejos, el horizonte; del que lo ha perdido; del que no lo busca; del que lo busca y no lo halla.

Haz ese don de Abraham al que ha suspendido el salto y ha caído en la existencia y ha perdido al Dios proveedor de la montaña.

Dirígete, como a Abraham en su tierra nativa, al que no comprende el sentido ultra-animal de la vida humana, al que busca saciar su sed con la amarga pócima del siglo, al ontológicamente herido por el polvo del átomo.

Repite tu llamada al que no logra superar el absurdo, al que se ha encontrado consigo mismo y está solo, al que no tiene explicación para su propio misterio.

Acuérdate del prepotente y del humillado, del sin-problema y del que los tiene todos, del infatuado y del deprimido.

Visita con la dádiva de las virtudes teologales al que no cree ni desea creer, al que no espera ni cree esperar, al que no ama ni espera amar.

Hazlo por Abraham, el viejo padre, para que no le sea negada la descendencia. Para que desde el Moriah pueda desandar, triunfante, su camino.

Tú, que has hecho de Abraham un héroe y de un héroe un «fiel» y de un fiel un «justo», no le desatiendas en su descendencia. Nadie sin Ti puede hacer el gesto infinito y ser «hijo de Abraham».

Acuérdate de las Promesas que has hecho al Patriarca y que en Jesucristo, tu Hijo, has corroborado, ¡oh Dios potente, misericordioso y eterno, Dios de Abraham!

Angel González.
ROMA

YO, EL REY

POR

ILDEFONSO ESCRIBANO

"Los cielos son del Señor; pero la tierra
la dió a los hijos de los hombres."

(Salmos.)

Yo soy el rey. Todas las cosas a mí me pertenecen:
el zodíaco me puso bajo un signo de fuego.
Las estrellas son distintas del mundo,
pero la tierra a mí me pertenece.

Para mí fué creada la hoguera.
de la sangre, para arder en mis venas.
La montaña más alta, la roca más enhiesta,
que llega hasta los cielos, para mi pie fué hecha
con un rayo en la mano.

Soy el rey. Miradme en la montaña
dominando los vientos. Las cosas me obedecen
cual rebaño de tiernos cervatillos.
Se me rinden los árboles; el mínimo afluente
y el río caudaloso; los peces
que lo habitan
como llamas de plata.

Para mi mano ociosa
la flotante melena de los fieros leones
y la pupila roja de lánguidos caimanes.

Soy el rey. Sin embargo,
cada noche me duermo.

Yo, el rey, despierto a la mañana
y ya el sol duerme entre mis dedos
como una margarita. Envío mis mensajes
en las plumas del viento y la arena
cada tarde con mi nombre la firmo.

Soy el rey. Gritadme a los oídos.
Tengo estribado para cazar sirenas

el lomo de las olas.
Donde la luz no llega tengo
monstruos marinos dormitando en las algas.
Oh, sí. El rey. Soy el rey.
Miradme por la selva—casi un dios—
con un signo en la frente.
Miradme en la montaña. Miradme.

Soy el rey:
El Creador regalóme la mitad de su reino.

CUERPO DE DIOS

"Mi carne es verdadera comida."

(SAN JUAN.)

Eres algo que crece, que madura.
Un fruto más que avanza en el verano.
Los trigos te hacen siempre más cercano;
te abocan al milagro, a la locura.
Eres pan—eres Dios—. Tras su blancura
te late el corazón mudo, lejano.
Ya tenemos tu Cuerpo a flor de mano
para un ansia febril de mordedura.

Deja ya que te masque lentamente
a ver si brota bajo cada diente
el zumo de tu Sangre anochecida.
Que en sideral quietud de fe serena
sé que tu Carne late estremecida
bajo redondo pan en luna llena.

SANGRE DE DIOS

"Mi sangre es verdadera bebida."

(SAN JUAN.)

Tu Sangre, Dios, tu Sangre cada día
cruza mi labio rumorosamente.
¡Todo un Dios convertido, hecho corriente
para la estepa de mi carne fría!

No sé ya donde estás, que por la ría
de mi pulso, que late inciertamente,

perdida va tu Sangre bajo el puente
de este cuerpo tendido a la alegría.

Un racimo bastó para el misterio.
—¡Casi puedo pensar que te hablo en serio!—

Debes sentir la carne sacudida
siempre que el viento mueva los trigales;
siempre que dore el sol los viñedales
debes sentir la sangre florecida.

VIRGEN MARIA; DEI GENITRIX, ASUNTA

Oh, nuestros ojos formados de negros aluviones.
Pero tú subes con gracia de paloma.

Aquel último día de la estancia dichosa,
cuando se abrieron cauce las lágrimas del hombre,
fuiste ya bendita, aurora prometida, iris
refractado hasta la séptima coloración tras el delgado
prisma de las lágrimas.

Luego todo fué esperar. Llegabas. Apareciste al fin
cernida como el águila que cierra
la espiral augusta de su vuelo.
Y en aquel último definitivo círculo,
allí te supe madre y posesión completa.

Oh, ya no puedes marchar. ¿Por qué viniste?
Cien veces más dichosos seríamos ignorando tu nombre
a tener que abandonar tu cuerpo a estas nubes
que ascienden.

¿Dónde aprenderán ahora dulzura la voz de las corderas?
¿Dónde tendrán su norma los senos benditísimos
de las recién paridas?
¿Y mis manos? Mis manos florecidas para tocar a Cristo.

Cada rincón del mundo será un grito urgente
para llamar tu nombre; para llorar tu maternal ausencia
lo mismo que un hospicio al que llegan los niños
no sabemos de donde.
No. No puedes marchar.

ELLA

Mi cuerpo se ha encendido como candela santa;
¿qué puede la llama sino tender arriba?
Mi cuerpo se ha hecho frágil de tanto dolor,
y los suspiros suben.
Mi cuerpo es ya una brisa que no muere;
¿cómo podré ya vivir sobre la tierra?
Espera. No subas todavía.
Mira estos ojos, guijarros desgastados por aguas de mil llantos.
Y la ciudad qué grita.
Qué dicen los cipreses y los lagos que te contienen toda.
Oh paloma. Oh Virgen asumida. Oh cierva
velocísima hacia el centro del bosque.

Te has abandonado al aire primero
de esta amanecida
y ya,
sin tú sentirlo,
subes.

LA MANCHA Y SUS MOLINOS

Ahí están los molinos envarados,
claros menhires donde canta el viento.
Ahí están los molinos en adviento,
de los soles de abril esperanzados.

Esperan y se aprietan los costados
conteniendo en sí mismos el aliento.
Emoción que se yergue monumento
para el aire y la luz. Enamorados.

Ahí están arriados. Nadadores
de los mares insomnes de Castilla.
Ahí están los molinos soñadores.

Hoy arriban a mí desde otra orilla.
Han dejado a sus almas los albores,
un bautismo de luz rojoamarilla.

LA MANCHA

Se ha quebrado la tarde en cien cristales
emborrona el paisaje de oros rojos.
El aire mordisquea en los rastrojos
la fiebre de cercanos viñedales.

Hay modorra de sangre en los eriales
cuadriculados por los cables flojos.
En el río hacinados en manojos
los chopos se prolongan verticales.

Sol y polvo enredados en el viento
inciensan las galeras y el camino.

El grillo va rasgando en su lamento
la sombra que se agría de algún pino.

La tarde eternizada en el momento
se desangra en los brazos de un molino.

MOLINOS DEL ALBA

El aspa de veloz está sonora.
Se recorta en el alba. Se estremece.
Aleteo que sube, que parece
ángeles en batalla por la aurora.

Oh asunción de molinos a deshora.
Oh locura de vuelos. Amanece.
La luz se desdibuja y se adormece
en los trazos del aspa voladora.

Bandada de molinos en el alba
un instante posados en el suelo.
¿Acamparéis contra las luces malva?

¿Emprenderéis definitivo vuelo?
La Mancha espera. En su llanura calva
late un mudo temor de desconsuelo

MOLINOS DE JUNIO

Dobló la luz. Se dejan los calores.
Ya empiezan a granar los simientales,
y el aire que madura los trigales
hace andar los molinos moledores.

La muela se despierta a los olores
de la harina ya en flor. Los vendavales
van rindiendo el rubior de los candeales
a los morenos brazos segadores.

Les rueda el corazón a los molinos
en febriles latidos molineros.
Y en tanto que la espiga en los oteros
reverencia el pasar de los caminos,
un rebaño de vientos peregrinos
empuja los molinos harineros.

MOLINOS DE OCTUBRE

El otoño está aquí. Casi con mimo
cabecea el molino lentamente
y a la harina que brota transparente
se le mezcla un aroma de racimo.

La tolva del molar está en un gimo.
Se derrama en el ara penitente
el dorado rojor de una corriente
de trigo, hijo de Dios, hijo del limo,

y el blanco chorro como nieve nace
de los labios redondos de la muela;
nieve que en el molino cuaja y vuela,

albura donde Dios trigo se hace.
A tus aspas, molino a toda vela,
el sol se crucifica y se deshace.

LA FAENA

POR

SANTIAGO MELERO

El chaval cayó por los madriles cumplidos los dieciséis años. Venía de un pueblo hacendoso y choricero, un pueblo de bien ganada reputación. Pero en Candelario, lugar donde nació, las gentes se afanan en trabajos que a él le producían desgana. Los padres, humildes artesanos ajetreados en la matanza del cerdo, pronto advirtieron que su hijo no echaría raíces en el oficio. Aquel hijo, único con que contaban, parecía predestinado a más altas empresas. Un día, ante el creciente desasosiego del muchacho, decidieron concederle rienda suelta. Y Ceferino, que éste es su ingrato nombre, tomó rumbo a Madrid. Que no hay hazaña digna de ser pregonada que no tenga a Madrid como escenario o mentidero.

Su madre, entre ahogados suspiros, le preparó algo de ropilla, le proveyó de una ristra de longaniza, cuidadosamente aderezada, que aprisionó en el interior de una hogaza, le dió un parvo caudal, y lo dejó volar, entristecida y llorosa. Al padre, en cambio, le rezumaba el orgullo, porque en el hijo había cuajado el sueño aventurero que él, por falta de arrestos, nunca acometió. El chico era voluntarioso y nada torpe, y, a poco que le acompañara la suerte, lograría abrirse camino. Más tarde, cuando fuera hombre—hombre de fortuna—, Ceferino volvería al pueblo aupado en el pedestal del triunfo, para asombro de los convecinos, y ellos, los padres, irían a Madrid, en compañía del hijo, a embelesarse en aquellas maravillas albergadas en la capital de la nación, de las que todo el mundo—cultos o ignorantes—se hacían lenguas.

Ceferino encontró acomodo en una taberna—«La viña riojana»—inmediata a Cascorro. En ella estaba a cubierto de sus necesidades. Aunque el jornal tiraba a escaso, sin embargo tenía garantizada la pitanza y cobijo donde dormir. No podía quejarse, pues otros mozos de su edad andaban callejeando, sin lecho blando ni nada provechoso que llevarse a la boca. De momento había que consolarse. Con los años, él sabría aprovechar la primera ocasión que la fortuna le deparara. Era preciso esperar. Sin prisa. Sin sobresaltos.

El dueño del establecimiento acababa de perder a su mujer, víctima, por lo visto, de fiebres malignas. El cuitado se había quedado al pairo,

sin hembra en que gozarse ni parentela que alegrara su soledad. Tal vez por esto, o por la simpática viveza del dependiente, a Ceferino le cobró afecto inmediato. Quién sabe si, tras del pesar por la muerte de la parienta, la llegada de Ceferino no vendría a cubrir la ausencia del hijo que aquélla no pudo darle. Ya se ha dicho que los designios de Dios, a la luz de la inteligencia humana, son inexcrutables.

Al chico le llamaban los asiduos Cefe. Resultaba más breve y eufónico. A él también le gustaba el corte dado al nombre. Aquí, en la capital, se hilaba más fino que en los otros rincones de España. Si en su pueblo le hubieran acortado, de niño, las dos sílabas últimas, él no habría tenido que sufrir la rechifla de los muchachos de la escuela: «Ceferino, Ceferana, aquí pelo y aquí nada», y, a guisa de berbiquí, se señalaban el frontal con el índice. Aquí, en Madrid, los nombres se dulcificaban, se hacían menos ásperos. Bastaba simplificarlos. Y cuando se quería demostrar aprecio, cosa frecuente, los terminaban en ito o en ita, según fuera la persona designada del sexo fuerte o enteco.

En «La viña riojana», Cefe hallaba entretenimiento a cualquier hora del día. Levantadas las trampas, y tras del barrido, atendía a la limpieza del mostrador. Lo dejaba limpio, bruñido, como la misma patena. Esto tenía especial importancia. Porque el cinc, para que los vasos resbalaran sobre él, necesitaba pulimento; así se deslizaban raudos, sin atascos que los hicieran zozobrar. Y al cliente, bien lo sabía Cefe, le encantaba verse servido con tan desenvuelta pericia. Uno, dos, tres, cuatro... Impulsados por el mozo, los recipientes iban colocándose en fila, exactos, simétricos. Se creaba la sensación de peligro; pero luego, diestramente dirigidos, los vasos parecían panzudos reclutas alineados en una parada militar.

Durante las mañanas, la taberna era visitada por parroquianos de varia condición. Hasta el mediodía entraban, en mayor escala, menegildas vestidas de trapío. Salían a la compra y, mientras cumplían este árido menester, dejaban botellas y sifones vacíos, que, a la vuelta, ya llenos, recogían y embutían en el capacho. También solían asomar su jeta inconfundible menestrales y vendedores del Rastro. Bebedores expeditivos todos ellos, de resistente fuelle, tardaban en atizarse al coleto una caña de tintorro lo que un loco invirtiera en santiguarse. Hecho el trasiego, chascaban la lengua, se limpiaban los labios con el dorso de la mano, se enderezaban un poco y salían rápidos y confortados.

Casi ininterrumpidamente, «La viña riojana» acogía a obreros, albañiles de preferencia, que trabajaban en tajos cercanos. Serios, fatalistas, prescientes del condumio alojado en las fiambreras, iban desanudando las servilletas coloreadas que las encubrían. Entre trago y trago, la frugal menestra desaparecía a ojos vistas, apenas sin pausa, inexo-

rablemente. Del medio litro de clarete, como de la comida, al rato no quedaba nada. Todo había sido aventado. Sólo restaba el cigarrillo, el placer más duradero; un placer hecho de humo, al fin y al cabo.

En las primeras horas de la tarde la tasca se llenaba de silencio. Cefe, con el consentimiento del dueño, procuraba distraerse leyendo el periódico. Pero el chico no estaba facultado para entender aquel galimatías de rusos y americanos, de franceses y argelinos, de chinos de un lado y otro, de satélites y revoluciones. Se cansaba. Se aburría.

—Lee las páginas del fútbol—sugería el tabernero.

Mas a Cefe el fútbol le parecía un juego tonto, una sosería. Por eso prefería repasar los enormes carteles de toros, amarillentos de años, que colgaban de las paredes como deslucidas pancartas.

—Mire usted, patrón, yo lo que quisiera saber es quién era Mazzantini—y clavaba la mirada en el cartelón donde figuraba el nombre del afamado diestro.

—Bah—respondía el tabernero, displicente—. Un señorito. Eso es lo que era.

—¿Y cómo era torero, siendo señorito?

—Porque tenía valor y afición.

—Pues si tenía valor y afición, lo mismo daba que fuera señorito o no. Ahora también hay toreros señoritos—razonaba el muchacho, más por barrunto que por conocimiento.

—Sí. Y por eso los toros se han convertido en un espectáculo de baile.

—¿De baile...?

—Lo que oyes. Si a los toreritos de hoy les soltaran en las plazas un morlaco como ése—y señalaba la testa disecada de un imponente cornúpeta que presidía el local—, te aseguro que se morían de canguelo. A los toreros de ahora les faltan reaños; son talmente igual que damiselas. Y apostaría cualquier cosa a que, lo mismo que ellas, usan colonias y mejunjes.

A pesar de la autoridad del tasquero en materia taurina, Cefe abrigaba sus prevenciones. Pensaba que las personas mayores, al apuntarles la vejez, recelan de cuanto huele a novedad. Y él sabía, a fuerza de oírlo, que su patrón no veía con buenos ojos las modernidades. Y si éste se mostraba así por lo común, lo lógico es que, hablando de toros, le atacara la misma manía. Esta es la causa de que Cefe solventara sus dudas, al anochecer, interrogando a los banderilleros y picadores, allí reunidos, mientras buscaban contrato o daba comienzo la temporada. En realidad, aquellos sujetos, de briosa catadura, le impresionaban al muchacho. Se los imaginaba como seres inconmensurables, fabulosos. De sus propias bocas había oído relatos que suspendían el ánimo.

Cada cual era héroe, a su modo, de incontables hazañas. Una de ellas, precisamente, fué la que le determinó a ser torero:

—Yo tuve que lidiar solito a un palha en Ronda. El maestro se había encerrado con cuatro catedrales. Pesaban en canal, si no marro, cuarenta arrobas. Los guardaba la empresa en los corrales desde hacía un año, sin que nadie se atreviera a pasaportarlos. Llegó el maestro y dijo: «Míos son.» Estuvo valiente, y artista, y cortó orejas a los tres primeros. El público no se hartaba de ver faena. Y el maestro, creciéndose más y más. Al salir el cuarto y último, le eché una larga y el bicho se me fué de estampía. No había manera de encelarlo. Corría como alma que lleva el diablo. Me acerqué a él lleno de coraje, y le cité a capote desplegado. El cabrito tenía querencia al toril; allí estaba quieto, mohino, olisqueando la puerta. Le grité: «¡Eh, eh, toro!» Al instante empezó a remolonear con las cuatro patas. Dicho y hecho: se arrancó fuerte y rápido; lo aguanté de puro milagro. Poco después, en el tercio de quites, me fuí al maestro, que aún no lo había lanceado, y le di el parte: «Tiene resabios. Mucho cuidado o nos dará un disgusto.» Y claro que nos lo dió. Bueno, mejor dicho, me lo dió a mí. Porque el maestro se abrió de capote y a los cinco minutos estaba postrado en la enfermería. No le volvimos a ver el pelo hasta acabada la corrida. Un varetazo, sin importancia, en la ingle. Lo que de cierto pasó es que, cansado de jugarse el tipo, el maestro aprovechó el percance para ponerse a buen recaudo. Y nos dejó el mochuelo vivito y coleando.

Quien habla o diserta, pues ambas cosas parece, es el «Lamparilla», un subalterno aventajado, con más costurones en el cuerpo que entorchados un general. A Cefe le encandila la prosopopeya del diestro. El «Lamparilla» contempla, envanecido, a los compadres que le escuchan, todos pendientes de su escalofriante labia. El «Lamparilla» tiene en la mano una copa de blanco manchego; la mira al trasluz, con remilgos de fino catador, y se la trinca majestuoso. Carraspea y reanuda el palique.

—Allí ardió Troya. El público, terne, erre que erre, en que siguiera el festejo. El bicho, solito en el ruedo, con ínfulas de jaque, trotando de un lado para otro y corneando a los burladeros y hasta al mismísimo aire que encontraba a su paso. Y el presidente, pasmado como un babieca, sin soltar prenda. Ocurría, además, para mayor escarnio, que el sobresaliente, al presenciar el apartado, se había rajado por las buenas. El escándalo arreciaba. «Quemamos la plaza», amenazó un mastuerzo. Entonces, previendo lo que se venía encima, yo reflexioné y me hice esta consideración, falsa pero digna: «Tú eres el peón de confianza; tú debes dar la cara y pechar con las consecuencias.»

Vacilé un poco. No las tenía muy seguras. Por último, me fuí a la presidencia. Me quité la montera. El público calló. No se oía una mosca. Yo dije: «Señor presidente, pido a usía su consentimiento para terminar de lidiar a este astado.» «Concedido», contestó el presidente, el cual vió el cielo abierto.

«Lamparilla» hace una pausa en su relato. «Muchacho, echa líquido»—dice a Cefe—. Los compadres humedecen otra vez la garganta, ahora seca de emoción. "Lamparilla" recobra la palabra, que se torna más campanuda, más preñada de dominio:

—Los compañeros le colocaron cuatro pares de banderillas, como Dios les dió a entender. Cambió el tercio. Al oír el clarín se me arrugó el alma. Salí a los medios y brindé al público. Eché a andar, parsimonioso, convencido de que si la Providencia no me ayudaba aquella tarde, me iba a criar malvas sin remedio. Recé un Padrenuestro. De pronto me sentí alegre, luminoso. No sé si por chunga o qué, empezó a sonar la música. El corazón me saltaba de gozo; de gozo y de miedo. Allá, a corta distancia, el toraco despedía un torrente de vaho por las narices. Parecía, por esto y por lo grande del tamaño, una potente locomotora. Me arrimé un poco más. «Ahora viene lo bueno», me dije. Avancé tres pasos. «¡ Plántate!», oí que me gritaban desde un tendido. «Si lo hago—calculé—creerán que no sé el terreno que piso.» Contra mi desmedrada voluntad, di dos pasos más, y otro, y otro. El bicharraco no me perdía ojo. Ignoro lo que pensaría de mí, si es que pensaba algo, pero debía de parecerle una mariposa tontona. En mi confuso cerebro, yo también guardaba esta impresión. No me podía sacudir el pánico. Lo tenía incrustado en la sangre, en los huesos, en la piel. Temblando, sudoroso, extendí la muleta y la aferré fuertemente, como si en ello me fuera la salvación. No me llegaba ningún ruido, ningún griterío; nada. Y la plaza—lo sabía de sobra—estaba abarrotada. Desde días antes, las escasas entradas disponibles habían sido vendidas por los revendedores, a precios demasiado abusivos, por cierto. al decir del empresario. Sí; la plaza estaba llena, rebosante, como no lo había estado jamás. Gradas, tendidos, barreras, contrabarreras, todo aparecía cubierto de un gentío arracimado, pegajoso. Pero no lo sentía rebullir, no oía ese zumbido de colmena, esa voz destemplada, surgida de no se sabe dónde, que inesperadamente te insulta o te elogia: no oía esa fuerza delirante del público enardecido, que unas veces te parece coro de ángeles y otras cencerrada o concierto de locos; yo no podía oír otra cosa, en mi desgracia, que el jadeo de la fiera y un mugido espantoso con que de pronto me obsequió, sin duda para infundirme alientos.

El «Lamparilla» detiene el curso de sus evocaciones. Saca del bolso

una petaca de cuero repujado. La petaca se desliza entre las manos atezadas del corro. Los compadres lían el cigarro, apresurados. Su impaciencia por conocer el desenlace es manifiesta. Pero el «Lamparilla», hábil narrador, intercala estos paréntesis para aumentar el interés del relato. Y lo consigue.

—Es curioso—continúa—; el hombre está hecho de absurdos contrastes. Era indudable que el miedo me tenía agarrotado; era lo único que vivía dentro de mí, lo único que me tenía en pie, aunque parezca raro. El miedo, sí, un miedo negro, descomunal, como sólo recordaba haberlo tenido de niño, cuando mis padres, creyéndome dormido, salían de casa por la noche y me dejaban a solas, en la cama, hecho un revoltijo, espiando aterrado el chirriar de las puertas. Pues así, dominado por este miedo metido en los entresijos, se me viene a la memoria la célebre frase de Guerrita: «Después de mí, naide.» ¿No resultaba un contrasentido? ¿Cómo pudo ocurrírseme? Misterios del alma. Lo cierto es que, al rumiar dicha frase, mis nervios se relajaron. Si no del todo, me rehice lo suficiente como para abortar el soponcio que me amenazaba. Cité al toro, animándole. Pero mi voz, la verdad, sonaba ruin, a falsete, más propia de velatorio que para enrabiar al homicida que el destino me había puesto delante. De pronto, aquella mole armada, de cabeza gachona, se puso en movimiento. Enfiló recta hacia mí, sin compasión ninguna, bufando y atronando el espacio. Como se deduce, yo no estaba para templar gaitas; quiero decir, exactamente, que mi visión de tan aciago momento no pudo ir más allá del torbellino de polvo levantado por las pezuñas del animal. Lo que sí sabía, para mi desventura, es que éste trataba de buscarme el bulto. Y, a fe mía, ya era bastante saber... Instintivamente flameé la muletilla, sostenida con la derecha, conforme ordenan los cánones. El bólido pasó rozándome, embebido en el engaño. Empleando la fraseología de los revisteros, le *instrumenté* un ayudado por bajo. La res tenía la cabeza descompuesta; al más ligero descuido, en uno de sus derrotes, podía engancharme y voltearme como a un pelele. Me propuse, hurtando el cuerpo a prudente distancia, fijarlo y quitarle nervio. Le sometí a un macheteo continuo, por lo de la fuerza y porque no se me ocurría nada más airoso para salir de aquel atolladero. Pero «Pildorita», mi segundo de a bordo, que estaba atento al quite, me sacó del marasmo volviéndome a mis cabales. También es cierto que el público, de seguir así, me hubiera abucheado sin misericordia. «Intenta algún pase y despáchalo», aconsejó «Pildorita». «Veremos quién despacha a quién», le repliqué, desabrido. «Animo—insistió él—, lo has dejado listo; está agotado.» «Que San Pedro Regalado te oiga», invoqué mentalmente. Después erguí la planta, me arrimé al toro y le tomé en la arrancada, tirando de él con

la muleta, quieto y sin enmendarme. Se sucedieron dos naturales y uno de pecho. Los tres de ejecución limpia, irreprochable. Parecía como si me inspirase el Santo patrón. Fué entonces cuando el tímpano acusó el clamor del respetable. No había duda de que el público estaba allí, vigilante, dispuesto a armar camorra si no le complacía. Ahora había expresado su aprobación; más tarde, ya veríamos. Y digo esto, porque yo seguía conservando intacto mi miedo. Si acaso, exacerbado por una mayor conciencia del follón a que mi perra suerte, o mi estupidez, me había conducido. Sabía, además, que pedirme faena de lucimiento era tanto como solicitar faisán en ventorro. Soy un buen peón de brega donde los haya; mas en sacándome de este cometido, hago aguas y me voy al fondo. Cada cual en lo suyo. Que uno, a trancas o barrancas, conoce bien sus limitaciones. Claro que yo debí hacerme esta reflexión antes de meterme en cercado ajeno. Hoy no lo repetiría ni aunque me ofrecieran todas las riquezas del Aga Khan. ¡Por la luz que me alumbra!

El «Lamparilla» ha emitido su juramento proverbial. Lo reproduce a diario, venga o no a cuento. De ahí el apodo. Al «Lamparilla» la cháchara le seca el velo del paladar. Es su punto débil. «Mi talón de Aquiles», como dice él, que gusta de mitologías. Y abundando en evocaciones helénicas, dispone otra ronda:

—Escancia, Ganímedes...; pero con talento.

Cefe recoge la alusión y eleva el nivel de los vasos. Si de él dependiera, pondría a disposición del «Lamparilla» la bodega entera, por el puro placer que le reporta oírle. Los compadres comentan y beben rituales, a la manera de viejos oficiantes. De ellos se destaca uno, el «Chato de las Peñuelas», enronquecido por el tabaco y el anís, las dos prendas que más estima:

—Concisión, «Lampa», que el resuello me ahoga.

«Lamparilla», precavido de su enjundia, sonríe enseñando los dientes mellados y amarillentos de nicotina.

—Soy con vosotros—concede el matador de guardarropía—. Como os decía antes, al toro, bien que mal, había logrado reducirlo. Pero de colocarle para seguir ligando, de eso ni hablar. Daba la puñetera casualidad de que el hijo de mi madre se parecía a Belmonte lo que a los siete sabios de Grecia. Por lo tanto, las tres normas del Terremoto, «parar, templar y mandar», buenas para él, para mí eran acertijo indescifrable. Entre tanto, el toro, mirándome de frente, codicioso de pelea; yo, indeciso y tal, con el magín caldeado por un sol de justicia y oscuro, a la vez, de presentimientos. En estas andaba, cuando un voceras, a pleno pulmón, se pone a gritarme: «¡Si no te arrimas se te va a extraviar!» Y otro patoso, tocado de igual intención, ¡maldita sea

su estampa!, contesta: «No puede; es de la Sociedad Protectora de Animales!» Aquellas perras voces acobardaron, si cabe, mi natural talante, de suyo menguado. Tentado estuve de arrojar la muleta y darme el piro, aun a costa de que se organizara el pitote. A mí me pirrian las buenas maneras, porque no en vano soy hijo de limpios pañales; pero si me faltan al respeto, tiro por la calle de en medio y ya no paro en barras. Me contuve, no obstante. Yo había requerido la venia del presidente; éste me la había otorgado; mi obligación, pues, era ultimar al marrajo, por más que en el empeño me fuera el pellejo. Estaba en juego mi honor. Lo más grande del hombre, sí, señor...

—Al grano, «Lampa», o esto termina el día del Juicio Final—prorrumpe el «Chato de las Peñuelas», amoscado de tanto requilorio.

—Por nosotros no hay prisa—tercia un picador de buídos ojos, oidor infatigable, al que, en lides taurinas, le llaman «El Lince».

—Eso digo—corrobora «El Rayo», otro puyero tachonado de viruelas, cuyo rostro seco, acetrinado, parece urdido de mojama y esparto.

—Pues adelante... A mí, nada ni nadie me espera...—rezonga «El Chato», acatando el plebiscito a regañadientes.

—Camino por los finales, amigos; no perturbaros. Si a lo que se cuenta no se le echa su aquél, mejor es callarse—reconviene el «Lamparilla», haciéndose valer.

—Sigue y no hagas caso—exclaman los compadres, unánimes en el aprecio.

—Con el jolgorio iniciado por los dos mandrias, en mala hora espectadores—prosigue «El Lamparilla»—, la plaza semejaba una verbena. Dentro de ella, en el ruedo, yo era como un carrusel mareado: todo me daba vueltas y vueltas; todo, menos el toro, que lo tenía casi a la vera, enseñándome sus pavorosas defensas. En el público, quizá para emprenderla con más saña, se había producido un momentáneo silencio. Poco había de durar. Y esta vez fué una mujer, o arpía, o hija de Satanás, la que preparó el bochinche: «Oye, *desaborío*—arremetió la condenada—: *pareses* a don Tancredo con lentejuelas.» La gracia rompió el sosiego. A una guasa siguió otra, y así, al poco tiempo, no había por dónde cogerme, de tan vapuleado que estaba. Pundonor y hombría nunca me faltaron, y aquello, os confieso, me hirió en lo más íntimo. Se me aceleró el pulso, me batió la sangre en las sienes y una ventolera trágica, de muerte irremediable, me hizo cambiar de sino. «Si he de morir, moriré peleando, bravamente», argumenté a «Pildorita», próximo a mí. «Por tu madre, no te pierdas», me contestó él, pálido de emoción. «Descuida; a éste me lo cargo yo aunque tenga que meterle el estoque por los ojos», respondí, para quitarle el susto, pues acababa de descu-

brir que su sufrimiento, templado en la amistad y en el compañerismo, sobrepasaba al mío. Aun persuadido de que me iba a jugar el tipo a cara o cruz, los fantasmas del vértigo de la angustia y del terror, a mí enroscados, ya no me inquietaban. Los había hecho hundirse en el desprecio; los había vencido. Fuime al toro encorajinado. Traicionera, la fiera permanecía arrimada a las tablas. Por prudencia elemental, me importaba sacarla de allí. Figuras de campanillas, faltas de cautela, tuvieron que pagar con su vida este desacato a las leyes de la lidia. Pero mi hora había sonado; mi cita con el toro era ahí, en su propio terreno, donde tenía que llevarse a cabo. Armé la muleta y, paso a paso, me allegué a él, ausente de todo miedo. Rastreé la flámula un poco, hasta ponerme cerca de los cuernos; luego, con la misma frialdad, la agité frente al hocico del animal, cegándole materialmente. El airón de la embestida fué instantáneo. Sin aspavientos, con los pies inmóviles, dibujé una serie de naturales, volví a los de pecho y, por último, me adorné con molinetes y toque de pitones. Al toro le sentía doblarse, rendido, a mi merced, dócil a las tretas de que le iba haciendo víctima. Ahora el público, de nuevo entregado, rugía de entusiasmo. «Bien, terminemos», me dije. Y como a grandes males deben ponerse grandes remedios, abatí la franela, y sin plantearme de qué modo habría de marcarle la salida, me volqué sobre el toro, recibiéndole. Ni el fenómeno de «Costillares» lo hubiera mejorado. Porque quiso mi ángel guardián que la estocada entrara en los mismísimos rubios y que el bicho cayera fulminado. Al verle tendido a mis pies, un inmenso alivio, como de moribundo que recobra la salud, se extendió por todo mi ser. El pérfido animal yacía en el suelo, derrotado; la sangre le fluía a borbotones, de la cruz del lomo, cuajándose al contacto con la arena; en cambio, yo estaba salvo, victorioso, secándome el sudor que me bañaba el rostro. Nuestra rivalidad había sido saldada; y él, el toro bruno, alevoso, había perdido en el envite. Así sucede en toda lucha: mientras uno muerde el polvo, el otro se eleva a altas cimas. Bien me lo merecía, a mi entender. Pues en tanto tenga uso de razón, doy por cierto que nunca jamás volverá a sacudirme el miedo como aquella tarde de Ronda.

"El Lamparilla" ha puesto punto final. Enmudece. Parece ensimismado, pesaroso. Su destellante triunfo le ha instruído, entre otras cosas aleccionadoras, sobre el vacío del anónimo, sobre el pobre y cansino ajetreo de su vida por los ruedos de España. «El Lamparilla» desearía que un mágico duende pudiera rejuvenecerle, transmitirle savia moza, gracia torera, valor y aguante. Pero nada de esto es ya posible. Un comparsa, un testigo de grandezas ajenas, un polichinela; eso es lo que ha sido y lo que tendrá que ser por el resto de sus días.

A Cefe, el chaval de «La viña riojana», le arde el pecho de ansias tauromacas. Se halla emplazado en la orilla opuesta a la que ocupa «El Lamparilla», el cansado y reflexivo peón; la orilla a la que éste, por más que se esfuerce, no podrá arribar. A Cefe le brotan intensos surtidores de sueños. Sueña con emular al «Lampa», y a Mazzantini, y a Joselito, y a Belmonte, y a Manolete. Sueña con toros aposentados en los corrales, con galopadas en las tientas, con faenas redondas, sin descabello, con tintineo de mulillas y monosabios de blusa roja rastrillando el oro de la arena; sueña con vestirse chaquetilla recamada de plata y talega azul. Y puesto a señora, sueña también con riquezas y amoríos...

El «Chato de las Peñuelas», experto en trasteos de cualquier linaje, fué el que puso el dedo en la llaga:

—Con esa figura *escurría* y garbosa, tienes la gloria *gana.* Voy a *haser* de ti, si tú lo rubricas, un *mataor* de cuerpo entero. ¡Digo!

Cefe tardó en sedimentar la idea y, aún más, en encararse con su patrón. Al fin, el día en que éste celebraba su santo, viéndolo templado y propicio a la confidencia, le espetó su proyecto de darse a la torería. El tabernero, buen aficionado a la fiesta, comprendió y justificó tales afanes. Y así fué como Cefe, rebautizado y asistido por el «Chato de las Peñuelas», comenzó a desvelar el secreto de su tremendo destino.

Santiago Melero.
Macías Picavea, 4.
VALLADOLID

CON LOS BRAZOS ABIERTOS

POR

JOSE CORTS GRAU (*)

Precisamente porque hoy amenaza ya con desbordárseme la emoción que ha ido anegándome el alma desde que pisé estas tierras, quisiera contenerla para deciros escuetamente que este modesto profesor de la Universidad española se siente honrado como nunca al representar a España en nuestro Congreso y al hablaros: conmovido hasta los huesos por vuestra acogida, clavado ya para siempre, de corazón a corazón, junto a vosotros, en esta empresa que, por hispánica, antes que gloria ha de ser cruz... Junto a vosotros, que me habéis rejuvenecido estos días el ánimo. Junto a vosotros, mis hermanos, estrechamente unidos por la sangre, «sangre de Hispania fecunda», y por el espíritu, por la historia y por la lengua, unidos también por nuestros pecados y defectos, pero fundamentalmente por la fe y la caridad de Cristo, por la esperanza en un mundo mejor, cuya paz no es la turbia paz mundana, cuya meta sigue siendo, más allá de ciertas formas históricas, la Cristiandad, la gran Ciudad de Dios acá en la tierra.

Estamos aquí respondiendo a una realidad incontrovertible, no a ocurrencias más o menos geniales, ni mucho menos a maniobras o apetencias de mezquina política. Estamos aquí porque la Providencia marca el rumbo a los hombres libres; porque cuando una verdad y un habla han arraigado en tantos millones de hombres y por tan varias latitudes, sería un fraude la dispersión o el contentarnos con uniones teóricas, con gargarismos pseudolíricos o con acuerdos arancelarios; estamos aquí porque el ideal hispánico, digámoslo con Ramiro de Maeztu, lejos de ser agua pasada es ímpetu perenne y va a seguir saltando de los libros de ascética y de mística a las páginas de la Historia Universal.

No nos creemos mejores ni peores que otras gentes: nos limitamos a reivindicar nuestra filiación, nuestra limpia ejecutoria. Nos ofrecemos humildemente a Dios, sin fobias ni exclusivismos, para servirle, para mantenernos fieles a unas verdades y unos valores eternos, palpitantes, dentro de esa órbita y ese estilo que los siglos fueron esclareciendo hasta acuñar una palabra comprometida, como todas las palabras

(*) En la clausura del Congreso de Cultura Hispánica, en Bogotá.

nobles, difícil de perfilar, porque su contenido es inagotable, pero que, al pronunciarla limpiamente, todos nos entendemos: la Hispanidad.

Nos guardaremos, Dios nos libre, de ese pragmatismo que calibra los frutos del espíritu por su rendimiento material y antes que el reino de Dios y su justicia va procurando las añadiduras; de ese pragmatismo que, más o menos ingenuamente, imagina que los fallos del alma pueden quedar cicatrizados por el interés o por el instinto. Pero tampoco somos, no podemos ser, un grupo de visionarios aferrados a su quimera, ni de teorizantes que se instalan cómodamente en la sufrida región de los principios por miedo a los embates de la vida, ni de nostálgicos que anidan en las nubes, trocado el ideal en puro sueño, mientras las gentes *prácticas* van adelantándose por los caminos y resolviendo esa problemática que acucia al hombre de nuestro tiempo. Fuera torpeza insigne olvidar que las empresas humanas requieren un soporte material, como la postula el hombre mismo. Fuera insigne necedad y mala fe confundir la altura con el despiste, la abnegación ascética con la impotencia senil.

Ni la vigencia jurídica de una supranacionalidad hispánica nos valdría si fallasen las vivencias de nuestra profunda hermandad, ni esta hermandad puede fructificar plenamente sin concretarse en tareas e instituciones efectivas. Hemos propugnado en nuestras reuniones ciertos convenios económicos, ciertas convalidaciones de títulos: importa comprender cuanto esto significaría como confirmación de ideales comunes; importa comprender también que aquí, como en tantos órdenes, la comunidad material sólo perdura cuando la alienta y garantiza la espiritual. Importa comprender prácticamente que los problemas culturales se enredan de continuo con cuestiones que afectan a los intereses y a cierta susceptibilidad profesional, con todo lo cual hay que contar cuando de verdad se quiere resolverlos.

Desde varios ángulos del Congreso se hizo hincapié en nuestro deber de velar por la pureza, unidad y difusión del idioma. Permitidle a quien en estos momentos quizá está destrozándolo, que subraye la urgencia de ese deber.

Porque no peligran las formas, en el sentido superficial del término, sino el estilo, la forma en su alcance clásico. Entre el espíritu y el habla, entre el ser y el decir hay tal compenetración que la pureza o la corrupción del uno afecta al otro, y la dispersión de la lengua lo es del pensamiento, y el empobrecimiento progresivo o las mixtificaciones del léxico denuncian una mezquindad ideológica, cuando no monstruosos atentados a las potencias del alma. El mal cunde entre vosotros y entre nosotros como un síntoma de frivolidad mental... y de la otra. No es sólo la lengua, es el espíritu el que se resiente cuando alguien

acumula adjetivos disparatadamente intentando apuntalar nombres que van perdiendo su sustancia, o cuando con una misma palabra trata de calificar la «Novena Sinfonía», el atractivo físico de una mujer o la velocidad de un avión.

Más allá de la labor de las Academias está nuestro cuidado. Defendemos algo entrañable. Defendemos al propio tiempo—digámoslo sin vanidades, pero con la veracidad de los humildes—la lengua que ha dado vida a la figura culminante de la literatura universal, a nuestro señor Don Quijote, «rey de los hidalgos, señor de los tristes»; la lengua que ha llegado con nuestros místicos más cerca de Dios, hasta darle expresión definitiva al humanismo cristiano.

Hemos querido también en este Congreso recordar que, por humanas, esas instituciones temporales que son la Patria, la Nación, el Estado, han de vivir lo temporal *sub specie aeternitatis*. La eternidad no se calibra con medidas de tiempo, pero nuestro tiempo se inserta y queda transido de eternidad. Cualquier hombre, en los trances supremos de su vida, puede sentir cómo lo temporal y lo eterno laten isócronos en su corazón.

También los pueblos pasan por esos trances. Por eso la raíz del patriotismo no es el orgullo de casta, ni la agresividad, ni la ambición, ni el apego meramente sensible a nuestro pequeño mundo, sino la capacidad de abnegación y sacrificio. Por eso el dolor une a las gentes bien nacidas. Por eso, lo mismo en el orden social que en el internacional, la esperanza paciente de los pobres es incomparablemente más segura que el encrespado instinto de conservación de los ricos...

Por eso, aun pisando tierra firme, sin olvidar que el cuerpo es elemento sustancial del hombre, hemos querido proclamar una vez más que esa unión sustancial la informa el alma en los hombres y en los pueblos, y que el alma es quien nos une de modo indisoluble allende cálculos y ambiciones terrenas.

Con las inevitables escorias de toda empresa humana, esa fué nuestra empresa. Llególe a España un trance en que, por sutil paradoja, en aparente pugna con la máxima evangélica, hubo de conquistar el mundo para salvar el alma. Fué entonces cuando renunciamos a ser un pueblo cómodo—por algo la palabra «confort» no está en nuestro diccionario—, para ser adelantados de Dios. No fuimos ángeles, pero la idea de misión acabó imponiéndose a los aventureros y a los codiciosos, y, mientras ciertas colonizaciones apenas pasaron de piraterías de alto estilo, España proclamó un derecho de gentes común a todos los pueblos, mantuvo la doctrina del «mare liberum» y, lejos de empeñarnos en darle categoría universal a apetitos nacionalistas, quedamos al servicio de valores universales, prestos a dar la existencia por la esencia.

No fué un azar, sino providencial designio, que en el zenit de aquel Imperio cundiera una ráfaga estremecedora de ascetismo; que en los momentos propicios al hedonismo surgieran los grandes maestros de ascética, encargados de glosar las sentencias del Eclesiastés al eco de las coplas quebradas de Manrique, hasta dejarnos ese sabor de ceniza, ese tedio sutil por las cosas caducas, no exento de ternura, que caracterizó al hidalgo. Es entonces cuando Teresa de Avila va guiándonos por las Moradas del Castillo interior, y Juan de los Angeles nos lanza a la conquista del Reino de Dios, y Juan de la Cruz, por aquel imponente desfiladero de sus «nadas», nos avisa de no ir hambreando como canes tras de lo terreno y nos apura la nostalgia a lo divino:

¡Oh cristalina fuente!
¡Si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

Por eso, cuando declina nuestra estrella política, mientras del paso de otros poderes sólo quedarán tractores y turbinas y plásticos y latas vacías, del nuestro quedan catedrales y universidades, donde hombres indígenas ya en el siglo XVI enseñaban Humanidades en un latín virgiliano, y quedan los surcos vírgenes de cien meridianos trocados en caminos de romería hacia los santuarios de la Virgen, Señora y Madre nuestra, llena de gracia.

Por eso también, cuando hemos pecado, fué a la desesperada. Jamás nos avinimos a la despreocupación ni a la ficción. Si nunca pudimos tomar en serio los sucedáneos de nada, ¿cómo íbamos a admitir los de Dios o los de la virtud? Dios nunca fué para nosotros, ni individual ni colectivamente, mera personificación de vagos anhelos, sino el Señor que manda y ama y vivifica. Desentendernos de El fué perder del todo la gracia, la sobrenatural y la natural, desalmarnos. De ahí nuestro innegable extremismo, nuestros amargos despeñamientos, ese brutal encogerse de hombros ante ciertas normas temporales cuando se han conculcado las eternas, esa atroz soledad que nos abruma cuando andamos huídos del Padre. Teólogos con El o contra El. En otras latitudes no faltan quienes mantienen su incredulidad correcta y hasta una *decorosa* inmoralidad. Entre nosotros es difícil; entre nosotros, la inmoralidad, sin pararse en barras, tiende a alcanzar su meta lógica, la desvergüenza, y la incredulidad suele aparecer—¿quién no ha conocido algún ejemplo?—como el repugnante muñón de una fe que, por la misericordia divina, sigue doliendo y supurando en el fondo del alma.

Todo eso está ahí, cuando se piensa en la cultura hispánica. Pero lo que la Providencia pide hoy de nosotros no es la mera conciencia de

nuestro patrimonio cultural, sino nuestra fidelidad, nuestro coraje para administrarlo. Cuidado con degradar la verdad en tópico—el tópico no es la mentira, sino la verdad desangelada—. Cuidado con el narcisismo. Ni podemos contemplarnos como una gran cultura fenecida o como un pasado todavía rutilante, que alumbrara al cabo como esas estrellas que siguen irradiando su luz luego de extinguidas, ni cabe pensar que lo que fuimos es un salvoconducto o un capital para malvivir de renta, cuando es el don, el talento que no podemos enterrar, el mandato histórico que se traduce en vocación.

Importa ir ahincando en nuestra conciencia el aguijón de esta responsabilidad intransferible. ¿Respondemos, Dios mío, a esa tradición y doctrina, que esgrime uno muchas veces como arma contra los demás, cuando debiera aplicarla sobre las propias llagas como un cauterio? ¿Respondemos a la expectación de quienes siguen mirándonos como la gran reserva moral del mundo? «Toda la vida se me ha ido en deseos —exclama Santa Teresa—, y las obras no las hago...» ¿Qué decir entonces de nuestra vida fraudulenta, congelada? Aparte las humanas flaquezas, más allá de esa gran cruz humana que es la desproporción entre el ideal y los alientos efectivos, ¡cuántas veces agravamos la situación con los más divertidos trucos y evasiones! Que cada cual haga un sondaje en su ánimo: la verdad sin nuestra fidelidad sólo serviría para lo que sirve la fe sin obras, para que los muertos entierren a sus muertos.

Porque la mentira y la inconsecuencia están adquiriendo formas cada vez más artificiosas, nosotros hemos de extremar la autenticidad y la entereza. Porque cunde una mixtificación progresiva entre razón y éxito, entre valor y precio, entre felicidad y hedonismo, nos toca reivindicar las virtudes cardinales al filo teologal. El mundo sedicente cristiano está lleno de restos de virtudes cardinales que andan desconcertadas y a la deriva por habernos desentendido de las teologales, y en nuestro mundo más próximo son muchos los principios y los propósitos que se nos malogran y pudren por falta de amor.

En un mundo donde mucho más alarmante que la desintegración de la materia es la desintegración del espíritu, donde suenan ya a hueco las lamentaciones sobre la crisis y la fragilidad de la cultura, donde seguimos perfeccionando las cosas con mayor cuidado que al hombre, donde el refinamiento puede encubrir la sordidez y la barbarie, nosotros apenas pretendemos otra cosa que recordar:

Recordar que no hay desquite comparable al de la lógica, cuando se ve maltratada; que los cataclismos históricos, como las desdichas individuales, suelen comenzar por ceguera o por frivolidad mental; que a la hora de la verdad, es decir, a la hora del dolor, para cicatrizar las heridas hay que cicatrizar antes las ideas. La auténtica sabiduría tiene

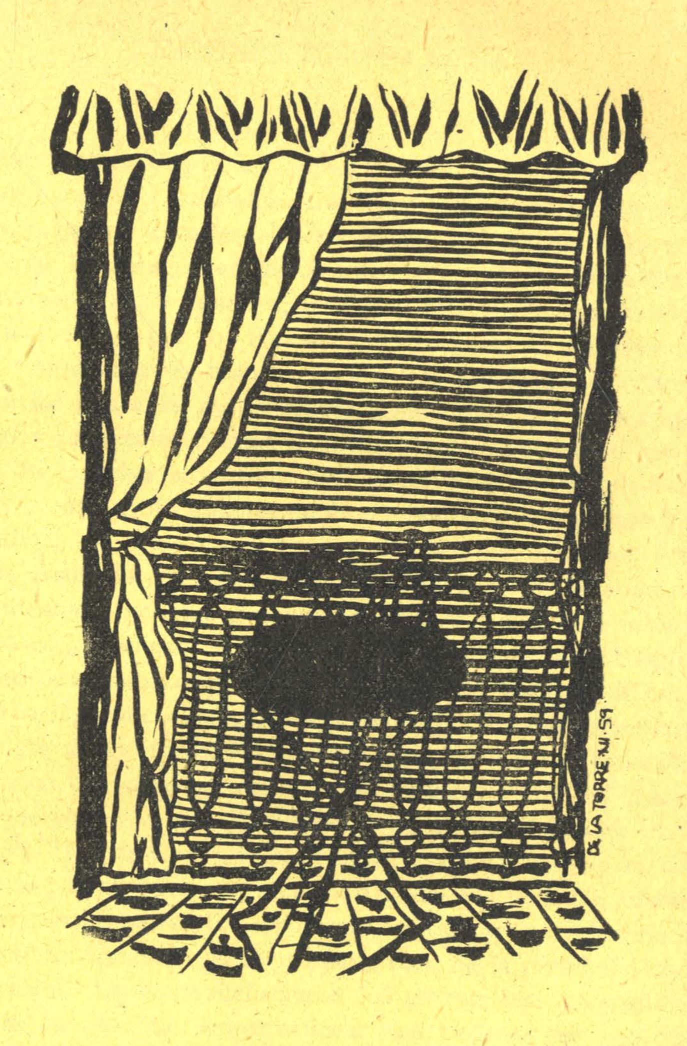
en nuestros humanistas una gravedad que no tolera fuegos fatuos. Desde la «recta vivendi ratio» senequista hasta la «razón vital» de Ortega, desde la «Introductio ad Sapientiam» de Vives hasta la sensatez balmesiana, hemos mantenido una noción de sabiduría como camino de perfección, como axiológica veracidad; hemos defendido la cultura, más que como categoría del saber, como categoría del ser, como temple y hondura de la personalidad.

No es fácil ya vivir tranquilo como español—escribí hace años—hasta que nuestros hermanos de América confirmen en nosotros una clara ejemplaridad. Digámoslo hoy sin petulancia: no es fácil ya vivir tranquilo como miembro de la comunidad hispánica hasta que nuestra ejemplaridad no se proyecte sobre el mundo, «toda ciencia trascendiendo».

He ahí, al cabo, la gran cuestión. En la Basílica Vaticana, según se entra, en la primera columna de la izquierda, está San Pedro de Alcántara, y en la primera columna de la derecha Santa Teresa de Jesús. Austeridad y *latitudo cordis.* Y esos siguen siendo los remedios de toda crisis en el hombre y en el mundo. ¿Seremos hoy capaces de acrecentar las virtudes de antaño, de mantener aquel ímpetu, aquella sed de aventura, aquella divina impaciencia, tan oportuna hoy, cuando tantas gentes, para lanzarse a restaurar el mundo, aguardan dialécticamente a su total hundimiento?

Pese a cualesquiera defecciones y tropiezos, ahí hemos de encontrarnos. «Bien podrán los encantadores—advierte un día Don Quijote—quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.» Clásica lección de fortaleza, que nada tiene que ver con la temeridad ni con el vano orgullo. No tendríamos perdón si la olvidáramos o la dejáramos secar en pura retórica. Porque entre tanta turbulencia y tanto dolor estéril y tanta villanía medrosa y tanto Poncio escéptico, siente uno que es llegada la hora de desfacer entuertos, quizá desde la cruz de la incomprensión. Es la gran actitud, desde hace veinte siglos, para abarcar y dominar el horizonte: con los brazos abiertos a amigos y enemigos, pero con la firmeza vertical de la verdad. Cuando prometemos que por la Hispanidad seguirá hablando el espíritu, prometemos, sin gestos de histrión ni egoísmos de clan, seguir conjurando con el alma en vilo toda liviandad y abrirle horizontes de cordura a la sinrazón; prometemos seguir alumbrando unos valores siempre en peligro y rescatar esa triste teoría de palabras excelsas desvirtuadas, violadas por los siete pecados capitales: justicia, paz, familia, patria, conciencia, dignidad, hombre, Dios.

José Corts Grau.
Universidad.
VALENCIA



HISPANOAMERICA A LA VISTA

PARAGUAY EN EL SIGLO XVIII

POR

LEANDRO TORMO SANZ (*)

El país habitado por los tupí-guaranís, los indios que ya antes de la llegada de los españoles atravesando el Chaco Gualamba, el inmenso y peligroso cazadero de los incas, se lanzaron a la conquista del Imperio Peruano, y estableciéndose al pie de la cordillera andina con el nombre de chiriguanos, cortaron definitivamente la expansión del Tahuantinsuyo por los llanos del Pilcomayo; el Paraguay, creado por los conquistadores hispanos sobre la inmensidad territorial que ocupaban los guaranís, cuyos únicos límites eran las verdes aguas del Atlántico y los azules roquedos de los Andes, porque ni las pampas del Sur, ni la selva amazónica del Norte pusieron coto o veto a las correrías o razzias de quienes en él se asentaron, bien fuesen españoles o indios; esa inmensa tierra americana, que tenía por corazón y capital la Asunción, tierra adentro, para vivir de lo de adentro y con los de adentro; ese país guaraní, infinito por arriba e inmenso por abajo, se empequeñeció principal y definitivamente en el siglo XVIII, porque los desmembramientos que del Paraguay Gigante, de esa inmensa Gobernación concedida a don Pedro de Mendoza, se efectuaron hasta este siglo XVIII (incluso la división propuesta por Hernandarias de Saavedra en dos gobernaciones, la del Paraguay y la del Guayrá, que en 1617 se convirtió por Real Cédula de 16 de diciembre en los Gobiernos de Buenos Aires y Asunción), fueron tan sólo el demarcar los límites por el Sur y algunas partes del Oeste a tan inconmensurable territorio, que, según los autores paraguayos Marcelino Machuca e Hipólito Sánchez Quell, ocupaba más de la mitad del continente Suramericano. Lo empequeñecieron los portugueses y españoles de la Península Ibérica. Lo empequeñeció una política europea que tenía como divisa mantener la discordia entre España y Portugal. Lo empequeñeció una política portuguesa al servicio y beneficio de Inglaterra. Lo empequeñeció una política española al servicio y beneficio de Francia, que desconocía o quería desconocer la realidad americana. Una política de secta, de covachuela. La política de los golillas e intrigantes de Madrid y Lisboa, movidos como títeres desde Londres o París.

(*) Premio Francisco Franco de Investigación.

Pero es más, lo empequeñecieron también los propios paraguayos, porque la grandeza del Paraguay no residía primordialmente en sus desorbitadas dimensiones territoriales, sino en las grandes cualidades que atesoraban sus hombres, tanto fuesen éstos españoles como lo fuesen indios. Hombres que eran capaces de llevar a cabo las más grandes aventuras, de arrostrar los mayores obstáculos y las más grandes dificultades, de desafiar los peligros por descomunales que fuesen, de luchar contra viento y marea hasta establecerse y dominar los más remotos y lejanos rincones del Nuevo Continente. Conquistadores paraguayos encontramos desde el istmo de Panamá hasta la punta de la Patagonia levantando ciudades, abriendo caminos, colonizando campos, creando gobernaciones independientes donde ellos pudieran libremente mandar. Pero posiblemente los indios tupí-guaranís llegaron a más, a cruzar el Caribe por el arco de las islas de Barlovento, e incluso se conjetura que lograron establecerse en la península de Florida. La gran empresa del Paraguay era la de sintetizar armónicamente los distintos y valiosos elementos que lo integraban. Mas esto tan sólo lo consiguió plenamente con la lengua, dando un delicioso bilingüismo, maravilloso ejemplo de convivencia en una misma persona de elementos independientes de expresión con personalidad propia, sin que una lengua excluyese a la otra ni el conocimiento de un idioma molestase o se interfiriese con el otro, sino que más bien se completasen, siendo el uno vínculo preferido por la cabeza, para expresar los raciocinios; y el otro, del corazón, para dar a luz los sentimientos y afectos.

Los otros aspectos, desgraciadamente, se hubieron de dar aislados en su mayor parte, formándose dos repúblicas: la República de los blancos y mestizos, la que pudiéramos llamar la República Criolla, y la República de los indios, la que calumniosamente llamó el Marqués de Pombal «El Imperio Jesuíta de los Guaranís». La primera fué creada por los conquistadores castellanos y las mujeres indígenas; la segunda, por los misioneros de Indias y los Reyes de España.

La República Criolla apareció en el mismo instante en que los hijos de Castilla pusieron sus pies sobre el territorio guaraní, porque el conquistador fué el primer criollo, criollo no de nacimiento, sino de afecto, de muerte pudiéramos decir; porque el conquistador quiso morir y ser enterrado en la tierra americana. Criollo por vencimiento, pues él fué conquistado a su vez, vencido, esclavizado por una tierra ubérrima, por una maravillosa tierra cuya esplendidez y generosidad contrastaba con la dura estepa castellana austera y pobretona que acababa de abandonar para siempre.

La República Indígena de los Guaranís fué una creación del si-

glo XVII, el siglo que hemos denominado de la conquista espiritual, de una conquista más maravillosa y heroica si cabe que la material. La República india no se formó al estruendo pavoroso de los arcabuces, sino al dulce sonido del caramillo. Como un poema pastoril del Renacimiento, los hombres de la tez broncínea se fueron congregando bajo los frondosísimos árboles de la selva para escuchar del Buen Pastor las notas de la flauta; concierto que ellos habrían de repetir con la polifonía de sus voces y los registros metálicos del órgano, llenando de música sacra las soñadoras orillas del Paraná.

Ambas Repúblicas se formaron separadas en el tiempo y separadas en el espacio. Pero lo que más las separó durante su vida fueron intereses contrarios, finalidades distintas. El criollo quiso del indio, que él o su padre había sometido, servirse personalmente, que fuese su criado a perpetuidad, su obrero forzoso; quiso, digámoslo con palabras fuertes, explotar a aquel hombre aborigen en beneficio suyo, convirtiéndolo en su siervo, o en su esclavo más o menos disimulado bajo la forma jurídica de la encomienda del Río de la Plata. En el siglo XVII, al enterarse por los misioneros de tal estado de explotación, el Rey no lo consintió. La Corte ordenó a don Francisco de Alfaro, oidor de la Audiencia de Charcas, pasar al Paraguay en calidad de visitador. La primera medida que tomó en 1612 fué ordenar que ninguno, en lo sucesivo, pudiera ir a la caza de indios con pretexto de reducirlos y que no se diesen encomiendas con servicio personal. El Deán Funes dijo que esa tiranía metódica que con anterioridad habían sostenido los encomenderos del Paraguay despertó en la Corte de España un ansia de reparación y prohibió enteramente el servicio personal, reduciendo las Encomiendas al usufructo del tributo debido a la Corona. (*Ensayo de la Historia Civil del Paraguay,* Buenos Aires y Tucumán, tomo I, 323.)

Los misioneros encomendaron los indios por ellos conquistados con la sola predicación del Evangelio en cabeza Real y el Rey les eximió durante muchos años de todo tributo. Con ello, los vecinos de la Asunción, al no percibir beneficio alguno del trabajo indígena, abandonaron a los indios en manos de las rapacidades y crueldades de los paulistas, e incluso hubo algún Gobernador del Paraguay, como don Luis de Céspedes Xería, que en 1629 acompañó a los bandeirantes y dijo a los jesuítas que se fuesen y «dejasen con los diablos llevar a los indios» (Sánchez Quell, *Estructura y función del Paraguay Colonial,* 75). No obstante, la República indígena creció potente con su propio esfuerzo, se defendió por sí misma, defendiendo ella sola las fronteras del Paraguay, constantemente violadas por los portugueses cazadores de esclavos para sus plantaciones de Sao Paulo;

los años 1636, 1637 y 1638 ahuyentó a las «Bandeiras» portuguesas; el año 1641 vencieron a las orillas del Uruguay a unos 500 portugueses acompañados de 4.000 indios; diez años después los volvieron a vencer entre los ríos Uruguay y Paraná, y por último, la derrota que a los portugueses infringieron en 1657 puso fin a las invasiones de los mamelucos en el Paraguay (Burger, *Memorial*). Con la paz alzó templos majestuosos donde alabar a Dios; limpios, aseados, firmes, de piedra, se levantaron los nuevos poblados indígenas, los campos se roturaron y las pampas de sus alrededores se llenaron de vacas.

Cien años de vida independiente podían haber sido suficientes para que la República Criolla abandonase su postura egoísta, sus injustas pretensiones sobre el sudor del aborigen. Durante un siglo se pudieron trabar lazos fraternales con el hermano indio, que no quería y no debía estar supeditado al blanco o mestizo. La misión del siglo XVIII en el Paraguay era lograr una integración perfecta entre las dos grandes unidades étnicas que componían su esencia. Difícil tarea esta: la de quitar recelos y suspicacias en unos y picardías o egoísmos en otros, pero no más imposible que el conseguir de los indios un cambio de su vida nómada (recolectora o cazadora) a la sedentaria (agrícola o industrial), y este cambio de vida y de cultura se consiguió de muchas tribus derrochando amor de Dios. La reducción de los Terenas, Caypotorades, Zamucos, Vilelas, Tobas, Lules, Tonocotés, Abipones y demás pueblos errantes del Chaco fué una gran empresa que realizó el siglo XVIII, venciendo infinidad de obstáculos presentados por la naturaleza, tanto física o geográfica como humana.

La República india cada vez se acercaba más a la República blanca. Siempre dispuesta y obediente a los mandatos de los Gobernadores del Paraguay, envió sus hombres a sofocar en 1640 las rebeliones de los Calchaquíes, Frentones y otros infieles que infestaban la ciudad de Santa Fe; en 1641 refrenó a los Caracaras que hostilizaban a la ciudad de Corrientes; en 1644 protegieron al Gobernador Inestrosa y mantuvieron la quietud de la Asunción; en los años 1646, 1649, 1650 y 1652 reprimieron las agresiones que los Payaguas o Guaycurus, los altivos piratas del Paraguay, cometían en las ciudades españolas, librando a la propia ciudad de Asunción, que estuvo a punto de perderse, y lo mismo hizo en 1658 con los Mbayas y Neembos; de 1657 a 1658 bajaron 450 soldados guaranís a socorrer el puerto de Buenos Aires contra las agresiones inglesas; la sublevación que en 1660 se dió en Asunción fué deshecha por las tropas guaranís; al mando de don José Garro desalojaron en 1680 a los portugueses que se acababan de establecer en la Colonia del Sacramento; en 1697 envió 2.000 soldados, y en 1700, otros 2.000 para proteger Buenos Aires contra el

ataque de la escuadra danesa. Construyó presidios, fortificaciones y fuertes en las costas del mar y de los ríos; alzó colegios y catedrales en la República Criolla y la abasteció de yerba, de tabaco, azúcar, telas, maíz y carne.

Sin embargo, la República criolla no respondió con la misma generosidad. Y el Siglo de las Luces fué un siglo de insultante orgullo para con los indios, de egoísmo, de vanidad. Zanjó la dicotomía existente, desgraciadamente no con la unión, sino con la dispersión de la República indiana, porque prefirieron los blancos y mestizos ver dispersos a los indios por los montes, vueltos de nuevo a su errante nomadismo, antes que dignarse a convivir con ellos en plano de igualdad e independencia, antes de que no fuesen sus criados, su proletariado, su mano de obra barata.

Esta es la tragedia del Paraguay dieciochesco. Por este desgarro de su sentido universal, por esa su falta de altitud de miras, de generosidad, de justicia en último término, Paraguay es hoy tan pequeño; por eso se halla encerrado en el interior del continente sin más que una débil salida fluvial al mar. Lo venció Argentina, Brasil y Uruguay, cuando Argentina, su hija, era España; Brasil lo era Portugal, y Uruguay un extraño conjunto de posesiones españolas y portuguesas. Las mismas potencias que después, a raíz de la guerra que sostuvo el Paraguay contra la Triple Alianza, cercenaron más y más su territorio.

Las etapas o hitos históricos del proceso de desintegración paraguayo comprendidos entre 1701 y 1801 podrían ser:

1.ª Tratado de Amistad de 1701.
2.ª Tratado de paz de Utrecht, 1713.
3.ª Rebelión Comunal de la Asunción, 1721-1735.
4.ª Tratado de 1750.
5.ª Tratado del Pardo de 1761.
6.ª Expulsión de los jesuítas, 1767-8.
7.ª Tratado de San Ildefonso, 1777.
8.ª Creación de Intendencias, 1782.
9.ª Ocupación del Ibicuí, 1801.

Los necesarios antecedentes de estos hechos son las mencionadas incursiones de los paulistas para abastecerse de mano de obra esclava y el establecimiento en 1680 por orden de Pedro II, posiblemente por inspiración inglesa, de un lugar de contrabando en la margen izquierda del Río de la Plata, denominado la Colonia del Sacramento, lugar que de inmediato fué asaltado por el Gobernador de Buenos Aires, que no podía consentir tal usurpación. El Gobernador Garro empleó para esta operación, como antes hemos dicho, las tropas guaraníes.

El Tratado de Amistad entre España y Portugal, firmado en 18 de junio de 1701, con el que se comienza el siglo, es una renuncia a los derechos territoriales de España en el Uruguay a cambio del reconocimiento portugués de los intereses personales de Luis XIV en España. Por él se admitía como legítima la posesión portuguesa de la Colonia del Sacramento y en compensación Portugal reconocía a Felipe V como rey legítimo de España. No obstante estas graciosas concesiones, al cabo de dos años pareció más ventajoso al Gobierno portugués renunciar al tratado. El 16 de mayo de 1703 Portugal se adhería a la Gran Alianza, y meses después, por el Tratado de Methuen, en 27 de diciembre, completaba la alianza política con unas cláusulas comerciales que le colocaron en completa dependencia de Inglaterra.

Las tropas guaranís volvieron a tomar por asalto la Colonia del Sacramento en 1705, pero el Tratado de Paz firmado en Utrecht el 11 de abril de 1713 reconoció internacionalmente la pertenencia de la Colonia del Sacramento a Portugal, y España, obligada por Francia e Inglaterra, la hubo de entregar en 6 de febrero de 1715, después de una larga resistencia.

Estos dos hechos nos indican las características de la política europea respecto a Paraguay; por un lado, el olímpico desprecio de los borbones franceses a la integridad territorial americana, y una desautorización al Tratado de Tordesillas por motivos personales, o sea una ruptura con la línea política seguida hasta entonces de conservación plena de los derechos y territorios pertenecientes a la Corona de Castilla. Las Indias comenzaban a ser cosas con las que podían cambalachear los monarcas europeos. Y en segundo lugar, el pasar a ser árbitros Inglaterra y Francia de lo que acontecía en nuestra casa americana.

Frente a esto las dos repúblicas paraguayas protestaron violentamente, pero su reacción fué por separado; no obraron conjuntamente, sino que se enfrentaron la una con la otra, produciéndose entre ellas una escisión que no hubo manera de salvar.

La primera protesta dieciochesca la formula tumultuosamente el Común o Cabildo civil de la ciudad de Asunción. Es la reacción de la República Criolla ante el centralismo borbónico, es un negarse a ser gobernada por los españoles peninsulares. En 1723 la denominada Revolución de los Comuneros del Paraguay, que se venía incubando desde dos años atrás, estalló al deponer el Cabildo de Asunción al Gobernador Diego de los Reyes, basándose en la Real Cédula de 12 de septiembre de 1537. Poco esfuerzo cuesta ver en este hecho el primer movimiento de la América independiente, de la América que

quiere y debe regirse por los españoles americanos, no por los canarios o peninsulares advenedizos.

Pero he aquí un hecho curioso: los partidarios del Rey en este momento, los defensores de los españoles últimamente llegados, son los verdaderos señores o dueños de la tierra paraguaya, los indios guaraníes de las reducciones. El 5 de agosto de 1724 Baltasar García Ros, que llevaba el encargo de reponer la autoridad Virreinal en Asunción, es vencido en los llanos del Tebicuarí con sus 50 españoles y sus 2.000 guaranís por los 200 aguerridos paraguayos que mandaba Antequera. Al regresar estas tropas victoriosas a la capital del Paraguay, los jesuítas sufren las consecuencias de la superioridad militar de la República criolla y son expulsados del Colegio de la Asunción a punta de bayoneta.

¿Por qué sucede así? ¿Por qué los indígenas y los jesuítas, que poco después iban a sufrir las consecuencias del despotismo ilustrado, son los más acérrimos realistas?

Sencillamente porque en este momento, principios del siglo XVIII, los Reyes de la casa de Borbón aún no han defraudado ni al indio ni al misionero. Porque el bienestar material y espiritual del aborigen americano aún continúa siendo la primera motivación de la política interna en Indias y, por lo menos teóricamente, aún se va a subordinar todo a la evangelización posponiendo cualquier otro tipo de interés, lo cual da lugar a que tanto indios como misioneros se sientan apoyados por las disposiciones emanadas de la Península. Cuando las acusaciones emitidas en 1715 por el Capitán Blas Zapata sobre que los guaraníes no tributaban al Rey lo debido, que tenían fábricas secretas de armas y que impedían el trato y comercio con los españoles, llegan a Europa apoyadas por el propio Virrey del Perú y el Gobernador del Paraguay, los fiscales del Consejo de Indias informan serenamente a S. M. en 15 de junio de 1716 que «no »solo no se debe gravar en nada a estos indios, sino que conviene ad»vertir a este Gobernador que con los Superiores de la Compañía »que cuidan de sus reducciones, deberá pasar una tan sincera y amis»tosa correspondencia, que los asegure de que jamás vendrá S. M. en »gravarlos en nada más que en aquello que contribuyen para la ma»nutención de las mismas reducciones y misiones, y que les guarde »y haga guardar y cumplir por su parte todas las exenciones, franque»zas y libertades que por las citadas Cédulas les están concedidas, »para que de esta suerte asegurados y satisfechos en todas las ocasio»nes que de hoy en adelante se podrán ofrecer, puedan acudir al »servicio de S. M. con sus personas y armas, con la misma puntuali»dad, esfuerzo y fidelidad que hasta aquí lo han ejecutado». (Pastells-

Mateos, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay...*, VI, 67.)

Y la balanza de la justicia real se inclina en favor del indio por medio de la Real Cédula de 28 de junio de aquel año 1716, en la que se ordenaba a los Gobernadores y Audiencias que en ningún caso innovasen aquel sistema de república aparte donde los aborígenes se elevaban natural y sobrenaturalmente dirigidos por sus misioneros dando gloria a Dios y obediencia al Rey de España, a quien respetaban, veneraban y amaban como a protector de sus intereses frente a las pretensiones de sus vecinos blancos o mestizos que querían convertirlos en el último estrato social de su República.

La defraudación indígena y misionera aconteció a mediados de siglo, cuando subido al trono de España Fernando VI, casado con Bárbara de Braganza, quiso resolver las divergencias con Portugal estableciendo de un modo definitivo los límites americanos de las dos naciones ibéricas.

En 1746 el brasileño Alejandro de Gusmão inició negociaciones que fueron bien recibidas por la reina Bárbara de Braganza a fin de sustituir la línea de Tordesillas por límites naturales: ríos, cadenas montañosas, lagos, etc, Al cabo de varios años de discusiones, en que ambas potencias sostenían haber incumplido el Tratado de Tordesillas, Portugal adentrándose en el Amazonas y España ocupando Filipinas se llegó al Tratado de 13 de enero de 1750, en el que se hacía un mutuo reconocimiento del «statu quo» de la frontera. Portugal cedía la discutida colonia del Sacramento y España, a cambio, entregaba la región de Castillos Grandes con los siete pueblos guaranís situados al norte del Ibicuí y al oriente del Uruguay. Ante la imposibilidad de resolver sobre el papel tan arduo asunto por no ser perfectamente conocidas las comarcas, se encargaron a unos comisarios señalar sobre el terreno los límites exactos.

Durante las negociaciones se pensó más de una vez que los jesuítas nunca entregarían tan buenos territorios y se comprometieron a efectuar la evacuación por las armas si los indios habitantes oponían resistencia. Pombal lanzó constantemente esa insidia junto con la de que los jesuítas eran obedecidos ciegamente por los guaraníes.

Cuando en las misiones tuvieron los primeros rumores acerca del traslado de los siete pueblos, expusieron al Virrey las consecuencias que ellos temían: los guaranís no aceptarían de buen grado la tal trasmigración. Pensaron que el Rey no estaba bien informado y escribieron un memorial que enviaron con el Procurador Padre Gervasoni. No era equitativo dar siete magníficas reducciones por un mal lugarejo de contrabando.

Los misioneros no comprendían cómo por una fortaleza que los

indios habían asaltado repetidas veces se entregasen seis grandes pueblos y más aún cuando ésta se hallaba completamente dentro de la parte española, según las divisiones de Alejandro VI y Tordesillas. Ellos no comprendían que detrás de la Colonia estaba toda la política económica europea y que la Colonia suponía la navegación libre por el Río de la Plata y, por tanto, la imposibilidad de evitar el contrabando. En cuanto a Filipinas, el Padre Cardiel opinaba que se podían entregar todas sus islas a Portugal, puesto que nada valían y nada de ellas se sacaba.

La Corte, a su vez, desconocía por completo a América y a sus hombres. Creía que trasladar indios era poco menos, según frase de Menéndez Pelayo, que trasladar borregos. Las opiniones acerca de ser los jesuítas ciegamente obedecidos eran plenamente aceptadas con un absoluto desconocimiento del alma indígena que vivía en las misiones.

Para asegurar su cumplimiento, el Gobierno español, por medio del Padre Rávago, se dirigió al general de la Compañía, Padre Retz, con el ruego de que tomara las medidas necesarias para que los misioneros del Paraguay llevasen a cabo la primera desmembración de la República que en beneficio de los guaraníes y del propio Paraguay ellos habían creado. Por órdenes de 7 de enero de 1750 y de 21 de julio de 1751 se comunicó a los misioneros, bajo pecado mortal, que no opusiesen trabas al tratado, e incluso se envió con poderes especiales para este fin al Padre comisario Lope Luis Altamirano.

Cuando el Padre Querini, provincial del Paraguay, recibió la orden de su general, marchó a las misiones para disponer el tratado.

Ante la realidad se planteó de nuevo las siguientes incógnitas: ¿No sería un engaño dar una extensión doble que Portugal con 29.191 habitantes a cambio de una región de tan sólo 100 kilómetros cuadrados? ¿Era posible evacuar treinta millares de indios inmediatamente? Finalmente, ¿era justo?

Los pueblos que se habían de entregar eran los siguientes:

San Borja, cuyo valor en edificios ascendía a	389.000	pesos
San Nicolás, cuyo valor en edificios ascendía a	811.300	"
San Luis, cuyo valor en edificios ascendía a	737.400	"
San Miguel, cuyo valor en edificios ascendía a	1.185.800	"
San Lorenzo, cuyo valor en edificios ascendía a	493.300	"
San Juan, cuyo valor en edificios ascendía a	689.900	"
Santo Angel, cuyo valor en edificios ascendía a	723.400	"

En compensación se les eximía durante diez años del tributo y tan sólo se les entregaba cuatro mil pesos a cada pueblo.

Económicamente había una gran injusticia; los beneficios de la supresión del contrabando inglés recaerían sobre los comerciantes de Cádiz o Sevilla, que tenían el monopolio de Indias; los perjuicios tan sólo caían sobre las cabezas de los indios. ¿Por qué no se cargó al comercio español los daños que el Tratado causaba en las haciendas de los indios? ¿Podía llamarse expropiación forzosa dar 4.000 pesos por lo que valía cuanto menos 400.000? ¿Cómo podían los misioneros colaborar a que se consumase tal robo?

Los misioneros reunidos en consulta por el mes de abril de 1751 dictaminaron que, a su entender, el destierro y la expropiación de los bienes indígenas iba contra el derecho natural. El Padre Escandón, cuatro años después, aún sostenía que eran nulas las cláusulas del Tratado y, por lo tanto, sin vigor la orden del Padre general, y el Padre Cardier, ante las apretadas órdenes del Padre comisario, le dijo que bastaba conocer el Catecismo para saber que las órdenes del Padre general no imponían obligación alguna, y al Comisario Real, Marqués de Valdelirios, que tales injusticias no se cometían ni en Turquía o Marruecos.

¡Los indios eran señores de la Tierra Paraguaya!

El historiador contemporáneo Jaime Eyzaguirre dice que esta violación del pacto tácito que tenía el Rey de proteger y defender las tierras de los indios que habían aceptado su jurisdicción fué una de las causas de la independencia. Al Rey de España no le interesaba América, sino Europa.

No obstante todo ello, los misioneros se esforzaron en realizar la transmigración de estos siete pueblos a la orilla occidental del Uruguay para evitar males mayores a los indígenas, pero pidieron que se les concediesen tres años para efectuar el traslado, puesto que se habían de roturar nuevas tierras y encontrar pastos para el millón de vacas que poseían los tales pueblos. El Marqués de Valdelirios accedió a esta petición del Padre Barrera, pero entonces el Comisario portugués Gómez Freyre exigió que no se podía retrasar por más tiempo la entrega a Portugal de estos siete pueblos. La tal intransigencia desencadenó la rebelión indígena cuando ya gran parte de ellos habían transmigrado.

Los hechos de la llamada «Guerra Guaranítica» fueron así: el 25 de febrero de 1737 llegó una comisión mixta para señalar los límites a la alquería de Santa Tecla. José Tiarayo, alias Sepé, se entrevistó con el jefe español Bruno Zabala, diciéndole que por sus tierras no dejarían pasar a los portugueses. Zabala le replicó irritado que estaban resistiendo las órdenes del Rey, y el indio respondió que Dios y San Miguel le habían dado aquella vara de mando (Sepé era el Alférez

Real del pueblo de San Miguel) para defender la tierra de sus mayores. En vista de esta actitud, la comisión se retiró a Montevideo.

Ante tal contrariedad, reunidos los dos comisarios decidieron intervenir militarmente, y el 2 de mayo de 1754 salió el Gobernador de Buenos Aires, Andoneagui, al mando de 2.000 hombres con dirección a San Nicolás, y con anterioridad, en 22 de abril de 1754, Gómez Freyre, al mando de tropas portuguesas, se dirigió al pueblo de Santo Angel. Los indios volvieron a oponerse al paso de ambos ejércitos, pero fueron principalmente las lluvias tropicales las que hicieron fracasar esta expedición mal preparada por ambos comisarios, tal vez con la posible perfidia de que su fracaso enconase más los ánimos de la Corte contra los jesuítas.

En 1855, Andoneagui, que había sido acusado por Valdelirios de connivencia con los jesuítas, avanzó hacia las reducciones rebeldes con 1.670 hombres; Gómez Freyre, a su vez, mandaba 1.106 soldados portugueses. Sepé Tiarayo tan sólo tenía de 1.400 a 1.700 indios armados de arcos y flechas con algunas carabinas y ocho cañones de caña. El 7 de febrero de 1756, al intentar Sepé conocer las fuerzas que atacaban, fué muerto en la descubierta, y sus hombres, atrincherados en Caaibaté, decidieron morir antes que rendirse. La batalla del 10 de febrero no fué tal batalla, sino un asesinato de indios. Tan sólo duró una hora y las bajas de una y otra parte demuestra lo antes dicho. Tres españoles y un portugués muertos frente a 1.311 indios acuchillados por la caballería y 152 prisioneros. Sin embargo, esta no muy heroica victoria fué recibida en la República Criolla con grandes alborotos, entonándose el *Tedeum*. En este momento se hundió la República Guaraní. Los indios no sólo desconfiaron ya de los portugueses, sino también de los españoles. Tan sólo se sintieron ligados con los jesuítas y ya en este mismo momento el Gobierno español había ordenado al general Pedro Ceballos que expulsase con ignominia a los curas que en esta tribulación habían asistido a los pobres indios.

Ceballos, buen militar, ajeno a todas las maquinaciones de Wall, Valdelirios, Auzmendi, Pombal, el Duque de Alba y Keene, se dió cuenta al llegar a las reducciones que habían sido justamente los indios y los misioneros los únicos defensores de España frente a las incursiones y usurpaciones constantes de los portugueses. A pesar de haber sido trasmigrados a punta de bayoneta y dispersados por los montes los indios, los portugueses no sólo no habían evacuado la Colonia del Sacramento, sino que incluso la estaban fortificando en secreto y nunca la entregarían a menos que una vez más los indios guaranís la asaltasen desafiando las descargas de la fusilería.

Su principal misión fué restañar las heridas sufridas por la Repú-

blica India; fué recoger amorosamente los indios huídos por los bosques que no querían abandonar la tierra que les había visto nacer. Fué hacerles justicia en sus informes ante el Rey de España negándose a extrañar a los únicos hombres, los misioneros, que los habían sabido comprender.

Por el Tratado del Pardo de 1761 Portugal y España rechazaban los compromisos contraídos en el pacto anterior de 1750, quedando las cosas no sólo como antes, sino empeoradas por un asesinato inicuo e infructuoso de indios.

Las iniquidades frente a la República indígena se repitieron casi de inmediato. Seis años después los jesuítas eran expulsados de todos los dominios de España e Indias por un tejido de iniquidades urdido por Aranda, Roda y Pombal, ayudados por los golillas Floridablanca y Campomanes. Hasta el año 1768 no se atrevió el Gobernador Bucareli a extrañar los jesuítas de las misiones del Paraguay. En sustitución de estos celosos misioneros se estampillaron curas sin formación ni intelectual ni vocación apostólica. La República indígena, desprovista de sus rectores, y cambiado su régimen por unas utópicas reglamentaciones dadas con pleno desconocimiento del alma indígena y de sus intereses materiales, se iba hundiendo lentamente.

El Tratado de San Ildefonso de 1777 reconoció todas las usurpaciones portuguesas bajo la fórmula del «uti posidetis».

La creación de la intendencia de Asunción y el Gobierno de las misiones viene a confirmar legalmente la separación de las dos repúblicas paraguayas que han sido el motivo de esta conferencia.

La debilidad de aquella República Guaraní, que había vencido en repetidas batallas campales a las bandeiras paulistas, quedó patente en 1801 cuando Pereira ocupó definitivamente los discutidos siete pueblos del Ibicuí.

Para finalizar, unos números demográficos nos van a dar este proceso de desaparición de lo que pudo ser la gloria y grandeza de la República unida de Paraguay:

Al comenzar el siglo, el censo de 1702 arrojaba un total de 22.857 familias, cuyas almas ascendían a 89.501.

Antes de iniciarse las hostilidades contra los indios, en 1753, había en las reducciones 99.545 individuos.

Cuatro años después, en 1757, quedaban 96.055 indios.

Al tiempo de la expulsión se contaba con 30 pueblos y 88.864 habitantes.

En 1772 había 80.932 almas.

En 1785 quedaban 70.000.

En 1797 se habían reducido a 54.388.

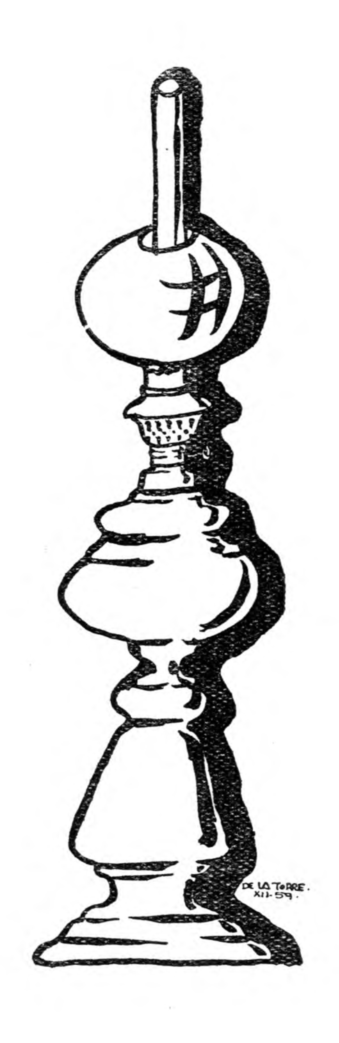
En 1801 tan sólo quedaban la mitad que al comenzar el siglo, esto es: 42.885 guaranís, y éstos en pleno proceso de extinción, cuando en condiciones normales debían haberse duplicado por haber sido descubierto y llevado hasta allí el remedio contra las grandes epidemias que habían frenado su crecimiento demográfico: la vacuna contra la viruela.

Las cifras posteriores son aún más desalentadoras:

En el año 1814 los 23 pueblos que estaban en manos de los españoles contaban con unos 21.000 indios, y los siete de que se habían apoderado los portugueses, aquellos siete que en 1750 contaban con 29.191 habitantes, tan sólo les quedaban la cantidad de 7.200. Entre 1817 y 1819 se destruyeron 15 pueblos, y años después eran aniquilados los siete del Ibicuí. Por último, el año 1835 pone punto final a la estadística demográfica de los indios amorosamente recogidos por los jesuítas y amparados en una genial república creada y protegida por los Reyes de España.

Y con ello también se puso punto final a la grandeza del Paraguay, que ha sido objeto de esta elegía. Tan sólo me queda decir, para finalizar, que aprendamos todos en esta magnífica lección que nos da el Paraguay dieciochesco a ser generosos, a ser universales, porque nuestra grandeza está en engrandecer a los que nos rodean; de ahí que la grandeza de España está en haber engrandecido a unas naciones que hoy la superan, y cuanto más grandes sean las naciones hispanoamericanas, más grande es la gloria de esta pequeña y pobre España que les dió el ser.

Leandro Tormo Sanz.
Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe.
MADRID



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

TEOLOGUMENON ESPAÑOL, SEGUN EL P. PRZYWARA

El P. Przywara ha tenido la gran amabilidad de corresponder a mi devoción hacia él con el envío de su libro *Lo ignaciano*. Difícil tarea la del padre jesuíta, que ha tenido que armar los moldes para encajar el contenido espiritual de su propia esencia jesuíta. Es un conjunto de cuatro ensayos que, aunque aparentemente no se corresponden, en el fondo cristalizan la génesis y vida espiritual de la Compañía de Jesús. En el primero, el teologumenon español, se trazan las fronteras que delimitan la nacencia del jesuitismo, fronteras dadas por el momento histórico hispano, Reforma y Contrarreforma, grandeza y majestad del imperio de los Austrias. Más adelante lo comentaremos.

En el segundo, el fundador es examinado a través de la liturgia de su festividad; en el tercero, el ser jesuíta se concreta, pasando por el vaciado del tipo religioso tomista y tomando cuerpo para introducir el tipo religioso-jesuíta, instrumento adecuado para el servicio de Dios, y cuyo único objeto es la conquista de las almas para que éstas alcancen su último fin sobrenatural, la glorificación y grandeza de la Divina Majestad. Un último ensayo, característicamente przywariano, sirve de broche a este concienzudo libro: Agustín e Ignacio, polos opuestos de un servicio a la gloria de Dios, unidos en la contraposición. La aparente distancia del Dios de Ignacio y la permanente quiescencia de Agustín en el amor de Dios, vistas a través de las primeras ideas: «Dios, criatura y cosmos», se funden en la conjunción de acción y contemplación. Agustín puede ser mal interpretado al tomarlo como un ateo místico que reemplaza la divina majestad de Ignacio por el interior-espíritu, que todo lo embebe, a la manera panteísta, e Ignacio puede, asimismo, ser mal juzgado como un ateo ascético, que sustituye el amor divino de Agustín por el absoluto dominio de la voluntad. Pero no; ambos confluyen en un servicio ignaciano, para gloria de la Divina Majestad, en un afán agustiniano de «eterno buscar para encontrar». Przywara gusta de buscar esta posición conciliadora de las ideas extremas, fundamentándola en el perfecto conocimiento interior de los espíritus que las produjeron, contradicción sólo aparente para los desconocedores, disuelta ante la clarividencia de ver en la oposición sólo formas o modos distintos de manifestación de un común amor de Dios. Tal vez sea justificada la postura de la tercera fuerza de Federico Heer, al querer crear una zona neutra de apolitización entre Reforma y Contrarreforma, no

acentuando en ellas sus formas externas históricas, sino suavizando el tránsito del primitivo anhelo de reforma de Lutero y Calvino a la restauración interior de Ignacio. Teresa y San Juan de la Cruz, lanzando un puente de humanismo cristiano para la unidad y reintegración a la grandeza religiosa del medievo.

El católico debe montar ese puente; sólo Dios animará el tráfico, y su Iglesia lo sancionará.

* * *

Analicemos detenidamente el primero de los ensayos, que sólo él justificaría la edición tan magnífica de la Editorial Knecht, de Francfurt: el teologumenon español.

El armazón de este teologumenon es simplista: un tenso arco apoyado sobre dos pilares representativos, figuras perennes de poetas-profetas. El primero, constituído por Domingo de Guzmán, con la mirada fija y tensa en la avalancha de albigenses y reformistas, que pretenden arrollar la Iglesia de Cristo; el segundo, con la basamenta en nuestros días, formado por el fogoso extremeño Donoso Cortés, que borra de su vista el informe monstruo del superhombre de Nietzsche, y ve en el futuro del hombre socialcristiano, que se levanta victorioso entre los escombros ardientes de un socialismo materialista y un comunismo ateo.

Y en medio, el arco, la aureola de grandeza mayestática y mística de un siglo XVI, sólo llama, y un XVII, llama ya más impura, que despide restos incombustibles, imperfecciones lógicas de un soñado triunfo de Cristo. Domingo y Cortés están en la penumbra. Domingo, con la vista a la España eterna de Carlos y Felipe; Cortés, con un barrunto de gloria futura imprecisa y una nostalgia de tiempos gloriosos ya idos.

Este momento histórico español del XVI y XVII, cara a cara a la Reforma, no es sólo Contrarreforma y barroquismo. Carlos frente a Lutero y Felipe frente a Calvino no son reaccionarios, nos aclara Przywara. Son dos mundos dispares cerrados en sí mismos: el mundo de la Majestad, con ecos de Teresa de Jesús (ese nuestro santo Rey), y en la divina majestad de Iñigo. Mientras Lutero y Calvino son la vorágine, Carlos y Felipe hacen la reforma dentro de la Iglesia con roces y fricciones, lógico en aquel mundo. No es simple barroquismo: a la frondosa corona triunfadora de conquistas en las Indias occidentales por Cortés y Pizarro replica la subida al Monte Carmelo de Teresa y San Juan de la Cruz, como caballeros de tierras del amor de Dios, y la entrega absoluta de Ignacio, velando las almas ante la mejor dama de sus pensamientos: la Moreneta de Montserrat. Compañía y Carmelo sufren las intransigencias de la Inquisición; la destrucción del propio yo

en el «principio y fundamento» tiene un paralelo en el fondo teológico de Lutero, al recibir a Cristo como forma con la ruptura de toda personal justificación.

La entera entrega de la noche del Carmelo y el «dame el cielo o el infierno» y «dispón de mí» de Teresa parecen estar emparentados con la «teología de la Cruz», «lucha» y «espanto» de Lutero; incluso la gloria de la divina majestad de Iñigo no parece estar muy lejos de la vida sólo como esperanza de Calvino. ¿En qué se diferencian? En que la Reforma hace la «corrección» de los pecados públicos en la oscuridad de la Iglesia, y la restauración interna de los grandes del Espíritu de España participa en la siempre redentora acción de la Cruz, soportando y quemando los pecados de la Iglesia en el fuego purificador que emana de ella misma.

Si la pluma del P. Przywara es ágil y atrevida en la enmarañada frontera entre la Reforma protestante y la Restauración espiritual española, vuela rauda y veloz al lanzarse a describir el reino teocrático del Imperio español. Tres combinaciones históricas determinan, según él, el barroquismo interno del teologumenon hispano: la primera, el comportamiento de Carlos y Felipe, símbolo de la penetración cristiana en el mundo de su tiempo; esa tensión entre las majestuosas figuras como señores de un mundo y la total anulación en un Yuste o en la confinación solitaria de un Escorial.

La segunda es la envergadura histórica que va de lo más demoníaco a lo santo en la casa de los Borjas, representada en su mejor extremo por el duque de Gandía, y en su peor, por el príncipe maquiavélico de don César, del monstruo del superhombre de Nietzsche y la disoluta Lucrecia, tipo de mujer desenfrenada. Y, por último, como tercera combinación, las disputas bizantinas de molinismo y bañezianismo, símbolo del campo que va de la sola actuación de Dios a la libertad humana; luchas sin protesta y tragedia: con claridad objetiva, dependiente del éxito y fracaso de las teorías sostenidas, siempre preparados los actuantes a la total renuncia en favor de la claridad de las cosas y muy semejante a la enredada problemática de la Reforma: problema de lo sagrado y profano, de la justificación y la actividad humana.

Este andamiaje histórico tiene carne y sangre de otro superhistórico. El estilo de majestad de Carlos y Felipe trasciende al servicio de la divina majestad de Teresa e Ignacio; el fuego de Felipe es fuego de Teresa. Ved las imágenes del Greco como fusión de esos dos tipos históricos y superhistóricos: rostros severos, humanos, llenos de fuego, mirando a lo sobrenatural. El estilo de «destino» de dominicos se funde con el de «libertad» de jesuítas. Molina y Báñez se encuentran. Molina desciende a un Dios que determina a través de las múltiples posibilida-

des concedidas a la criatura, y Báñez presenta la no menguada libertad de la misma, actuada por la soberana determinación de Dios. En la desenvoltura del estilo del Greco, dominada por una sola dirección: Dios.

Obligado es terminar con unas líneas del *Velado día.* Reinhold Schneider, amigo inseparable de este P. Przywara, y a quien el primero pide perdón por su morosa parada en la teología de las tinieblas, y cuyas líneas resumen la tesis przywariana sobre el teologumenon español (1).

Schneider acaba de regresar de España, y por Francia llega a Alemania.

«El gran momento era la tarde, cuando el sol se pulverizaba sobre las cumbres del Guadarrama. No oía otra cosa más que la indecible trágica melodía. Veía a Don Quijote, como Unamuno le había visto, como un héroe loco en el desierto del tiempo y del mundo. Poi el camino encontraba éste a Santa Teresa en su carro de mulas. Yo veía a ambos: al caballero, armado con el yelmo o bacía de barbero, y a la santa, sobre las carreteras de Castilla y Extremadura, bajo los implacables rayos solares; barruntaba la conversación entre el caballero y la santa; versaba sobre heroicidades contrarias al mundo. Por vez primera se abría la noche oscura de San Juan de la Cruz: el no a todo, en el que todo se gana... En Montmartre sentía por primera vez el poder de Iñigo de Loyola. Allí se formó un nuevo tipo de sacerdote, monje y misionero infatigable. Verdadero servicio, caballeros andantes de la humildad, con la capacidad de hacer todo, porque sólo una cosa pudo ser hecha: la completa síntesis de la mística con una existencia histórica".

NARCISO SÁNCHEZ MORALES.

INDICE DE EXPOSICIONES

HOMENAJE DE LAS ARTISTAS ESPAÑOLAS A EVA EGGERHOLM.

La figura de Eva Eggerholm pasó casi inadvertida para el gran público. Pocos—los mejores—la conocían en su excelente dimensión de escultura. Fué la compañera fiel del maestro Vázquez Díaz, día tras día. Y ahora, las artistas españolas, con una gran sensibilidad, han rendido homenaje a la artista y a la que fué esposa del maestro.

El homenaje ha consistido en una exposición de obras firmadas por las pintoras y escultoras españolas, en su casi totalidad. La sala del

(1) En carta privada me confiesa el P. Przywara que a través de Reinhold Schneider pudo llegar a penetrar en el teologumenon español; por él conoció a España.

Círculo de Bellas Artes ha reunido ese homenaje mudo, pero por demás elocuente, que es el que más puede agradecer quien pasó por la vida en silencio y con modestia ejemplar, pese a sus méritos.

Y si bien nos es grato exaltar ese gesto simpático, sencillo y cordial de la femineidad artística española, también debemos hacer mención de la ausencia de muchos pintores, más o menos famosos, y de muchos discípulos del maestro, que no han acudido en la cantidad que era menester junto a la ya venerable figura de Vázquez Díaz, rector de tantas generaciones y buen ejemplo de fidelidad artística a un modo y a una manera. Bien es verdad que en nuestro país estos actos de unión y sensibilidad, sin otra causa o fundamento, no son muy frecuentes, y que incluso en ellos intervienen con mayor fuerza los partidismos, los localismos y esos ismos que tan perjudiciales son, y cuando éstos no intervienen, es la desgana o la simple pereza la que hace que no se ofrezca una actitud de solidaridad y de buena amistad en una ocasión tan bellamente dispuesta.

Vázquez Díaz, en casi soledad de sus compañeros y en abundancia de simpatías por parte de los organizadores, recibió el recuerdo y el homenaje a la artista, y esposa, que durante muy largo tiempo compartió a su lado esa dura, constante y ejemplar conquista en pos de la belleza.

Pero la Exposición, y aparte del valor de los lienzos expuestos, ha tenido grandes atractivos: el gran cuadro dedicado a la esposa por el maestro, titulado *Retrato de una vida;* el bronce original de Eva Eggerholm *Retrato,* y la glosa que Vázquez Díaz dedica a su compañera, y de la cual son estos emocionados párrafos: «La serenidad, esa serenidad que buscó siempre en su obra, quedó grabada en su estatua humana, dormida para siempre, aquella madrugada fría del 14 de enero... Gustaba cortar y tallar la materia, renunciando modelar la blanda arcilla. Siempre descontenta de la obra realizada, fueron muchas las destinadas a la destrucción, sintiéndose dichosa cuando dejaron de existir. Tienen las obras que sobrevivieron un sello de austeridad tranquila y sonriente paz, atmósfera en la que desarrolló su arte...»

«Fué la aurora de mi vida y musa de mi pintura desde casi medio siglo, luces que se apagaron para siempre en mi alma y que hoy las pintoras españolas vienen a endulzar mi dolor con el bello y amoroso recuerdo junto a ella.»

«Mostró sus primeras obras, junto a las mías, a nuestro regreso de París, en 1921, en aquella Exposición, para mí memorable, del Museo de Arte Moderno. En aquellos días, el poeta Juan Ramón Jiménez escribió cara el catálogo este bello retrato, en palabras que transcribo por ser ocasión perfecta para recordarlas: «Ella corre toda por dentro; es

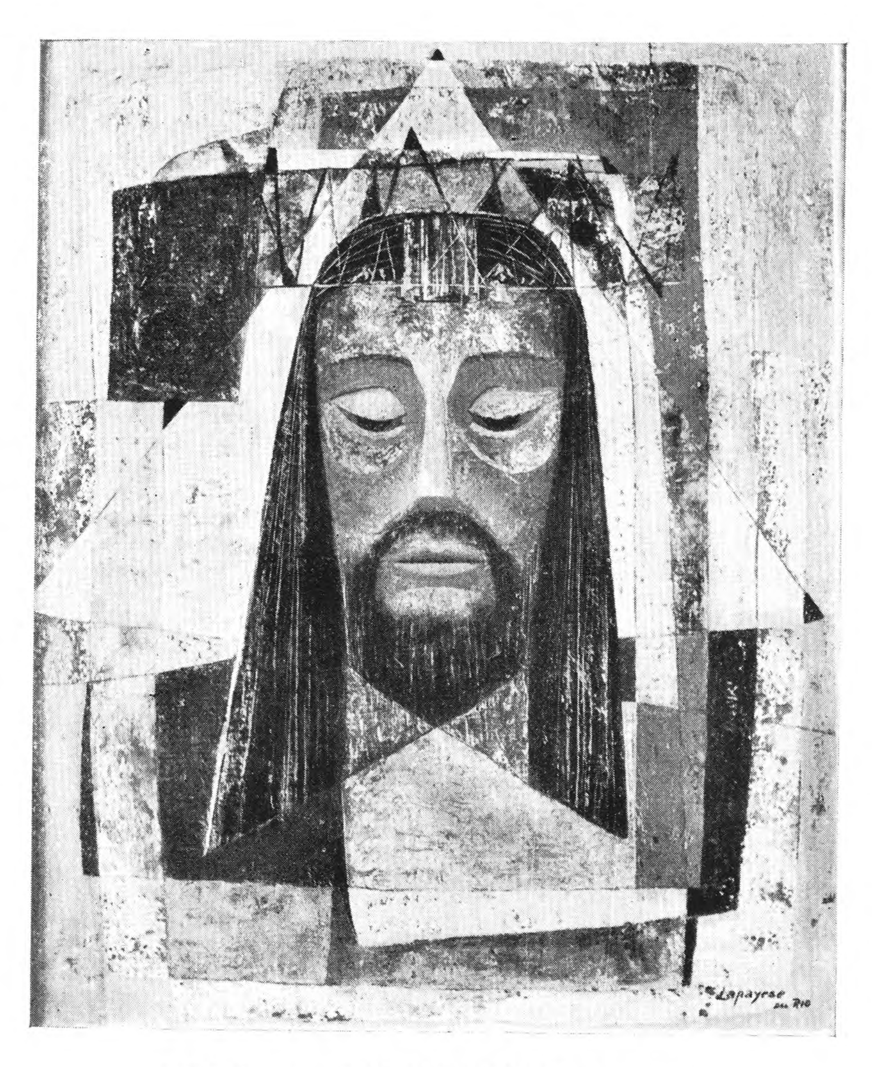
la plena y rica rama oculta, la sensibilidad ideal, el corazón lleno, la meditación en la entraña emotiva; oye en su centro secreto más músicas trascendentales. Yo la llamaría «marinera de la escultura» navegando por estas aguas de formas rítmicas; música que podría parafrasear a cada ola en su fragancia el verso magnífico de Baudelaire *A veces, la escultura me coge como un mar.* Olas de piedra humana son sus esculturas, peregrinación de solitarios o fraternales seres contemplativos hacia un islote invisible, existente, sin duda, donde lo cuenta a la fe, a la esperanza y a la caridad, marinera que guía el viento...»

Este recuerdo de Vázquez Díaz a su esposa, la gran escultora danesa que vivió por y para el arte, y que trabajando en una estatua, *La Naturaleza,* sufrió el ataque de parálisis que la alejó del estudio para siempre, avalan con su sincera emoción un certamen que tiene a su favor todos los elementos para que el aficionado contemple un acto de solidaridad y recuerde la noble figura de la dama y de la artista que hizo de España su segunda patria, unida ya para siempre, en la fama, al nombre del maestro Vázquez Díaz.

Juncadella, en la sala de la Dirección General de Bellas Artes.

Esta Exposición tiene como motivo y como mejor justificación simbolizar el nombre de Miguel Juncadella a los muchos artistas que, en parecidas circunstancias, quebraron sus sueños y sus ensueños. La obra expuesta es la traducción de la lucha, del buen drama de este joven por hallar una expresión original. Todo lo expuesto es síntoma, anuncio, propósito, intención y buenos deseos. Su extremada juventud no permitió a Juncadella encontrarse a sí mismo. La Exposición es el equilibrio más o menos estable, lógicamente, entre influencias francesas, expresionismo a lo Roault, y antecedentes impresionistas, sin que predomine todavía, como era natural esperar, un aliento personal; pero sí se aprecia el buen deseo, el buen afán, la buena intención y el claro propósito de querer estudiar y ensayar, y esto no es frecuente en tiempos en que la pintura puede parecer fácil, siendo cada día más difícil.

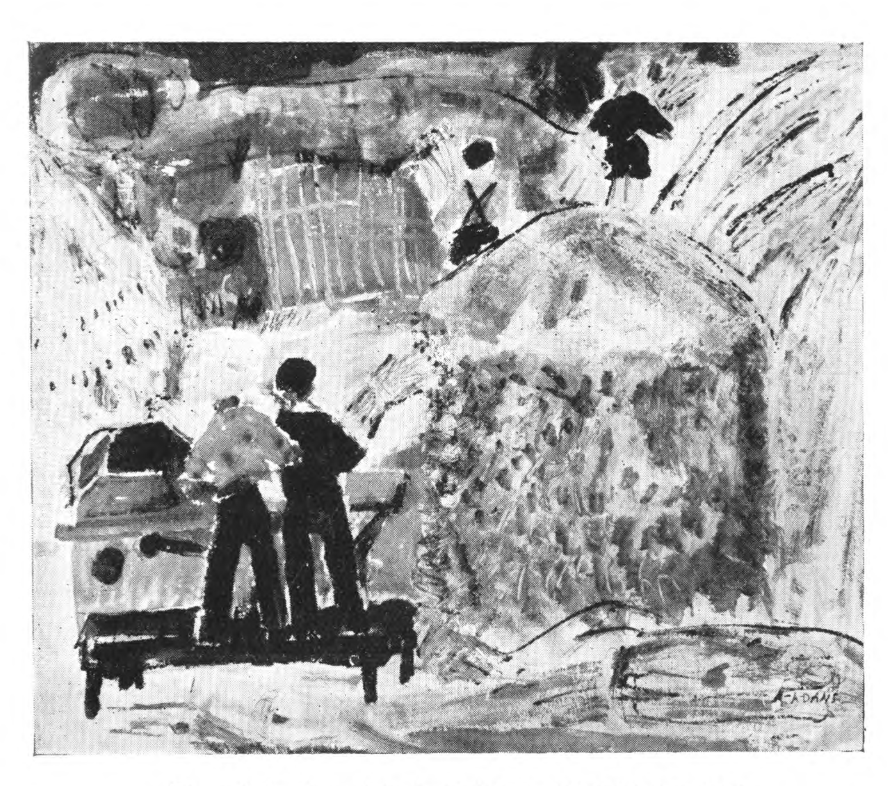
Rodríguez Aguilera ha sido el prologuista feliz de esta Exposición, y de él son estos párrafos, impregnados de amistad y de buen conocimiento de la obra del pintor: «Miguel Juncadella realiza, constante y febrilmente, ejercicios. Estudia, lee, anota, ensaya, pinta y rompe. No enseña nada a nadie. Aquello es un riguroso aprendizaje, pero también una rigurosa honestidad. Y porque lo es, queda en los perfiles tajantes de sus dibujos, en la sobriedad de sus formas, en la espontaneidad de sus pinceladas, la frescura jugosa de la creación.»



"Jehová", óleo de JOSE LAPAYESE DEL RIO.



"El Paseo de Gracia de Barcelona", óleo de ABELLO.



"La trilla", "gouache" de MARIA ANTONIA DAUS.



"Casas y campo", óleo de CANEJA expuesto en la sala de la Dirección General de Bellas Artes.

Hay un momento en que realiza la obra como consecuencia de un concienzudo planteamiento mental. Ha leído y anotado: «Desde el punto de vista del arte, no hay formas concretas y formas abstractas; sólo hay traducciones, más o menos convencionales, de la realidad.» «La belleza absoluta se encuentra únicamente en las figuras geométricas, en los colores puros.» «No hay estilo torpe; sólo hay artistas torpes.» «En la integración de las constantes esenciales del arte puede estar la clave de la pintura de mañana.» Y no se arredra. Es el cuadro del desnudo tendido el más ambicioso de sus ejercicios, pero el más elaborado; y por ello, también el que antes—de haber dispuesto de un pedazo más de tiempo—hubiera llegado a superar. Tiempo que no llegó, y que, ante este conjunto de realidades iniciales, nos duele de verdad. Y ese «pedazo» de tiempo es el que falta, lógicamente, en esta Exposición, homenaje a uno de los muchos artistas que quebraron sus esperanzas ante la fatalidad.

XI Salón Anual de la Acuarela.

Una nueva «Eureka» ha cobijado en sus paredes la obra de los acuarelistas españoles en un certamen que ya tiene carácter tradicional.

Estas exposiciones amables, realistas, llenas de paisajes «bonitos» y de cuadros con inmediato fin decorativo—en general—, cumplen un gran deber, y son solicitadas y admiradas. En esta ocasión se conserva, además, el cultivo de un género tan agradecido como la acuarela, y se presentan técnicas correctísimas, como la de Ceferino Olive o Villaroig, nombres conocidos; otros que comienzan—tardíamente en los conceptos—y muchos que ni acaban ni empiezan. Como siempre sucede en todos los certámenes habidos y por haber.

En este XI Salón predomina, como en los anteriores, un concepto anticuado del género, con abundancia de paisajes, lluvias, marinas, barcas, rincones regionales, y desde Albarracín a La Alberca hasta la vista del viejo Madrid se desenvuelve una teoría que nos permite creer que estamos en los finales del XIX—lo cual pudiera ser una ventaja—; pero, desde luego, fuera del aire, del clima, del impulso de nuestra dramática hora.

Exposición-homenaje a Ricardo Verde.

En el Círculo de Bellas Artes se ha expuesto la obra de Ricardo Verde, pintor-puente entre el siglo XIX y XX. Un realismo—no academicismo—hace evidente la buena herencia de Ribalta o de Pinazo, y, luego, un impresionismo *sui generis,* que sigue, a veces agobiadamente, la senda de Goya, tanto en procedimiento técnico como en pen-

samiento, singularmente en el recuerdo de *Los desastres,* forman los dos aspectos de esta producción, en la que también se halla una faceta regionalista, a la que fué fiel en su tiempo, y que es la parte más floja de la Exposición, por concepto y por expresión en el medio. Ricardo Verde puede competir, en sus retratos y autorretratos, con Esquivel, aunque incorpora algo más que la apariencia, si bien en algunas obras no alcance la nombradía del famoso artista del XIX; pero existe un parentesco ideal, que es mérito cierto.

Esta revalorización de maestros olvidados nos parece excelente, criterio que nos gustaría ver aumentado en resultados, pues sirve bien para enseñanza y estudio de nuestra pintura, que nunca es una cosa u otra, sino varias, y bien diferentes, por fortuna en la marcha del tiempo.

Ha sido introductor de la Exposición en Madrid Pedro Caba, quien enjuicia así al hombre—parte siempre importante y decisiva en el pintor—, y más en este caso de humildad y voluntario silencio, signo siempre de artista de raza: «Vivía en Valencia, y era valenciano, menudo, ágil, exacto y puntual, que, visto en su taller, finalmente envuelto en su luz graduada y grasa, hablaba bajo, miraba lejos, pensaba alto, sentía hondo y andaba ledo y leve, con las sabias lentitudes de quien saborea el espacio y la luz que le tejen el ámbito caliente de la vida. Administrando silencios y minutos, siempre enhebrado en su obra, allí, en su taller—no estudio, sino taller—, con blusa y con boína, tenía la nobilísima dignidad de un maestro antiguo y el rebrillo viejo de un humanista que pinta y lee saboreando historia y tiempo vivo, que se le vuelven arte. Tenía sesgos de lámina de Durero y líneas lentas y duras de un retrato de Holbein... Se sospechaban en este hombre muchas emociones calladas, dormidas, frenadas, quizá deliberadamente, para recalentarlas, mimarlas y expresarlas, exprimirlas...»

MARÍA ANTONIA DANS.

En el Ateneo ha mostrado una obra jugosa, colorista, riente y de difícil ingenuidad esta artista, que va ganando puestos en una carrera que no puede tener escalafones. María Antonia Dans ha elegido en la pintura el camino difícil: buscar a la pintura por ella misma. Cualquier pretexto le es útil para encontrar a la forma y al color. La anécdota queda sumergida en el afán de hacer resaltar sus valores plásticos, y queda como apuntamiento y referencia aislada, sin que pretenda «sostener» al pincel. Es el óleo el que sostiene el azar del motivo, aunque éste nunca se halle desprovisto de un halo poético—a veces, «social»—que se impone a través de la pintura, que es la que lo afirma y define.

Esta exposición de María Antonia Dans confirma un nombre que tiene aliento propio y que, extrañamente a su condición femenina, huye de las influencias para buscar una expresión propia, que habrá de afianzar en el futuro.—M. SÁNCHEZ CAMARGO.

BAHIA, SU UNIVERSIDAD Y LOS COLOQUIOS LUSOBRASILEÑOS

Se ha celebrado en Bahía el IV Coloquio Internacional de Estudios Lusobrasileños. Sus antecedentes son muy recientes; el primer Coloquio nació en Washington, en 1950, por iniciativa de la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso, y sus animadores fueron el profesor Francis Rogers, de la Universidad de Harward, y el profesor Lewis Hancke, de la Universidad de Texas. Querían reunir periódicamente a los especialistas en temas del Brasil y Portugal; pretendían, al mismo tiempo, subrayar hasta el máximo la personalidad lusobrasileña y diferenciarla del conjunto cultural iberoamericano. La iniciativa, al principio norteamericana, se trasladó luego, con éxito, a los dos países interesados. El II Coloquio se celebró en Sao Paulo el año 1953, patrocinado por su Universidad, y el III, en Lisboa, en 1956.

La Universidad de Bahía convocó y organizó el IV Coloquio, en colaboración con la UNESCO y el Ministerio de Educación Nacional del Brasil. Acudieron trescientos especialistas, y estuvieron presentes delegados de las universidades y centros culturales de Portugal, Alemania, Italia, España, Inglaterra, Francia, Holanda, Checoslovaquia, Norteamérica, Uruguay y Brasil. En Bahía, gracias a la invitación de la Universidad, tuve ocasión de asistir a las sesiones del Coloquio, ricas en aportaciones científicas, e incluso en tensiones de criterios diversos. Conocí un Brasil íntimo, fuera de los itinerarios normales de las líneas internacionales; viví la experiencia fascinante para mí, europeo, de presenciar los primeros pasos de una Universidad en un ambiente de fuerte abolengo histórico.

La Universidad es muy joven—apenas tiene diez años—y la ciudad muy antigua, henchida de historia y de leyenda. Durante siglos fué el foco de irradiación portuguesa, el centro administrativo de la colonia, de cara al mar—al contrario de la colonización española, operada sobre los techos de las montañas y en los altiplanos—, y el eje de la vieja economía rural de esclavos y plantaciones del interior brasileño, precisamente caracterizada por el sociólogo Gilberto Freire. Hoy la ciudad crece con un ritmo trepidante, a escala brasileña, y se está transformando en una urbe industrial y moderna. Las factorías industriales se alargan

en las afueras, a los pies de pueblecitos rurales asomados a las colinas, y las gigantescas instalaciones petrolíferas de la Empresa Petrobas penetran, con bosques de pozos, en las aguas de la ensenada. Bahía de todos los Santos, a pesar de esa vertiente moderna, está enclavada en una tradición colonial poderosa y se nutre de elementos raciales multicolores. Las iglesias portuguesas, innumerables, llaman todos los días con sus campanas a los fieles y muestran al viajero la riqueza de su arte. Las curvas barrocas de las torres y fachadas del manuelino se remansan entre el verde de los árboles al fondo de callejuelas empinadas.

Una noche caliente de luna, después de las sesiones, nos llevaron a las afueras de la ciudad a contemplar el rito religioso del Candombé. El escritor Jorge Amado nos introdujo, y coros de negras bahianas, algunas casi niñas, iniciaron las danzas mágicas hasta perder los sentidos. En el cultivo del exotismo negro hay mucho artificial, y los intereses turísticos, y aun políticos, no están ausentes; pero es indudable que el aporte negro, en toda la gama de dimensiones, es un elemento fundamental de la moderna nacionalidad brasileña. Brasil no tiene problema racial. El negro está en todas partes, con espontaneidad. He viajado con ellos en el autobús; me han vendido sus productos en el mercado; he conversado en la Universidad. Trabajan el campo bajo el sol, y en las playas arreglan las redes. Vinieron hace siglos, algunos hasta en el XIX, arrancados de Africa, en cargamentos humanos, como esclavos. Sus antepasados oyeron hablar, en la travesía inhumana de un apóstol llamado Pedro Claver, que en las tierras del rey de España, más al Norte, junto al muelle de Cartagena de Indias, esperaba con devoción la llegada de sus hermanos. Hoy están integrados en la sociedad brasileña, son libres y conservan con cariño las costumbres originarias. El ritmo africano de sus danzas se mece en las modernas canciones de Bahía.

La Universidad de Bahía crece y penetra en la ciudad, y, por un proceso de vasos comunicantes, de ella toma su savia. El Brasil independiente está edificando, desde los cimientos a la medida, su propia Universidad. España y Portugal siguieron caminos distintos. La Corona española llenó sus dominios de universidades desde el momento mismo del descubrimiento: la Universidad de Santo Domingo, en 1538; la de Lima, en 1551; la de Méjico, en 1551; hasta la punta austral del Continente. Portugal, durante los siglos de la colonia, prefirió que los brasileños marcharan a las aulas de Oporto o de Lisboa en busca de los grados universitarios. La primera Universidad brasileña aparece en el siglo XIX, después de desgajarse de la metrópoli. Por eso los brasileños no heredan, reforman o modernizan; fundan y crean su propia Universidad.

En su décimo año de vida, la Universidad de Bahía no es un conjunto de Facultades y de enseñanzas solamente, sino un organismo vivo proyectado hacia fuera sobre la totalidad de las clases sociales. En un comercio, un dependiente de tez oscura, detrás del mostrador, nos habló con entusiasmo de la Escuela de Teatro de la Universidad. Bahía entera está participando en la tarea universitaria. Un viento así debió correr por el viejo Continente en el otoño de la Edad Media, cuando las universidades de Oxford, Salamanca, París y Bolonia, recién estrenadas, ponían los cimientos de las renacientes sociedades europeas.

La Escuela de Arte Dramático ofrece regularmente al pueblo bahiano los clásicos portugueses, los autores modernos brasileños y las obras extranjeras contemporáneas. Los coloquistas asistimos a varias representaciones, algunas de perdurable recuerdo, como el *Autod da Compadecida,* del joven escritor brasileño Ariano Suassuna; presenciamos una exhibición del *ballet* universitario, recién creado. En el salón de grados de la Universidad, decorado con azulejos coloniales, escuchamos música de Guarnieri y Villalobos, los grandes compositores modernos brasileños, balanceada con el oratorio de Haydn. Hay una escuela de música, varios institutos de pintura extranjera. Sobre todo, y en lo profundo, late un alma-máter, y existe un hombre extraordinario que encarna la obra. Se llama Edgar Santos, rector magnífico y fundador de la Universidad de Bahía. El fué nuestro espléndido anfitrión; él hizo posible el IV Coloquio Lusobrasileño.

Nos alojaron a los congresistas en el Hotel da Bahía, trazado en líneas ondulantes, con las paredes de cristal, traspasadas con plantas tropicales del tamaño de los árboles. Se levanta, al estilo brasileño, encima de fuertes columnas de diminutos mosaicos. Desde la ventana de mi habitación, encendida de sol tropical, veía, al caer de la tarde, de vuelta de los actos del Congreso, salir las estrellas sobre un mar añil, salpicado de velas de pescadores.

Los trabajos del Coloquio se celebraban en las aulas de la Facultad de Odontología, a poca distancia del hotel. Las ponencias se distribuyeron en ocho comisiones: I, El medio y el hombre; II, La lengua; III, La literatura; IV, Las bellas artes; V, La sociedad, la política y la economía; VI, El orden jurídico; VII, Las ciencias médicas, y VIII, Instrumentos de investigación y cultura. El criterio de admisión de ponencias fué muy amplio; cualquier tema relacionado con el mundo lusobrasileño, y tratado con la necesaria altura, fué admitido a discusión en la comisión correspondiente.

La delegación más numerosa, aparte de la brasileña, fué la portuguesa. Tuvo una doble composición de escritores directamente invita-

dos por la Universidad de Bahía, en atención a su obra personal, y de delegados oficialmente designados por el Gobierno o las instituciones portuguesas. En total, cuarenta y seis delegados lusos. Esa dualidad de composición se marcó a través de los debates y en los pasillos del Congreso. El presidente de la delegación oficial portuguesa fué el rector de la Universidad de Lisboa, profesor Marcelo Caetano, ex ministro de la Presidencia de ultramar, etc.; asistieron también el secretario del Instituto de Altos Estudios Portugueses, Medeiros Gouvea; el decano de la Escuela de Medicina de Goa, etc. En una interesante mesa redonda, convocada bajo el título de «Asuntos Africanos de Interés Lusobrasileño», se pusieron de relieve los dos distintos puntos de vista brasileño y portugués sobre el problema africano. Los delegados brasileños, en general, insistieron en el primordial derecho de autodeterminación de los pueblos de aquellas regiones. Los representantes portugueses subrayaron la necesidad de elevar previamente el nivel de vida y resolver los inmediatos problemas que se oponen al desenvolvimiento de los pueblos tropicales para asegurar su ulterior fase de desarrollo.

El núcleo del Coloquio estuvo en las comisiones de carácter lingüístico y literario. En torno a ellas se entabló un sincero y apasionado debate sobre el actual estado y la reciprocidad de los estudios portugueses en Brasil y brasileños en Portugal. Los delegados brasileños afirmaron su personalidad cultural y solicitaron su expreso reconocimiento en las antologías, cátedras y planes de enseñanza portugueses. La expansión de los estudios lusobrasileños en el extranjero fué también objeto de especial consideración, sobre todo por parte de los congresistas norteamericanos. Con excepción de las infortunadas intervenciones del profesor Ronald Hilton, de la Universidad de Stanford, fueron muy interesantes, y en algunos casos polémicas, las exposiciones de los norteamericanos profesores Francis Rogers, de Harward, y Ernesto Guerra da Cal, de Nueva York, español de nacimiento y temperamento. El eminente hispanista francés Marcel Bataillon actuó de coordinador en las discusiones.

Quizá la más importante conclusión del Coloquio haya sido la edición periódica de una *Bibliografía Lusobrasileña* que recoja y sistematice periódicamente los libros y artículos sobre temas lusobrasileños aparecidos en Brasil, Portugal o cualquier otro país. Portugal se ha comprometido a preparar esta bibliografía en el futuro bajo la dirección de un Consejo de profesores de distintas nacionalidades, con los fondos aportados para este fin por la Fundación Calouste Gulbenkian. Su presidente, don José de Azevedo Perdigao, en sesión plenaria, ofreció una suma muy importante de pesos portugueses para iniciar inmediatamente los trabajos de publicación. Se acordó también que el próximo V Co-

loquio Internacional de Estudios Lusobrasileños se realice en algún territorio portugués de Africa en el año 1961.

La participación española en el Coloquio fué importante y numerosa. Se destacó un grupo de catedráticos jóvenes: Manuel Alvar, Alvaro Galmés, Diego Catalá y Julio Asensio, en las comisiones segunda y tercera de Lengua y Literatura. La comisión octava, de Ciencias Médicas, recomendó publicar íntegramente un solo trabajo: el del catedrático de la Universidad de La Laguna Antonio González; en la sección octava, de instrumentos de trabajo, participaron los bibliotecarios españoles Lasso de la Vega e Ibáñez Cerdá; el primero presidió con gran altura varios debates, y en la Universidad dictó un Curso de biblioteconomía con enorme éxito. García Viñolas, español lusobrasileño, religó antiguas amistades e intervino en los trabajos de la comisión de Bellas Artes. Los delegados españoles instintivamente coincidieron con los puntos de vista de los delegados brasileños en todas las ocasiones, grandes y pequeñas. Es un fenómeno comprobado: los españoles, al vivir Brasil, sienten una especial afinidad de comprensión y afecto, inexplicable según los claros caminos de la Historia, pero indudable en la realidad del temperamento y la intuición de las cosas.

En Bahía encontramos una colonia española, prestigiada y sólidamente asentada en la ciudad; domina casi por completo el comercio y los transportes. Nos agasajaron espléndidamente en su local social, El Centro Español, decorado aquella tarde con banderitas rojo y gualda en nuestro honor. Hay en Bahía sesenta y cinco mil españoles. Salieron en busca de fortuna, hace treinta o cuarenta años, de las aldeas de Galicia y Asturias. Unos llegaron aquí; otros fueron a Méjico, a La Habana, a Buenos Aires, donde se establecieron. Es la otra lección, la enseñanza fuerte, a veces dolorosa, que se recibe sólo cuando se pisa América. El milagro del español, su inmensa capacidad de iniciativa y de lucha. América está llena de españoles, solos, rabiosamente españoles al cabo de cuarenta años de ausencia y desamparo. Han hecho grandes cosas en la economía, en la beneficencia y en el desarrollo de los países donde viven. Muchos han sido vencidos en el silencio.

El capítulo de la emigración, sin escribir, será decisivo, cuando se valore, en la historia contemporánea de nuestras energías. Al palpar esa realidad, se entiende la historia de España en América. Los surcos más profundos de Iberoamérica los trazaron, los tuvieron que marcar, hace cuatrocientos años, en las tierras aborígenes inmensas, los extremeños, los andaluces, los asturianos y los vascos, como los de ahora, a solas con sus individualidades poderosas. Los soportes institucionales llegaron luego, y, en ocasiones, tarde y mal. Fueron los hombres de España quienes arraigaron las instituciones de su pueblo en América a

golpes de fe y de coraje. No penetraron como los colonizadores anglosajones, protegidos y escudados en ellas. Quizá por eso los españoles, sin darse cuenta, fueron creando mundos y sociedades nuevas, mientras los ingleses o los holandeses se limitaron a transportar las suyas.

Visitamos el Instituto Bahiano de Cultura Hispánica, con vida floreciente y porvenir brillante, gracias al entusiasmo y magnanimidad del rector Edgar Santos. Tendrá instalaciones muy modernas, salas de exposiciones, salón de actos, departamentos para investigadores, biblioteca, etc. En él, un grupo de profesores españoles, especialmente contratados por la Universidad, está iniciando una escuela, en el más alto sentido de la palabra, de estudios hispánicos.

La última noche del Coloquio cenamos en Abaité—al aire libre, a la vera de una «Lagoa» de negras aguas y arena blanca, con una leyenda prendida en las ramas de los árboles—la comida típica: el vatapá, el acarajé, la cachaza y el jugo de abacaxí recién desprendido de los árboles. Por última vez escuchamos las canciones bahianas y los fados lusitanos. Al día siguiente, en el avión de regreso, seguía abajo, con nostalgia, la línea blanca de espuma y las playas ceñidas de palmeras. Entonces, y todavía hoy, Bahía no me sale del pensamiento.—José María Alvarez Romero.

XII SALON DE ARTISTAS COLOMBIANOS

Se celebró en Bogotá el XII Salón de Artistas Colombianos, que anualmente convocan el Ministerio de Educación Nacional y la Alcaldía Mayor, a través de sus respectivas Direcciones de Extensión Cultural. La muestra se presentó en dos grandes salas de la planta baja del Museo Nacional, más un anecdótico «salón de rechazados». En él manifestaron su «buen humor» un grupo de artistas, que, con muy acertado criterio, no se les dió entrada en el certamen «serio».

El Jurado estaba investido de una doble atribución. En primer lugar, premiar las obras que, a su juicio, encerrasen un mayor valor plástico y, además, seleccionar a los artistas que han de representar a Colombia en la XXX Bienal de Venecia, que se celebrará en la primavera del año 1960. El dictamen del Jurado fué:

Pintura

Primer premio, a la obra *Horizontal blanco y negro,* de Eduardo Ramírez de Villamizar.

Segundo premio, a la obra *Pintura en rojo,* de Guillermo Wiedmann.

ESCULTURA

Primer premio, declarado desierto, y su importe distribuído, en partes iguales, entre las obras *Edad del Bronce,* de Alicia Tafur, y *Flor de cicuta*, de Alberto Arboleda.

Segundo premio, Distrito Especial, a la obra *Maternidad*, de Beatriz Daza.

DIBUJO

Premio único, a la obra *Semilla de mangle,* de Lucy Tejada.

GRABADO

Premio único, a la obra *Crucifixión,* de Enrique Sánchez Martínez.

PREMIO ESPECIAL

Beca del Instituto de Cultura Hispánica al pintor Carlos de Granada, que presentó la obra titulada *Marionetas.*

Los artistas seleccionados para representar a Colombia en la próxima Bienal de Venecia fueron los pintores: Alejandro Obregón, Eduardo Ramírez de Villamizar, Guillermo Wiedmann, Enrique Grau, Fernando Botero, Armando Villegas, David Manzur, Judith Márquez e Ignacio Gómez Jaramilla.

En líneas generales, el Salón refleja con bastante fidelidad el momento que atraviesa la pintura colombiana, de abandono de una temática esencialmente americana, para adentrarse en el terreno de las búsquedas y los ensayos no figurativos, en un equivocado intento—a mi modo de ver—por adscribirse a las últimas tendencias vigentes en Europa y en los Estados Unidos. Al pintor hispanoamericano, estrechamente vinculado con el paisaje, y al que muchas situaciones sociales problemáticas le requieren con sus sugestivas imágenes, no le ha llegado aún el momento de encararse con la construcción de una pintura intelectualizada en formas, materia y temática intrapersonal. Queda aún mucho campo por agotar antes de disolver la figura en juego de colores, combinación de materiales o cualquier otro experimento. Sin embargo, los artistas parecen querer volver la espalda a todo un ambiente que exige la figuración como elemento narrativo esencial y entregarse al cabalístico cultivo abstraccionista, a pesar de que con esta postura se aislan peligrosamente de su ambiente más propicio, sin la contrapartida de hallar un mercado o unas resonancias que les compensen. Porque otra de las cosas que es preciso anotar, al referirse al ambiente artístico colombiano, es la escasa estima que se concede a la obra de arte en el terreno económico. En este XII Salón he podido comprobar la baja

cotización dada a las obras. Cualquier obra debida al pincel de las grandes firmas apenas rebasó los mil pesos. Entre 200 y 500 pesos suele oscilar una cotización que aquí se estima aceptable. Siendo el valor de un peso igual a unas siete pesetas.

Lo único que sirve un poco de abrigo al quehacer de los plásticos colombianos es un reducido círculo snobista, muy atento a la novedad por la novedad, pero que no rebasa de ser un cálido ambiente en torno a la inauguración de exposiciones. Ambiente que se alimenta espiritualmente de las columnas de *Semana*—uno de los semanarios de más amplia difusión no sólo en Colombia, sino en los países limítrofes—, que con gran entusiasmo llena periódicamente Marta Traba. Instigando peligrosamente cuantas fugas se producen en el mundo de la pintura hacia la abstracción.

En medio de este clima, el XII Salón de Artistas Colombianos se inauguró, con las opiniones completamente divididas. De un lado estaban los «serios», admitiendo la selección y el veredicto del jurado, inclinado decididamente a recompensar lo no-figurativo. Del otro, un trasnochado sector que enarboló la vieja, y a estas alturas ineficaz, bandera de la postergación de los genios. Los «rechazados» estuvieron presentes con su mal humor, coreado por una inarmónica sinfonía de pitos de feria y la nota colorista de los gorros de papel con los que cubrían sus cabezas. El intento de sabotaje no llegó a más, y hubieron de conformarse con la relegada galería que se les ofreció para desahogo de su protesta. Sin que ni una sola voz se haya alzado para revalorizar no ya la postura, sino ni siquiera un solo esbozo de los presentados en la sala. Por un momento la gran prensa de Bogotá les hizo eco, pero sólo a la pura *boutade*. Detrás de la pirueta no quedaba el más mínimo contenido.

El jurado ha sido zarandeado por la opinión interesada en las cuestiones de arte, por su decidida inclinación hacia el abstractismo. Y porque quizá en este momento no sea Ramírez de Villamizar el indiscutible valor de la pintura colombiana. Aunque le avalen el que sus obras están presentes en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y en muchas de las más importantes colecciones extranjeras.

En el Salón destaca un aceptable nivel pictórico en las representaciones del gran Alejandro Obregón, y de Botero, Judith Márquez, el peruano enraizado en Colombia Armando Villegas, el alemán Guillermo Wiedmann, Enrique Grau y Juan Gabilanes. Unos magníficos exponentes de gran calidad en el terreno del dibujo, en el que sobresale nuevamente el nombre de Fernando Botero. Artista de poderosa dotación, con una fuerza de expresión nada común, que, con base en poderosas concepciones ilustrativas está en condiciones de realizar la más sólida

pintura que se hace en Colombia. Junto a Botero, en el campo del dibujo, figura destacada la gran pintora Lucy Tejada, cuya producción es sobradamente conocida en España, y que en el Salón que comentamos ha alcanzado, con toda justicia, el premio único para la especialidad de dibujo con su obra *Semilla de mangle*. También Jaime López Correa destaca con su apunte *Rueca*, que permite entrever magníficas disposiciones en la construcción lineal.

En grabado son Omar Rayo, Juan Gabilanes, Pedro Luis Hanne Gallo y Guillermo Silva los que merecen ser colocados en situación aparte. La escultura refleja una desorientación y una falta de posibilidades creadoras, que muchas veces se encubren con una caprichosa disposición de materiales que no llegan a expresar nada. Es una seudoescultura. Sus más calificados cultivadores—Alicia Tafur, Beatriz Daza y Alberto Arboleda—proceden del campo de la cerámica, y a ella aluden instintivamente en sus producciones. La escultura está relegada en sus manos, y en la de otros cultivadores de esta forma, a meras formas decorativas de cortas ambiciones, que escapan a toda norma y se diluyen en hueca oratoria, si se me permite tal calificación para la materia pesada.

El premio especial de este Salón, consistente en una beca del Instituto de Cultura Hispánica para seguir estudios en la Península, ha correspondido al bisoño Carlos Granada. Pintor de excelente paleta, a través de cuya obra, titulada *Marionetas*, se pueden vislumbrar futuras posibilidades para el desarrollo de una gran pintura. Su temática en la actualidad se halla envuelta en un inevitable ropaje literario, pero narrada con una voz de gran propiedad y una firme expresión. La gama empleada le sitúa plenamente dentro de la tradicional pintura de raíz hispánica.

Dato importante a reseñar en el ambiente colombiano es el hecho de que a estas alturas, y con una anticipación de ocho meses, tenga realizada la selección para la Bienal de Venecia. Aunque no dudo que los escogidos son, en su mayoría, dignos artistas, dotados para figurar, fronteras afuera, como exponentes del arte de Colombia, sí se echa de ver la falta de un serio planteamiento de lo que deba ser una política artística. En tales condiciones, la representación nacional se halla circunscrita a una serie de nombres que, con escasas variantes, llegan a situar al arte colombiano dentro de un círculo vicioso. Falta una base a la política de nuestras internacionales, con lo que únicamente se consigue repetir insistentemente a los mismos artistas, y, por consecuencia, a una idéntica temática y procedimientos. Si por una sola vez se decidiera presentar a un menor número de artistas, con una más amplia producción, es de suponer que alguno de éstos lograra producir el impacto

preciso para la consecución de los grandes premios. Ahora mismo, en la V Bienal de Sao Paulo, Colombia se ha tenido que contentar con un premio de consolación en la persona de Alejandro Obregón. Una simple mención honorífica a quien representa la más alta cumbre de la pintura colombiana.

Es excesivamente precipitado y falto de razonamiento y estrategia preparar con tanta antelación la selección para un certamen de la categoría del de Venecia. Ello refleja con claridad la falta de previsión, atención y el descuido por que atraviesa el sector plástico colombiano, en orden a su proyección exterior.—ANTONIO AMADO.

TEATRO EXTRANJERO EN MADRID: SHAFFER

Peter Shaffer, joven dramaturgo nacido en Liverpool, nos presenta una típica familia inglesa de la tan extendida *high middle class* británica que vive en su habitual casa de campo, no lejos de Londres. El padre, Stanley, un industrial afortunado, una peculiar especie de rico sin snobismos, sin alharacas aparentes. La madre, Luisa, una señora «distinguida» de ascendencia francesa. Dos hijos: Clive, mimado, nervioso, excitable, que estudia en Cambridge, y Pamela, alegre criatura que tiene en casa profesor particular, Walter, un alemán de quien Luisa, eterna romántica, se prendó a simple vista. Todos, excepto el padre, al menos a juzgar por la versión española, se sienten emocionalmente atraídos hacia Walter, tan aparte—piensa Clive—; rubio, de aspecto romántico—«debiera estar tísico y usar chalina», exclama Pamela—, purificado por la experiencia nazi, tan íntimamente vivida. Y surge el conflicto que desemboca en tragedia.

En toda la sombría composición es la peripecia humana, siempre aprovechable, universal, infinitamente más importante que la triste anécdota homosexual, leve y sobriamente apuntada, que en sí no hace sino agudizar, dramatizar, quizá únicamente «melodramatizar» el problema, este ejercicio de profundo y palpitante interés.

La «escandalosa anormalidad» del personaje en nada esencial afecta la íntima tragedia de la familia; es, a lo sumo, una consecuencia más de ésta.

En el momento más dramático de la obra estalla una acusación de odio. Fuerte y difícil verbo: odiar. Sin embargo, hasta cuanto se puede concretar un sentimiento, alguien tan sensible, tan fervoroso, en sentido gidiano, como Clive, sí que puede odiar—si entendemos la palabra como contrapunto esencial de amor herido—a esa madre que, por

primera vez desenmascarada de su pertinaz, su voluntariamente ciega y frívola artificiosidad aparente, se confiesa, consternada, atónita, pero convencida: «Tú me odias, Clive.»

Odio, sí, por pura frustración del amor, por ansia de que en realidad fuese ese maravilloso espejismo que llegó a deslumbrar; por angustia de no conseguirla convertida en aquella idealizada figura que hubiese podido ser. «Si pudieses renovarte, cambiarte, y contigo cambiarme a mí también.» Nuevo, libre de su egoísta, enrarecido amor, aferrado por la soledad afectiva, parásito por carencia de una profunda vida propia. Puede que únicamente Pamela, la hija, amase a Luisa. Auténticamente, que amar no es sino comprender y aceptar. Perfacta, única y, claro, rara forma de amor. La aceptaba con la misma sencilla naturalidad, con el mismo gran acopio de *common sense* británico con que se hacía cargo de tanto. Clive adora a Luisa, al menos, si no a ella misma, y esto es fatal —el prójimo como objeto, el amor como proyección de uno mismo—a la ilusión—«¡mi emperatriz!»—que de ella se había creado o le habían hecho crearse.

Hacia el padre, esa mezcla de admiración y resentimiento tan desvalida, tan indefensa. Envidia de esa rectilínea, obtusa fuerza vital de ideas fijas, inconmovibles, de que se sabe carente, eterna duda vacilante sin objetivo preciso de su valor; que si el «me estimo sólo por mis posibilidades» de *Les Nourritures terrestres* suena a claro aire frío y estimulante en el rostro, a campo abierto, es, en realidad, extenuante, aunque heroico. Le aplastaba y vejaba aquella paternidad incomprensible; le impelía a justificarse no de algo material, de algo intangible; de valorar, de preservar su «vida interior», término si no exclusivamente cristiano, sí legado por el cristianismo, transmisor y productor de tanto enriquecimiento evidente, la vida verdaderamente importante. Y esto sigue siendo actual, aunque a menudo burdamente traducido por el «negocio» de la propia salvación. Stanley, a su vez, se siente incapaz, inseguro ante el hijo que no ha sabido cristalizar en la acariciada esperanza preconcebida. Perplejo ante una especie de sorprendido, inadmisible respeto del que se defiende bruscamente, con enfático, por infundado, desprecio hacia esa soterrada riqueza que adivina en Clive (aunque ¿ha alcanzado ya esa viva experiencia o, como la madre la ansiada cultura, no hace aún sino reflejarla?).

Inevitable, insoslayable relación. Insoluble casi. Llevada inexorablemente hasta sus últimas consecuencias, y, por tanto, con altura y vuelo de auténtica tragedia. Queda, sí, la consoladora certeza de que algunos —la hija, espontánea, «normal», está al margen; la madre, falsa consigo misma, cursi y «espiritual», delicado objeto de arte, quizá, por largo hábito, sea ya incapaz—resulten enriquecidos, aunque material-

mente destrozados, no importa, por la terrible experiencia cuando —como de Edipo dice la Antígona de Anouilh—se ha llegado al fondo de todas las verdades, han sido contestadas todas las preguntas, resueltas todas las incógnitas, superada la barrera de la ilusión, hasta de la desesperación, y quedamos, al fin, serenos, sin esperanza o, mejor, con una matización de ella mucho más segura y trascendente.

A pesar de todo, Luisa—como intuían Walter y hasta en tono menor la hija—es enormemente amable, en el estricto sentido de la palabra. Por la forzada monotonía de su vida, la pérdida de sus ideales de juventud, agobiada por una vida gris y fatigada, incapaz de lograr una convivencia conyugal mejor, una base de comunicación con los suyos, quedóse con los tristes y ridículos oropeles de esa riqueza ansiada, apenas entrevista. La riqueza inestable, fluctuante, que se podría asegurar consiguió para el hijo, a pesar de que cuando necesita desesperadamente no puede, no es capaz de ayudarle. Por primera vez en su vida egoísta siente la necesidad de ayudar a alguien, que es su propio hijo. No es lo bastante mujer, no es lo suficientemente humana. La escena en que la madre y el hijo se enfrentan, en que ella ha de encararse con toda su vida y comprender que la ha malgastado inútilmente, que está verdaderamente acabada, es un momento de fuerza inconmensurablemente trágica.

Toda la obra aparece como un tapiz que de cerca, por lo enrevesado, aturde, excepto al que con maestría lo teje sabia y oscuramente. Y que sólo al final, al cansado final, muestra el diseño significativo que produce la visión total inteligible.

Walter, purificado por la experiencia y el sufrimiento concreto—no confusamente entrañado como en los otros (la vaga frustración de la madre, convertida en *pose;* la impotencia, el ansia de entender del padre, hecha defensivo rencor; el fervor de alto vuelo del hijo, traducido en rebelde impertinencia)—, presiente el diseño acabado que podría resultar de aquellos trastrocados hilos de humana emotividad y adivina cómo podrían tejerse, entretejerse, para ulterior serenidad. Sabe que Stanley habría de anular su segura suficiencia de vencedor para comprender, ser comprendido, amar y ser amado. Que Luisa debe remansarse en su innata bondad y ternura, desnudarse de tanto artificio, enfrentarse consigo misma, aceptándose en su ya inevitable mediocridad, para serenarse y contentarse—no conformarse o resignarse—después. Que Clive ha de encontrar su verdad lejos de la enfermiza protección de aquel hogar. Solo. Hundiéndose, si es preciso; desgarrándose, hasta encontrarse en el fondo de sí mismo con todo su caudal de amor, carente únicamente de dirección constructiva.

Sólo él, sólo Clive, para quien el prójimo era importante en la me-

dula, que se ahoga en la angustia de la humana incomunicabilidad, que imagina conmovido al niño como ser único en su individualidad, no como extensión desdibujada de otra personalidad, que entendía la cultura como una estimulante, exhaustiva aventura; como un maravilloso ir de sorpresa en sorpresa, asiente y agradece.

Pero incluso Walter, que recuerda al «divino»—en tantos sentidos—, al «sobrenatural» personaje de T. S. Eliot en *The Cocktail Party*—, cegado por la corteza, la mezquina apariencia; ofuscada su honda penetración, maltratado en su entrega, sintiéndose monstruoso; oculto en brutal desenfado hasta el más débil, mortecino destello de aquel humano, cálido rescoldo que les presentía, quiere evadirse, roto, desorientado, y morir.—GILBERT PITCAIRN.

MI AMIGO ALFONSO REYES

Cuando vine a Madrid por vez primera, en mi primera mocedad casi adolescente, no tuve mucha ocasión de tratar con él. Traía yo desde Málaga mi primer librillo de poesías, y ya ese primer libro había dado motivo a la primera carta de Alfonso Reyes a un muchacho provinciano que le envió («con admiración y respeto») aquellos poemas primeros. Todo era «primero» entonces. Al poco tiempo, Alfonso volvió a su América, y yo le seguí dos años después. Desde el Brasil, desde la inolvidable Rua das Laranjeiras, Alfonso me enviaba a Chile, puntual y afectuosamente, sus publicaciones. Aquella hoja literaria "para amigos" en la que contestaba un poco públicamente, pero sin desmedro de la confianza, cartas y artículos; porque casi todos los artículos de «Monterrey» eran respuestas, siempre genuinas en su entusiasmo y cordialidad, a libros, poemas, consultas y preguntas. El diálogo literario se mantenía, y junto a él, la calidad cordial, entrañable, de aquel gran selecto que todo lo hacía como si viviese en un tiempo más tranquilo; él, que no era precisamente un tranquilo, sino acaso el más inquieto y rebosante de los escritores hispanos de sus días.

A más del periódico, me llegaban las entregas de poesía, delicadamente impresas en París o en Amberes, olorosas a buena tradición renovada. Era un deleite recibir y leer los folletos cuidados, finos, que parecían destinados a uno solo, pero que reunían en torno del lejano poeta mejicano a sus amigos. La amistad fué uno de los placeres más constantes de Alfonso, gran placentero. Uno de aquellos libros, «La saeta», ilustrado son acuarelas de Moreno Villa, me llevó hasta las tierras australes el eco vivo de mi Andalucía natal. En respuesta

—el diálogo proseguía, feliz e interminable—le mandé un soneto, que más tarde Alfonso incluyó en su libro «Cortesía», formado con poemas que se intercambiaban sus amigos y él. A Chile me llegó también el delicioso libro «Otra voz» (la dedicatoria: «José María, perdona estos juegos»), en el que se autorretrataba Reyes con una gracia peregrina:

Yo prefiero promiscuar
en literatura.
No todo ha de ser igual
al sistema decimal:
mido a veces con almund,
con vara y con cuarterón.
Guardo mejor la salud
alternando lo ramplón
con lo fino,
y junto en el alquitara
—como yo sé—
el romance paladino
del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y Mallarmé.

Allí recibí los «Romances del Río de Enero», síntesis de los años brasileños del autor, versos en los que introducía de cuando en cuando alguna palabra portuguesa, que Alfonso excusaba en una nota: «De tiempo en tiempo, darse el gusto de deslizar uno que otro lusismo. Estas contaminaciones entre el portugués y el español—se lo decía al joven Juan Valera, no menor persona que el purista Estébanez Calderón—dan sazón al caldo.” La cultura de Alfonso Reyes fluía de todos sus libros suavemente, casi desdeñosamente, pero no podía evitar aquel manantial de conocimientos agudos, vivaces, siempre oportunos, que nos dejaban turulatos por su bien administrada sabiduría.

Alfonso Reyes vivió en España, y ya no pudo olvidarla. Se enamoró de España y de su poesía. Fué uno de los más hábiles comentaristas de Góngora, descubrió—al menos puso a la vista del prójimo americano—numerosos poetas nuevos y antiguos de nuestra tierra. Muy mejicano y muy español, muy antiguo y muy moderno, muy siglo XX, reunía en su personalidad la dulce carga de una tradición que no muere y la más despierta curiosidad por el presente, y los atisbos más ágiles del futuro. Miraba a toda América y la relacionaba con España, inseparablemente. Pocos han pintado como él su tierra natural en la poesía perfumada con yerbas del Tarahumara:

Han bajado los indios tarahumaras,
que es señal de mal año
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,
duros en la lustrosa piel manchada,
denegridos de viento y sol, animan.
las calles de Chihuahua,
lentos y recelosos,
con todos los resortes del miedo contraídos,
como panteras mansas...

Un día, hace lo menos quince años, se presentó en Santiago de Chile y me llamó por teléfono. Era un gozo para mí completar con la palabra viva el diálogo mantenido con la letra. Recuerdo que fuimos a cenar a un antiguo local readerezado, donde se reunían escritores y y donde abundan las poetisas, bellas como chilenas que eran, aunque poetisas de varia condición, como en cualquier parte de Iberoamérica. Nunca se me olvidará la fruición con que Alfonso—que ya comenzaba a cuidarse, después de haber publicado «Minuta», casi un libro de cocina en verso—gustaba los estupendos mariscos chilenos, los choros, las ostras, los locos, mientras hablaba de mil cosas, todas interesantes y vivas, y se defendía, complacido y reticente, de los acercamientos de las mujeres líricas que le habían reconocido. Era bajito y regordete, elegante y ágil. Sus ojos chispeaban de conocimiento y sensibilidad. Los nombres literarios que salían en su conversación adquirían tanta vida como las palmeras que se veían, umbrosas y sobredoradas por un farol, al otro lado del ventano colonial de la famosa «Posada del Corregidor», por donde se decía que entre las mesas bien puestas andaba penando la sombra del corregidor Zañartu, uno de los españoles carolinos que gobernaron la ciudad de Santiago.

Estuvo pocos días; y volvió al Brasil; después a Méjico. Desde allí escribió cada día menos, pero cuando lo hacía, excusándose por cansancio y falta de salud, brillaban en el papel los ojos penetrantes y listos del poeta, la gordezuela mano del erudito que casi nunca usaba la máquina, sino una pluma cargada de tinta muy azul, de un azul raro y fuerte que recordaba el rojo sobre amarillo de las cartas de Ramón Gómez de la Serna.

Hace poco más de un año, unos estudiantes mejicanos me escribieron pidiéndome colaboración para un libro de homenaje a Alfonso Reyes. Me pedían un «estudio» sobre el escritor, pero yo les mandé un breve poema:

Alfonso Reyes, hermano
en menester de poesía:
desde nuestra Andalucía
tiendo a tu mano mi mano.

Hace calor, y está el mar
Mediterráneo tan verde...
No es raro que te recuerde
aquí, junto al olivar,

pues bajo este claro sol
que me calienta la cara,
tus yerbas del Tarahumara
brotan de suelo español.

Desde Málaga envié estos versos para Alfonso Reyes. En Málaga estaba, una vez más, cuando tuve noticia de su muerte. Volví de pronto a los años de juventud, cuando se imprimió mi «Conjunto» en la imprenta Sur, el librillo que yo mandé a Alfonso y que dió motivo a su primera carta. Hoy, pasados los años, quiero recordar con el corazón al buen amigo mejicano que dijo, cuando murió Ricardo Güiraldes, algo que hoy puede aplicarse a su partida:

Desde la tierra del sarape hasta la tierra del chiripá,
nadie puede sospechar lo que este silencio dirá.

José María Souvirón.

ALBERT CAMUS O LA LUCHA CONTRA LA ABSTRACCION

En los pocos años que nos separan del fin de la segunda guerra mundial han sucedido en el mundo acontecimientos verdaderamente revolucionarios como en ningún otro período de la historia. Quizá el descubrimiento más importante, el más directamente relacionado con el destino del hombre, haya sido el de la fragilidad y falsedad de las revoluciones. Desde 1917 hasta 1945 hubo muchos hombres convencidos de que la libertad, individual y colectiva, podía conseguirse a través de una revolución. Los fanáticos nacieron en la profunda huella de esta falsa convicción. Y la guerra que ensangrentó el mundo no fué más que el choque entre dos fanatismos, entre dos revoluciones. Venció la más fuerte, o, como creían los optimistas, la más justificada. Por lo menos desde lo exterior, o sea desde más allá de las fronteras de Rusia, la revolución comunista siguió apareciendo como la única posibilidad de liberación. Digo desde lo exterior porque desde el interior mismo de Rusia el desengaño se había producido años atrás y los escritores soviéticos lo habían marcado en sus libros, experimentándolo luego en su propia carne. En el vasto marco de la revolución comunista vencedora, el mito de la liberación del hombre se había derrumbado, según nos informa Pasternak, en los primeros años de la revolución. El derrotero del desengaño puede ser fácilmente seguido a través del martirologio de los escritores soviéticos, que han pagado

con su vida, asesinados o suicidas, el valor de haber expresado sus dudas o su indignación ante los asesinatos colectivos, a los que la revolución parecía haberse dedicado con todo ahinco. En lugar de la libertad prometida, una tiranía, peor que la precedente, se había instalado en un trono que aspiraba a dominar el mundo entero. Fué el tiempo en que Mayakovski, Essenin y otros se suicidaron en Rusia, y en que Gorki, Babel, Mandelshtam, Pylniak y muchos otros fueron envenenados, asesinados o deportados a Siberia. El drama de los escritores alcanzó en la U. R. S. S. proporciones que ponían de relieve un hecho importantísimo: la revolución no cumplía con su promesa, era, pues, un tremendo engaño, una nueva manera de encadenar a los hombres. Muchos escritores occidentales que visitaron la U. R. S. S. entre las dos guerras mundiales se dieron cuenta de esto y denunciaron la gran estafa en sus libros, pero la opinión pública mundial no quiso creer en la realidad de estas revelaciones hasta que, en 1945, parte de Europa fué invadida por las tropas de la revolución mundial. Cuando la gente de Berlín y de Viena, de Bucarest y Budapest, de Praga y Varsovia comprendió que los escritores habían tenido razón, era ya demasiado tarde. Los ejércitos llamados libertadores habían integrado una decena de países europeos en el espacio de la revolución, es decir, de la antilibertad.

Este contacto directo de la revolución, hasta entonces nacional, con el resto del mundo fué fatal para el comunismo. En el nombre de la libertad de los pueblos invadidos se levantaron en Occidente todas aquellas conciencias que esperaban y militaban en el nombre de la libertad. Entre ellas Albert Camus. Se ha dicho, y se ha repetido hasta la saciedad, que el autor de «La peste» había lanzado al mundo un mensaje negativo, que su literatura era una invitación a la nada y a la desesperación. Bastaría volver a leer las páginas de sus dos novelas, "El extranjero» y «La peste», para darse cuenta de que este escritor, uno de los más trágicos, pero también uno de los más honestos de nuestro tiempo, estaba lejos de empujar al hombre hacia su propia destrucción. Y bastaría su «Homme révolté» y su mensaje al pueblo húngaro, escrito en el otoño de 1956, cuando los estudiantes, los obreros y los escritores de Budapest se levantaban en contra de la falsa revolución opresora, para enfocar, en toda su grandeza, en toda su fe esperanzadora, diríamos, la verdera estructura de su pensamiento.

«Más que ningún otro escritor de su tiempo, escribe el editorialista del periódico *New York Herald Tribune,* Albert Camus ha llevado a la juventud desilusionada de la Europa occidental a escuchar sus advertencias contra el comunismo, a tener cuenta de ellos y a actuar en consecuencia."

«Es sólo de manera superficial, escribe el «New York Times», que la filosofía de Camus aparece a ciertos lectores como una doctrina del pesimismo y de la desesperación. Hay en ella, al contrario, una fe que pide a los hombres decir sí a la vida de la manera más heroica.»

Y el crítico italiano Carlo Bo, en *La Stampa,* de Turín: "Camus ha realizado, para nosotros, con «La peste» uno de los actos más importantes: ha vuelto a dar al hombre la dignidad, enseñándole la paciencia y la humildad. Camus ha sido uno de los pocos escritores que han sabido enseñar algo sin caer en el vicio de la retórica, sin ponerse al servicio de su propia personalidad. Camus es el moralista menos sospechoso de nuestro tiempo, un escritor testigo que no ha perdido de vista al hombre, sin por esto exaltarlo y, sobre todo, sin engañarlo."

La diferencia entre este valor sin retorismo, constantemente fiel a sí mismo, y la retórica de feria intelectual de Jean-Paul Sartre, cuya actitud ante el comunismo y ante todos los problemas graves de nuestro tiempo ha cambiado con el viento, si no cada año, por lo menos cada lustro, es enorme y aparece hoy, cuando la obra de Camus está desgraciadamente completa, petrificada por la muerte, como más significativa todavía. Si volvemos a ojear las páginas de «La peste» o de «L'homme révolté» encontraremos en ellas lo que podríamos llamar "un mensaje para cada día"; tan densas están de actualidad, de vigor combativo, en el nombre de la libertad humana y de la inmediata necesidad de luchar en contra del mal más visible, el que más peligrosamente está amenazando esta libertad. ¿Qué es en el fondo «La peste» más que una simbología anticomunista? ¿Qué es este mal terrible que invade la ciudad sin nombre, la aísla de las demás, la destina a la muerte negra, para luego ceder ante la voluntad de los fuertes, de los conscientes que no se dejan impresionar y luchan hasta el final contra la amenaza aparentemente fatal? «Cuando la abstracción se pone a mataros, hay que ocuparse de la abstracción», escribe Camus en «La peste». La *abstracción* es, precisamente, el comunismo, al que no dejará de atacar con sabia violencia, llamándole con las mismas palabras en «L'homme révolté». A este grave momento, el momento de la peste, el momento en que la abstracción se pone a matarnos, Camus evoca más tarde de esta terrible manera: «Pero llega siempre un momento en la historia en que el que se atreve a decir que dos y dos son cuatro es condenado a muerte.»

Y quien dijo que Camus era un ateo, puede volver a leer con provecho estas líneas de «La peste», en las que el autor de una de las novelas más significativas de nuestro siglo esboza de la siguiente manera la silueta de la Iglesia perseguida, de la misma religión amenazada por la invasión de aquella amenaza a la que Camus llama *los rato-*

nes portadores de la peste, y Eugenio Ionesco, años más tarde, *los rinocerontes* portadores del mismo mal destructor del hombre: «Pero la religión del tiempo de la peste, escribe Camus, no podía ser la religión de todos los días y si Dios podía admitir, y hasta desear, que el alma descansase y se alegrase en los tiempos de la felicidad. El mismo la quería excesiva en los excesos de la desgracia. Dios hacía hoy a sus criaturas el favor de ponerlas en una desgracia tal que les fuese menester reencontrar y asumir la mayor virtud, que es la del Todo o de la Nada.»

¿Quién, en nuestros días, ha llegado a expresarse de este modo? ¿Quién más que Camus ha sabido destacar con más precisión y fuerza el papel del creyente en los momentos de la fe amenazada por la peste?

Y si abrimos las páginas de «L'homme révolté» nos encontramos con el mismo mensaje. Albert Camus en Francia y Ernst Jünger en Alemania han sido los teóricos de esta rebelión que caracteriza al hombre de hoy, el que reniega de la falsa revolución. El «Waldgänger», o sea «el hombre que camina en el bosque», lo llama Jünger en su «Tratado del rebelde». «El hombre rebelde», o en rebeldía, lo llama Camus en su famoso ensayo, al que consideramos como a uno de sus libros más acabados, tan esencial para la comprensión de nuestro tiempo como «El genio del cristianismo», de Chateaubriand; el «Aut aut», de Kierkegaard, o el "Así habló Zaratustra", de Nietzsche, para la comprensión del siglo XIX. Sería apasionante y aleccionador citar aquí las páginas referentes al terror de la historia, a la culpabilidad del hombre ante la historia, tal como la ha planteado el marxismo, a la degeneración del concepto de rebeldía y de dignidad humana, desde los primeros revolucionarios rusos del siglo pasado hasta Lenin; a la inactualidad de Marx, a las profecías sin cumplir del marxismo, al terrorismo soviético o las admirables y verdaderamente proféticas acerca del realismo socialista al que Camus liquida en uno de los capítulos clave de su libro. Los estragos causados en el mundo por el reino de la abstracción, por la revolución en descomposición, son muy grandes, y Camus lo reconoce. Pero la esperanza ha empezado ya a brotar entre nosotros. El hombre se ha rebelado en Berlín oriental, en Polonia, en Budapest; los campesinos rumanos se niegan desde hace quince años a ingresar en los koljoses; los estudiantes rusos aprueban el gesto de sus colegas húngaros; los poetas se coaligan en contra del mal, desde el Cáucaso hasta Praga. Hablando, al final de su libro, de los pequeños revolucionarios de izquierda, dispuestos a venderse a todas las tiranías, pálidas sombras de la revolución traicionada, Camus escribe: «Esta ya no es ni rebeldía, ni revolución, sino envidia y tiranía. Entonces, cuando

la revolución, en el nombre del poder y de la historia, se transforma en esta mecánica mortífera y desmesurada, una nueva revolución se vuelve sagrada, en el nombre de la medida y de la vida. Nosotros hemos llegado a este extremo. Al final de las tinieblas, una luz es por lo tanto inevitable, una luz que ya vislumbramos y para la cual no tenemos más que luchar para que sea. Por encima del nihilismo, todos nosotros, entre las ruinas, preparamos una revolución. Pero pocos lo saben.»

Hablando de los falsos europeos, dedicados a pregonar entre nosotros las virtudes del sabido paraíso terrenal marxista-leninista, Camus dice: «Ellos desesperan de la libertad de las personas y sueñan con una extraña libertad de la especie; no aceptan la muerte solitaria, y llaman inmortalidad a una prodigiosa agonía colectiva.»

¿Cuál es entonces el mensaje de Camus, al final de un libro en el que destruye toda la ilusión, monstruosa y vana, de la abstracción totalitaria, de las pistolas paradisíacas? Es un mensaje de fe y de esperanza en el hombre y en Europa. Escribe: «Nosotros elegiremos a Itaca, la tierra fiel, el pensamiento audaz y frugal, la acción lúcida, la generosidad del hombre que sabe. En plena luz, el mundo quedará como nuestro primer y último amor. Nuestros hermanos respiran bajo el mismo cielo que nosotros. La justicia es viva. Entonces nace la extraña alegría que ayuda a vivir y a morir y que nosotros nos negaremos a aplazar para más tarde. Sobre la tierra dolorosa, esta alegría será el amargo alimento, el duro viento venido desde los mares, la vieja y la nueva aurora. Con ella, a lo largo de las batallas, volveremos a construir el alma de este tiempo y una Europa de la que nada será excluído.»

¿No es éste quizás el más puro mensaje? Albert Camus ha muerto, pero su rebeldía, que constituye el fondo ideal y permanente de su obra, nos hablará siempre de la dignidad de ser hombre, de volver a enseñar al mundo entero el código secreto de la libertad y de colocar, de este modo, a Europa en su verdadera luz redentora.—VINTILA HORIA.

RECUERDO DE ENRIQUE GOMEZ ARBOLEYA

Una grandísima conmoción, la muerte de Enrique Gómez Arboleya, ha venido este año a quebrarme el recinto pacífico de la Navidad. Pesadumbre y dolor que nos vacía de sentido las felicitaciones a todos los que hemos sido amigos y discípulos. Y ahora que la comunicación, siquiera temporal, ha quedado rota, tenemos necesidad de hablar de

él, de él vivo, entre nosotros, los que le conocimos, y para aquellos que no le conocieron.

Yo le conocí ya va para diez años. Comenzaban entonces a adquirir perfil los Cursos del Instituto de Estudios Políticos, que recogieron gran parte de su mejor inspiración pedagógica. Era un otoño. La plaza de la Marina, silenciosa, dorada por las hojas de los castaños de Indias. Próxima la plaza de Oriente, con su fino recorte en el azul, y el casi olor serrano. Por un camino, un paisaje entrañablemente conocido, llega Arboleya hasta mi tensa sensibilidad intelectual de entonces. Viene de Granada y su curso es algo nuevo. Una clase pequeña y unos cuantos alumnos, pocos todavía aquel año, atentos. Sabía crear la atención. Su explicación era coloreada—los que veníamos de la Universidad veníamos del cine en blanco y negro—y muy viva. Preguntaba saltando de uno en otro, pedía parecer. Era una clase con drama. Sabía las cosas que "no se sabían", esas cosas que no huelen a usadas antes de aprendidas. También señalaba: este libro, esta fecha crucial, aquel entorno de una persona. Iba anotando en mi cabeza, y todas aquellas anotaciones que llevan su nombre se han convertido después para mí en saber incorporado, no han pervivido con la vida fantasmal del dato inútil. Desde aquel año fuí discípula y amiga. Todos los que hemos sido discípulos suyos sabemos que Arboleya sabía generosamente crear las posibilidades de una amistad allende la clase. Allende, pero no sin vinculación con ella. Se interesaba por el quehacer de cada uno, e intervenía. No era sólo un consejero que se quedase fuera, era un amigo que entraba en la peripecia de la vida ajena corriendo el riesgo. Yo sospeché pronto esto—que luego pude comprobar ampliamente—, y la persona de Arboleya creció en interés para mí. Seguí sus cursos. Colaboré con él un año largo, día a día, en un pequeño despacho del Instituto de Estudios Políticos. Desde que le conocí, su interés por los temas sociales había ido aumentado. Yo preparaba entonces mi tesis de doctorado, que tocaba las mismas cuestiones. El la oposición a la cátedra de Sociología de la Facultad de Políticas. Pocas personas he conocido con más fervor y entusiasmo puestos en un proyecto. Trabajaba mucho—tenía gran capacidad de trabajo—, con minuciosidad y pulcritud. Trabajaba de primera mano—y eso era ante mis ojos un lujo raro—, manejando y haciéndome manejar a mí las fuentes directas.

Tenía un gran entusiasmo por las cosas. Le entusiasmaba un libro, una conferencia, un gesto expresivo. Este su entusiasmo se filtraba hasta en las cosas menudas del vivir diario: esos quesos franceses exquisitamente seleccionados, esa gabardina nueva... De eso estaba hecho, por eso sus clases transmitían el gusto por las realidades apuntadas.

Me gustaría saber decir esto de un modo menos abstracto. Parecía como si tuviera ante sí un trozo de vida real, dentro de un paisaje vivido. Esta vida se le imponía y le forzaba a decir. Por eso transmitía una impresión coloreada y viva. Pero esto es sólo una parte. Lo que quería decirnos no era todo, ni narraba, ni nos ponía «ante», sino que pretendía esclarecernos, al mismo tiempo que esclarecerse a sí mismo, un peculiar modo de comportamiento de ese trozo vivo. Y éste era el drama. No siempre el éxito, como ocurre cuando a una clase se llevan esquemas previamente esterilizados. No siempre el éxito en esta empresa, pero siempre la participación verdadera de cada oyente en la faena propuesta. Esto explica también su modo de decir. La corriente de sus palabras era abundante y expresiva, y tenía que sofrenarla siempre para obligarle a decir sólo lo que se había propuesto. Sus palabras dibujaban el esfuerzo mismo de su hacer. Así transmitía a una clase o a un escrito la emoción que los amigos le conocíamos desde otro plano.

Pronto se relacionó estrechamente con Xavier Zubiri. En los cursos de la Cámara de Comercio lo encontrábamos al lado de Zubiri, más aureolado de entusiasmo que nunca, recogiendo el entusiasmo de los demás. Mañanas y tardes hemos comentado juntos la clase recién escuchada, aun por releer y rehacer en las cuartillas. También nos unió la devoción por esta persona de un modo peculiar que nos ponía muy personalmente el uno frente al otro.

Ganadas las oposiciones comenzaron en la Universidad sus cursos. Era al proyecto querido que yo había ido viendo formarse, a cuya preparación había asistido. Ya no nos veíamos tanto, pero nunca dejamos de tener una relación de cercanía y cariño. Yo sabía siempre en dónde estaba, qué era lo que esta proyectando. Y podía prever cuál era la vida, el despertar de atención que provocaba en torno suyo. Así parecíamos haber hallado una relación de equilibrio. Era como un descanso logrado y merecido, un «contar con» por debajo de muchos haceres separados. Ahora es casi imposible no angustiarse a cada momento por esta mutilación, por el sinsentido de cada gesto suyo, tan entendido entonces.

Para ayudar a muchos a recordar su ademán, a rehacer días vividos que necesitamos especialmente cuando las personas se nos han ido, he escrito estas líneas. Para mostrar a otros, desde una experiencia entrañablemente vivida, a otros que no le conocieron, la persona de Enrique Gómez Arboleya, profesor de entusiasmo.—María Riaza.

Sección Bibliográfica

EL ATOMO Y EL ALMA (*)

El P. Dubarle, en su *Teología del Cosmos,* ha estudiado el problema que se refiere a la *renovación científica* en sus relaciones con la *Biblia* y el *Dogma.* Advierte, por lo que toca a las concepciones humanas del universo, que éstas no son nunca sistematizaciones definitivas: unas son desplazadas por otras a lo largo de la Historia. Por otra parte, la *Biblia* no cubre, con su *inerrancia,* todos los detalles de la concepción cosmológica que en ella se describe. (Hoy este problema ha sido ya rebasado con la teoría de los «géneros literarios»: entonces no se escribía la historia como ahora.) «El sustrato de ideas humanas iluminadas por la fe refluye, en cierto modo, secundariamente sobre la luz misma de la fe. Ese sustrato permite explicitar ciertas virtualidades (de la fe) que quedarían ocultas si el mismo fuera otro. A medida que nuestra manera de ver el mundo se transforma, nos vemos obligados a interrogar de distinto modo a la palabra de Dios» (1). La Revelación responde siempre a las interrogaciones de la Historia y de la Ciencia.

Con el descubrimiento del átomo parece que la fe y la ciencia han sufrido una especie de «encontronazo». ¿Cuál de las dos sale perdiendo? Se puede afirmar, sin exageración, que la Ciencia, a lo largo de la Historia, ha ido dando siempre la razón a la fe.

¿Qué problema plantea a la fe el descubrimiento de la «realidad» de los átomos? El siguiente: si la vida es engendrada por los átomos, el alma—nuestro principio vital—ya no sería tal, sino un *epifenómeno de la materia;* su existencia resultaría muy problemática. Pero ¿puede explicarse—de verdad—la vida solamente por los átomos o se requiere algo más distinto de ellos? Los últimos resultados de la Ciencia no prueban *la capacidad de vida a partir de los átomos;* queda, por tanto, un hueco para el alma en el ser humano. La fe no sufre quebranto todavía.

Si la Ciencia llegara a demostrar que los átomos pueden inventar —ellos solos—la vida, ese resultado científico comprometería *todas* nuestras creencias. ¡Bien puede andar con cautela la Ciencia! Mas, por hoy, el ojo escrutador de los investigadores y sabios sigue encontrando la resistencia de una *aporía* que no explican ni la materia ni los átomos:

(*) Kurt Sausgruber. Herder. Barcelona, 1959.
(1) *Iniciación teológica.* Varios. Herder. Barcelona, I, pág. 545.

la presencia de un resorte, quitado el cual, los átomos ya no viven—llamémosle «principio vital», «forma» o «espíritu».

Las investigaciones científicas modernas nos han conducido a una nueva concepción del universo.

El autor del libro que presentamos ha cogido, en lo que valen definitivamente, los hallazgos de la Física actual y ha captado maravillosamente la «pregunta» que suponen para la fe. El lector puede comprobar—a lo largo de nuestra exposición y crítica—el valor considerable de la obra que le ofrecemos.

Sausgruber—con un razonamiento detenido y sereno—va examinando, uno por uno, los pasos de la Ciencia. Con mucho acierto y agudeza, ve el problema de las relaciones del alma con el cuerpo—tema del libro—, ya en Demócrito y Aristóteles; es un problema no sólo científico, sino también filosófico.

En la «Exposición», el autor nos presenta la visión filosófica del problema a través de Demócrito y Aristóteles, Descartes y Leibnitz, Kant y Schopenhauer, Hartmann y Jaspers.

En el capítulo primero estudia la *realidad* de los átomos. Distingue tres planos o estratos:

1) El aristotélico primero.
2) El democrítico—se refiere al filósofo Demócrito.
3) El aristotélico segundo.

La capa aristotélica primera abarca aquella clase de átomos cuya magnitud mínima mide 10^{-13} cm., y cuya máxima es de 10^{-8} cm. de diámetro—esta última es la magnitud del átomo entero—. En esta esfera no hay nada sustancial—según los resultados científicos—: sólo «actos» cambiantes, una continua variación de formas. Detrás de esas formas debe haber algo así como lo «informable»—que limita con la nada—, algo como la materia prima e informa de Aristóteles.

El estrato democrítico comprende desde el anterior hasta los astros. Aquí reina el mecanismo y la necesidad. «La diversidad de los cuerpos, su olor, color y dureza, su modo de reaccionar al contacto con otros cuerpos, al variar las temperaturas, proviene de la diversidad de sus átomos en número, clase y posición, es decir, de su distinta estructura molecular. Toda alteración en los cuerpos es desviación, combinación o separación de átomos» (pág. 72). Ese era el pensamiento de Demócrito.

En la tercera esfera entran los organismos en los que hay algo nuevo, además de los átomos: la vida. Se llama también aristotélica porque queda magníficamente explicada con la dicotomía potencia-acto, materia-forma. Es el estrato en que se da como elemento nuevo la "superestructura»—forma, entelequia, etc.

Después de dedicar dos capítulos a estos temas: «Singularidad de las formaciones atómicas vivientes»—metabolismo, crecimiento y reproducción, regeneración...—, «Definición abstracta del ser viviente»—la *totalidad* (Driesch), el *plan* (Nexhüll), la *causa final* (G. Wolff), la *inestabilidad* (Schubert-Soldern)...—, llega a la conclusión de que los atributos distintivos del ser viviente son:

1) *Orden* (existe un principio de articulación).
2) *Eficiencia* (ocasionada por efectos energéticos).
3) *Finalidad* (ocasionada por un propósito «no energético»—un plan—).
4) *Autorregeneración* (capacidad de restaurarse tras las perturbaciones).
5) *Ectropía* (acumulación de energía libre).
6) *Inestabilidad* (capacidad de variar).

Este último es el característico, ya que los otros pueden darse por separado en los seres inorgánicos.

En el capítulo siguiente expone las teorías que intentan explicar el principio animador de los seres vivos.

Se ha hablado, desde Espinosa, de la «realidad indivisa del mundo tras su apariencia sensorial». La estratificación del mundo es atribuída a nuestro entendimiento. «Concebimos el mundo—contesta el autor—como unidad, pero *no de existencia,* sino *de origen...* Dios lo ha creado todo, mas no parece haberlo hecho todo en un mismo día de la creación» (pág. 203).

En el capítulo dedicado al principio animador del cuerpo humano es donde el problema—y la conclusión del autor—adquieren toda su fuerza.

El alma humana es algo totalmente independiente de los átomos. Esto se aprecia en la muerte: en el cadáver están los mismos átomos que en el cuerpo vivo; ¿cuál es la diferencia? En el cadáver ya no tienen orden, ni finalidad, ni estructura. Luego la vida proviene de la entelequia que gobierna y dispone la posición y orden de los átomos. El alma no es un cerebro perfecto—su consecuencia—. Al revés: el alma, al tener que pensar, se ha fabricado un cerebro a base de átomos. (La conciencia y la reflexión nos prueban la incapacidad de los átomos para producir el alma.)

Otra prueba de la independencia del alma con respecto a los átomos es la *neurosis,* de origen totalmente psíquico y que no puede explicarse a partir de aquéllos. En el cuerpo reina la necesidad; pero el alma puede sufrir una frustración, puede apartarse—desviarse—de un estado

sano, de un plan preciso. ¿En qué consiste la sanidad del alma, su plan, su estructura? Para explicarlo, Sausgruber se apoya en Daim (2).

«Todo ser humano posee en su fondo más íntimo "una esfera donde todo es absoluto para él". La expresión "yo soy el que soy", que llegó a Moisés desde el zarzal en llamas, contiene el postulado de un comportamiento absoluto, de una entrega absoluta, sin compromiso. "Este saber obrar en absoluto frente a lo Absoluto es lo principal en el hombre, lo que en verdad le distingue del animal." El hombre debe tener un Absoluto, le es ineludible.

»Pero si lo Absoluto no se toma como absoluto, sino como relativo, y, en cambio, algo relativo como absoluto, se origina un conflicto central en el hombre.

"Así se destruye el orden verdadero prefijado, "se ha perturbado la relación entre hombre y mundo". El conocimiento se tuerce y trastorna. "Los conocimientos desordenados conducen a actos asimismo desordenados."

»Toda neurosis es, pues, en definitiva "un conflicto con Dios" y está ligada a un sentimiento de culpa (Caruso). Pero, ¿qué es lo que prácticamente siempre se idoliza? Algún objeto sensual.

»Hay una zona sagrada en toda alma humana, una individualidad íntima y nobilísima: el "corazón". Destino de este corazón es hallar el sosiego de la entrega en lo absoluto, en lo eterno, en el centro trascendente del mundo. Los impulsos, esos engañosos forjadores de ilusiones, tratan de encubrir expansiva e insistentemente el corazón, ensalzando en lugar de lo Absoluto, como ídolos, sus objetos relativos y limitados.

»Pero todo desorden en el centro anímico puede difundir en toda la persona trastorno y confusión, incluso en el sector del conocimiento.

»Todo sistema es la inflación y la sobrevaloración de un criterio limitado, y por eso debe superarse. Esta "superación se consigue en el pensamiento sólo relativizando lo relativo. El único recurso para el pensamiento humano, que lógicamente representa siempre una relación, es llegar a lo Absoluto.

»Valdría la pena investigar en los sistemas de la filosofía moderna hasta dónde son síntomas de un desorden psíquico. Muchos de ellos —en oposición a la filosofía tradicional— no toman lo absoluto como amplia base última de esclarecimiento. Entre los pensadores modernos hay incluso algunos que emplean expresamente un impulso como principio de la argumentación: por ejemplo, Nietzsche aplica el afán de poder como principio de sus teorías; Karl Marx, el ansia de lucro, y Freud, el impulso sexual.»

(2) *Revaloración del psicoanálisis.* Viena, 1951.

Este fenómeno se llama «idolicación».

El orden de valores—su jerarquía—prueba también la existencia del alma como distinta del cuerpo. Cuando sólo se admiten los valores biológicos, ya no hay alma, pero tampoco jerarquía de valores; pero ésta no es atestiguada por la experiencia.

El autor parece realizar al final una especie de argumento «histórico». El triunfo del Cristianismo sobre Roma—la implantación de la libertad, la anulación del cesarismo—fué posible gracias a su concepción del alma como imagen de Dios, redimida por Cristo: entonces «César no puede ser Dios ni nadie tendrá derecho a señorear esclavos» (pág. 258). Oswald Spengler (3) previó que el peligro actual de Occidente era también el cesarismo. Ahora vemos que ese cesarismo es superable. Y lo será si se restauran las teorías cristianas del alma que Spengler no supo valorar. No es fatal la decadencia de Occidente. Este puede recuperarse si restaura su honda tradición cristiana.—R. GARCÍA.

LAS PEQUEÑAS ATLANTIDAS (*)

Alberto Gil Novales es un joven escritor español en quien es preciso ir fijándose con atención y respeto. Representa un estadio más de esa tradición cultural española que uno piensa, en momentos de fatiga, que se va a interrumpir, río que no llega al cumplimiento del mar. Alberto Gil Novales pertenece a una generación formada después de la guerra civil. Nació en Barcelona en 1930, de familia aragonesa, dato de interés por su tendencia conceptual, su posición seria ante la vida, su preocupación por entender, su reflexión sobre la historia y la cultura españolas. (Recordemos a Gracián y a Costa.)

Alberto Gil Novales ha estudiado Derecho, viajando por Italia, Francia y Alemania. Es, como se ve, un joven universitario formado en el rigor intelectual, que no se conforma con que piensen por él, como tanta rana feliz y estancada.

Las pequeñas Atlántidas, reconocido título orteguiano, alude a esos hombres oscuros y beneméritos que están sumergidos, pero sofocados, con menos genio y fortuna que otros más agraciados, han seguido y proseguido el esfuerzo mental español, con desesperada esperanza. Ortega no creía mucho en el siglo XVIII español, como nos ha recordado Serrailh. Es cierto que no se trata de un siglo de oro, creador. ¿Pero

---

(3) *La decadencia de Occidente.* Espasa Calpe.

(*) *Las pequeñas Atlántidas,* por Alberto Gil Novales. Biblioteca Breve. Seix-Barral, S. A. Barcelona, 1959.

podría haber dicho algo de lo mucho que dijo el meditador de El Escorial, sumergido, a contrapelo, un poco en el vacío, sin eco ni oído, fisgado en el detallito, en las ideas y hasta en la peluca? Gil Novales prueba, por su parte, de modo suficiente, que la España de los siglos XVIII y XIX, «sobre la que la cultura española más difundida del siglo XX ha lanzado una mirada bastante superficial», no estaba muerta y entregada. Venía de la catástrofe política provocada por la inepcia epónima del desdichado Carlos II, rey desde 1665. Fracasó la política, la organización de la vida en común y su proyección internacional, por razones y cabezonerías que no son del caso. Mas la inteligencia española no había desertado ni eludido el honor y el drama de pensar y crear a la intemperie, sobre las ruinas. Como tantas veces en España, se había perdido el tren de la Historia—filosofía, maquinismo, ciencia...—, no por culpa de los intelectuales. (Y digo culpa, palabra de más gravedad que los delitos y faltas del Código penal.) Y una prueba definitiva, para mí, es que en lo que se puede hacer por sí solo, sin medios externos, a puro verso o pincel, no se ha apagado jamás la voz de España. (Otra cosa es que se haya dado una talla mayor o menor.) Pero hay actividades que necesitan clima, continuidad, medios, ayuda, libertad, en las que no se trata del valor personal o del genio individual, sino del equipo, de mirar a la tierra, del instrumental. Y aquí fallamos. En ocasiones he insistido en que el español no tiene complejo de inferioridad, sino inferioridad en el terreno científico, por causas extrañas—y muy claras—a su naturaleza. Ahora me complace la coincidencia con Gil Novales, tan claramente expresada. En el prólogo a su libro, escribe: «Es evidente que nadie podrá negar esta famosa *decadencia* de España, pero también lo es que no se trata de nada metafísico, algo peculiar a la esencia española, sino que tiene unos orígenes históricos, económicos y morales concretísimos, que en iguales circunstancias habrían provocado la ruina de cualquier otro pueblo.» Exacto. La inferioridad en algún aspecto y la decadencia general no afectan al ser del español, no se originan en su constitución radical, sino en esas circunstancias—¡terribles circunstancias, realidad frente a fantasmas!—que posibilitan o impiden cualquier realización. Por asfixia se puede morir en pleno vigor y sanidad. Y ésa es, en cierta medida, la tragedia de España. Su poderosísima naturaleza aguanta las mayores presiones. Y cuando ya se la cree muerta, vuelve a retomar el paso. España espera siempre, cuando no puede hacer otra cosa. Y ahí está ese siglo XVIII, más hondo y valioso de lo que se ignora. Porque parece que el siglo XVIII es un gran bache o un fantasma que no ha existido nunca. Y también está presente el siglo XIX, de una vitalidad impresionante, y si no, que lo diga el maestro Vicente Lloréns.

Gil Novales explica: «Los autores estudiados por mí pueden presentarse en cierta manera como precursores del gran movimiento ideológico del 98. Pero sólo en cierta medida. Conviene huir de las ideas simplistas, y no ver todo en relación a un momento ilustre, que no es más que una etapa en nuestro desarrollo espiritual. Antes y después del 98 han pensado los mejores españoles: lo que prevalece entre nosotros acaso no sea siempre históricamente cierto.»

Y antes había escrito Gil Novales: «A continuación doy unas muestras, sólo unas muestras, de lo mucho que se ha trabajado reflexivamente en la España de los siglos XVIII y XIX. A pesar del prejuicio inicial, el campo es inmenso y, lo confesaré con alguna ingenuidad, asombroso.» Y cita el libro de Sarrailh sobre la España «esclarecida»—¿por qué no «ilustrada», «culta», palabras sin ambigüedad?—de la segunda mitad del XVIII. (Por cierto que Gil Novales no alude a Marañón, uno de los españoles que acertó, llevado de su instinto liberal, al enjuiciar la obra de algunos hombres del XVIII: Feijoo, Jovellanos, Azara... Sobre Mor de Fuentes escribió un hermoso ensayo Azorín, ensalzando la salud de su estilo frente al retoricismo del tiempo.)

Gil Novales ha buscado para su trabajo las figuras menos conocidas de ambos siglos «o aspectos casi inéditos, estudiados a veces en libros muy de especialistas, que no han llegado al gran público culto». Valorando la aportación, injustamente olvidada, de estas figuras de los siglos XVIII y XIX, afirma: «Es una labor—la de estos hombres de ayer—que debe fecundar nuestra propia existencia.» Por fortuna, en la Historia no se hereda a beneficio de inventario, y la naturaleza es irrenunciable, aunque no estoy diciendo que estamos conformados sin solución para lo grande o para lo horrendo. Claro que va mucho del estado latente al estado actuante, de la posibilidad a la realidad. La tradición, entre otras cosas, quiere decir no tropezar dos veces en la misma piedra ni tener que empezar cada cual en Altamira antes de las pinturas rupestres.

Advierto en Gil Novales una condición que he reclamado siempre para el historiador, a más de estar vivido y aguantar el aire de la calle: el conocimiento jurídico-político, dimensión de que carecen algunos investigadores de fuste, pero sin base ni capitel. La Historia es complejísima, si bien, en gran parte, gira alrededor del Estado, tránsito de la naturaleza a la sociedad. (Desde luego, no se me olvida la diferencia entre lo oficial y lo real, entre el vestido, la escenografía y la salud auténtica.) Este conocimiento de la palabra jurídica—Sthendal leía el Código de Napoleón para templar el estilo—, palabra responsable, sin perifollos—o tan historiada que el emperejilamiento quiera meter una cosa por otra a los ojos ingenuos—, da al escribir de Gil Novales un

tono meditador, crítico, sereno y ahondador. Y un acento de nuestros días, sin apresto artificioso, sin engolamiento catedralicio, siempre dispuesto a entender. Hay que pensar que las barbas juveniles de hoy no son anticipo de monumentalidad y escayola, hombre que establece una distancia y se enmascara de seriedad, sino protesta, escándalo y postura: una manera de hacer el ridículo con uno, de inquietar al fósil que no entiende más que la rigidez. Creo que en nuestro tiempo—en el fondo, siempre—la humildad se ha desposado con el intelectual, que no se cree criatura de excepción, sino de mayor responsabilidad, hombre nada encorsetado y sin envaramiento. El que más y el que menos —y peor para el que desaprovechó la ocasión, para el marginal—ha vivido en su propia carne o en la sagrada carne de los padres, humillaciones, desacatos y rebajamientos que no han tocado a lo esencial, que ni han disminuído ni humillado, sino rehumanizado al que lo necesitó. Una de las mayores conquistas del español actual, del escritor español de ahora, repito, es la conciencia de humildad: es necesario trabajar, pues lo que no hagamos por nuestras manos se quedará sin hacer. Lo demás es publicidad, capillita o «modus vivendi», en el sentido popular, que coincide con el etimológico, aunque algo más matizado por el sudor y el aprendizaje entre la espada y la pared. Cuando veáis endiosarse a un escritor, es un pelele o un imbécil, un fantoche a quien se le ha dado todo menos el talento. Y el azar o la violencia son malos cimientos, e inestables.

Un acierto de Gil Novales es su atención a figuras sin demasiada talla—no las permitía el tiempo—, porque en ellas se da mejor el tono medio. Así, ese buen Caxa de Leruela, que representa la realidad mejor que el genio de Quevedo. Don Francisco podía fantasear—y adivinar, lo que no le ocurre a Leruela—. Este, no. Para tomar el pulso a un tiempo, hay hombres y libros insustituíbles, por lo que de opinión pública, de normalidad, de verdad histórica comportan.

Estos españoles de los siglos XVIII y XIX—la mayoría aragoneses, como el autor—, a más de no tener pelos en la pluma, de hallarse muy en claro, poseen un rasgo de simpatía que nos les acerca al corazón: estaban solos, perseguidos, ignorados, entre la indiferencia de un poder tiránico y el desconocimiento de un pueblo hambreado y analfabetizado de modo regular y continuo, como si se tratase de un servicio público. Quizá no se les deba nada fundamental—¿y la continuidad, el puente?—en la ciencia a estos hombres—¿quién crea en el vacío?—, mas todos ellos tienen un toque de hombría de la mejor cepa: no fueron más, contra su voluntad. Sufrieron por España, sospechados y perseguidos algunos. En todos ellos hay una osatura moral de primer orden, que no transigió nunca con la adulación o la mentira. Y eso que el inte-

lectual español siempre ha tenido que ser—en una u otra medida, que no es cosa de aquilatar aquí—un tanto hipócrita y a la defensiva. Y es que aquí casi nunca se ha podido decir, por unas sinrazones o por otras, con honesta desnudez. Incluso, cuando el intelectual se degrada, sirve, pero no cree en el servicio. Los hombres de los siglos XVIII y XIX que historia Gil Novales, resultan de una entereza ejemplar. Ignoramos lo que tuvieron que callar, lo que se llevase la trampa y la violencia, pero cuando hablaron dijeron con dignidad lo que se les alcanzaba. Fueron magníficos en su vida y en su obra, por lo que quizá tienen esa enorme fuerza convictiva. De no haberse opuesto los elementos a sus fuerzas, únicamente humanas—y ese tajo brutal de la invasión napoleónica que, como tantas guerras, propias o ajenas, han puesto todo patas arriba entre nosotros—hubieran hecho una España elástica, alegre, sin prejuicios y sin hambre, de cara al mundo, sin perder la originalidad, quizá acentuándola en el diálogo con los hombres. ¿Por qué—¿injusticia, ignorancia, frivolidad, intereses?—se ha tachado de estúpido al siglo XIX y de inexistente al XVIII, cuando estas venas ejemplares habrá que ligarlas al corazón y a la razón de España?

Gil Novales tiene un aire gozoso, descubridor, en la prosa de estos ensayos, porque se avista, con emoción—y con pavor, aunque la juventud se lo salte—, con el hecho esperanzador de que no procedemos del aire, que estos hombres-guadianas van enterrados en desatención, pero no dejan de estar ahí protestando por amor, encendidos de España, coronados de niebla melancólica. Contemplándoles, adelantados del futuro, nos damos cuenta de la gran estatura ética e inteligente de algunos españoles de los siglos XVIII y XIX, de los pioneros del 98 y más alla.
RAMÓN DE GARCIASOL.

AMERICA Y LA IRONIA

En una excelente traducción del catedrático Tierno Galván, acaba de publicar el Instituto de Estudios Políticos la obra de Reinhold Niebuhr «The irony on American History», que, editada primitivamente en Nueva York, ha gozado de un éxito sorprendente desde el punto de vista sociológico en los Estados Unidos.

En la historia contemporánea nos encontramos con frecuencia con aspectos trágicos y elementos pateticos, pero también se pueden advertir—y éste es el esfuerzo a que se dedica el autor—elementos irónicos. Los tres elementos: patético, trágico e irónico, pueden distinguirse con facilidad; siendo el sufrimiento causado por un daño exclusivamente

natural, el ejemplo más claro de lo patético puro; mientras que el elemento trágico es una situación humana que está constituído por la elección consciente del mal en pro del bien. Por último, lo irónico se compone de una incongruencia aparentemente fortuita de la vida que, después de un detenido examen, se descubre que no es meramente fortuita. La incongruencia, en tal sentido, es cómica, pero la ironía es algo más que comedia, ya que una situación cómica se comprueba que es una situación irónica si se descubre una relación oculta en la incongruencia.

«Nuestra cultura liberal moderna—nos dice el autor—, de la que la civilización americana es un buen ejemplo, está implicada en diversas repeticiones irónicas de sus fundamentales pretensiones de virtud, soberanía y poder. Además, como el comunismo ha elaborado algunas de sus pretensiones dentro de formas nocivas de teoría, nos hallamos envueltos en la doble ironía de enfrentarnos con daños que provienen de ilusiones que son genéricamente diferentes de las nuestras. Además, como el comunismo trata de cubrir los contrastes irónicos entre sus signos originales de justicia y de virtud, y sus realidades presentes por medio de esfuerzos desesperados cada vez mayores, para probar que su tiranía es una democracia y que su imperialismo será el cumplimiento de una paz universal, la ironía se está traduciendo en el puro mal.»

La obra comienza por un capítulo en el que se analiza el elemento irónico en la situación americana. En él encontramos un estudio muy curioso de la tradición occidental, de la cultura en ideales de entrega, como la actitud caballeresca y puesta en contrapunto con nuestra moderna civilización. «Los caballeros medievales—nos dice el autor—mezclaron el orgullo de clase y el amor de aventuras con la concepción cristiana del sufrimiento amoroso. En Don Quijote, el amor se convierte en un auténtico sufrimiento amoroso. Por consiguiente, mientras nos reímos ante las ilusiones del caballero, nos reímos con un sentido profundo del falso carácter de la propia caballería... Nuestra moderna civilización comienza mezclando los ideales cristianos de personalidad, historia y comunidad, con ideas propiamente burguesas. Cada una de las cuales es que la fe cristiana descubre posibilidades trascendentes y últimas, su difusión transmuta en simple realización histórica... Una sociedad en la que los factores del poder están oscurecidos, se admite que es una sociedad racional antes que una sociedad coactiva.»

En el segundo capítulo, bajo el título «La nación inocente en un mundo inocente», hace un estudio detenido del contraste irónico entre las esperanzas y los temores de la época de Jefferson sobre América y la situación actual. «Desde que América se ha desarrollado—nos dice

el autor—como una sociedad burguesa, en la que sólo quedan vestigios de la vieja ideología burguesa, se ha inclinado de modo natural hacia aquella ideología burguesa que da poca importancia al factor poder en las comunidades humanas e identifica interés con racionalidad.»

Como remate de la obra, en la que ha realizado un detenido análisis sociológico destacando los elementos irónicos en la historia americana y, en cierto modo, trazando una teoría general del factor irónico en la historia de América, el autor viene a afirmar que hay elementos en la historia tan claramente irónicos que se manifiestan a cualquier observador que tenga las condiciones necesarias para detectar la ironía y, por otra parte, es América una de las naciones que presentan mayor número de elementos irónicos, porque una nación que ha pasado tan rápidamente de la debilidad al poder y de la iniciación a la responsabilidad, y que se enfrenta con un enemigo que ha hecho cambiar sus inofensivas ilusiones en ilusiones peligrosas, está llamada, de un modo especial, a la incongruencia irónica. En la lucha con este enemigo, existe la posibilidad y la necesidad de vivir en una dimensión en cuyo significado las condiciones de lucha están subordinadas a un sentimiento de terror ante la amplitud del drama histórico al que estamos vinculados y un sentimiento de modestia con relación a la virtud, soberanía y poder de que disponemos para resolver las dificultades.

«Hace bastantes años—nos dice el autor—que ninguna de las concepciones íntimas derivadas de la fe son, en último término, contradictorias con nuestro propósito y deber de conservar nuestra civilización. Son, efectivamente, los requisitos previos para salvarla, porque si pereciésemos en la lucha, la dureza del enemigo sería solamente la causa secundaria del desastre; la causa primera sería que la fuerza de una nación gigante había estado dirigida por ojos demasiado ciegos para ver todas las contingencias de la lucha, y la ceguera coincidiría, no de algún accidente de la naturaleza o de la historia, sino del odio y la vanagloria.»

En conjunto, esta obra está en la línea de una serie de aportaciones de los grandes escritores americanos en los que la denuncia de un contraste es elemento fundamental de la especulación y el estudio. La idea de ironía, manejada por el autor, puede ser discutida en cuanto que lo que discute no son, en una tan gran manera, elementos irónicos como factores incongruentes que provocan un contraste y un desequilibrio entre el pensamiento y la realidad, entre la profecía y su cumplimiento y, en general, en todos los aspectos en los que se desarrolla la vida actual. Recientemente, un artículo de Arthur Koestler analizaba la era presente como la era de la paradoja. Quizá sería más clara traducción e interpretación de este concepto de ironía del profesor

Niebuhr el referirse a lo paradójico y, en última instancia, la clave de todo su profundo estudio que, redactado entre 1949 y 1951, como ciclo de conferencias universitarias, conserva todavía, en la generalidad de sus apreciaciones, su carácter testimonial y, al mismo tiempo, profundamente ejemplarizador sobre la actual y difícil coyuntura que vive nuestra civilización.—R. CHAVARRI.

LENGUA Y ESTILO DE EÇA DE QUEIROZ

La significación de Eça de Queiroz en la literatura portuguesa se apoya en dos importantes aspectos: su excepcional calidad de novelista —asequible a los lectores españoles a través de las numerosas traducciones hechas a nuestra lengua—y la profunda renovación que aportó a la prosa portuguesa—apreciable dentro de la historia de las letras portuguesas.

Para que nosotros podamos darnos cuenta, desde el centro de nuestro interés, del valor de esa renovación, tendríamos que hacer un gran esfuerzo de imaginación y considerar lo que hubiera sido la prosa española del último tercio del siglo XIX si hubiéramos llegado a esa época sin el *Corbacho* y *La Celestina,* sin la novela picaresca, sin Santa Teresa y el uno y otro fray Luis, sin Cervantes y Larra, es decir, sin aquellos escritores que fueron marcando su desarrollo progresivo, dotándola de sus mejores valores, dándole expresividad, belleza y acercamiento al habla. Una situación así venía a ser la de la prosa portuguesa. De una parte, la poesía se había aupado, ya desde sus comienzos, a una sostenida y asombrosa perfección; de otra, la prosa permanecía rígida, lenta y grave.

Fué Eça de Queiroz quien la sacó de tal situación. De él nos dice Fidelino de Figueiredo: «Fué un reformador de la lengua literaria que con él pierde su casticismo, pero gana en flexibilidad, en expresión, gracia e ironía.» Aceptando ese balance del ilustre crítico, pronto se ve que lo perdido—una vaga denominación: casticismo—representaba muchísimo menos que lo ganado.

Con lo que se acaba de apuntar queda patente el especial valor que dentro de la historiografía literaria portuguesa ha de tener un estudio de *La lengua y el estilo de Eça de Queiroz.* El empeño en sí es valioso y si se ha realizado con cumplida perfección nos encontraremos ante un libro capital para el conocimiento de la moderna literatura lusitana. Y así es, porque a tal tarea se ha aplicado el magnífico libro

que comentamos, utilizando los nuevos medios que para el estudio de una obra literaria facilita la estilística.

El doctor Guerra da Cal, español, profesor de Literatura Española en la Universidad de Nueva York, antes de ocuparse de ese principal objetivo, nos da en una brillante «introducción» el estado actual de los estudios queirocianos y un examen de la situación de la prosa portuguesa en el momento en que Eça de Queiroz va a llevar a su más alto grado la renovación parcialmente intentada por Almeida Garret, Alejandro Herculano y Camilo Castelo-Branco. Dicho examen concreta el valor de la renovación queirociana: «En general, los grandes románticos muestran una recrudescencia del amor por el estilo oratorio y una tendencia hacia las formas «nobles». Son aún «oradores por escrito». Pero a pesar de la persistente afición de todos ellos hacia la frase redondeada, de amplias cadencias clasicistas, ya empiezan a crear en ella movimientos interiores, hacia la vehemencia apasionada o hacia la entonación sentimental, que suponen un principio de cambio. Aceptan, particularmente Camilo y Garret, elementos pintorescos, e incluso crudos, del lenguaje diario, palabras de sabor local o popular. De esta manera preparan el campo para la reforma realista, abren fisuras y grietas en el duro armazón de la prosa clásica, que van a facilitar y a servir de preparación para la honda revulsión queirociana.»

«Sobre esa materia, dura y tradicional, apenas trabajada por la acción de estas grandes figuras, tuvo que operar quirúrgicamente Eça de Queiroz para ponerla al día, para transformarla en un instrumento dúctil, plástico, claro y sutil, capaz de expresar toda una nueva manera de ver la vida y el arte: todo el nuevo concepto de belleza que la «Generación de Coimbra» pone en vigor en Portugal, cuando en los comienzos del último cuarto del siglo XIX abre de golpe las ventanas del espíritu nacional al complejo panorama de arte, ideas y sentimientos del siglo europeo, ligando de nuevo la cultura portuguesa al movimiento universal.»

¿En qué consistió y de qué recursos y procedimientos se sirvió la labor renovadora del gran novelista? Para dar respuesta, Guerra da Cal va sometiendo a riguroso estudio la prosa de Eça de Queiroz, poniendo de relieve la novedad y necesidad de su reforma estilística, el ideal literario del autor y su culto a la forma.

Constatado el hecho de que «el estilo de Eça de Queiroz marca un jalón definitivo en la historia y evolución moderna del arte de escribir en lengua portuguesa», es necesario precisar, mostrando su progresiva andadura, las etapas de tan profunda renovación; «someter a disección el cuerpo de la prosa quirociana, para buscar en los elementos lingüísticos los nexos íntimos del fenómeno de creación estética, que nos

permitan llegar a sus centros de excitación espiritual»; para ello «será conveniente establecer aquellas características determinantes de su estilo, que más evidentemente lo definen y le prestan patente e inmediata personalidad, dentro del marco histórico de la literatura portuguesa".

Para llegar a las más profundas vetas de esa prosa, el doctor Guerra da Cal ha sometido a perspicaz y atentísimo análisis la obra de Eça de Queiroz: la palabra (en sus categorías de sustantivo, adjetivo, verbo y adverbio, tanto en su caudal léxico como en sus valores expresivos) y la frase (señalando sus caracteres generales, su acortamiento apoyado en un deseo estético y en un intento de aproximar la lengua literaria a la lengua viva, sus valores melódicos, sus estructuras rítmicas). El análisis estilístico que aquí se nos ofrece es convincente. Sabido es que tales análisis desembocan frecuentemente en el más isleño subjetivismo: los analizadores encuentran interpretaciones que sólo para ellos mismos valen, que ni estaban en el autor analizado ni están en los demás lectores de las obras analizadas. A través de numerosas calas en la prosa queirociana no encontramos un solo caso en que tal subjetivismo invalide o reduzca la importancia de los hallazgos realizados en el libro del profesor español.

Un estudio tan minucioso y sagaz permite al señor Da Cal llegar a una *conclusión,* en la que el valor de la prosa de Eça de Queiroz queda exactamente precisado: «A través de nuestro análisis hemos hallado que Eça emplea una gran variedad de frases, con las que obtiene una multiplicidad de ritmos, que él organiza en ricas combinaciones y cruces. En ese conjunto se marcan dos orientaciones, muy definidas, que parecen estar en conflicto. De una parte, una tendencia a buscar un tipo de expresión nuevo: breve, desarticulado, cortado, lleno de anteposiciones y postposiciones. Una frase que busca revolucionariamente contrariar todo lo habitual y esperado, y que toma la contrapartida de la oratoria, tratando por todos los medios posibles de obtener una línea melódica de un concepto armónico completamente distinto, en cadencias menores, quebrada en choques, cortes y distancias, que buscan herir los hábitos del oído de la literatura nacional. Una frase, en fin, que persigue dar—engañosamente—la impresión del descuido afectivo de la expresión hablada, de la formulación de un pensamiento en estado naciente, que se expresa espontáneamente según se va modelando. Y conviviendo con esta tendencia, la contraria: un desarrollo oratorio, dentro de la más pura tradición clásica, con amplios desenvolvimientos retóricos, en ramificaciones de una arquitectura calculada con minuciosa precisión. Ambas tendencias aparecen cruzadas, contradiciéndose mutuamente en expresivos choques, reveladores del conflicto interior. Transiciones súbitas de las cadencias amplias de una prosa de

orquestación «noble», elocuente, clásica, a movimientos de expresión sueltamente natural, dentro de las pautas más revolucionarias de la literatura europea del momento; alternaciones de los desarrollos retóricos más cerradamente sistemáticos, con las líneas quebradas, irregulares y afectivas de la conversación. De ese contraste de un estilo que posee dos direcciones rítmicas, simultáneas y contradictorias, que conviven en simbiosis, sirviéndose y condicionándose mutuamente, nace la original personalidad melódica de la prosa queirociana, en la que se manifiesta, una vez más, la polaridad constante de su psique. Todo esto, naturalmente, implica virtuosismo y retórica. Pero Eça supo hacer, por el toque mágico de su superior capacidad de creación literaria, un uso tan sutil de ese virtuosismo, que lo que en otro sería fórmula, receta, simple oficio aprendido, en él es una compleja realidad estilística de la más alta calidad, donde las fronteras de lo espontáneo y lo calculado son difícilmente discernibles. Del choque de una vieja y una nueva retórica, lo que surge con plena virtud estética es la sensación aguda de una personalidad literaria específica, original, que, como todo espíritu auténticamente creador, funde en una síntesis misteriosa lo vitalmente renovador de su tiempo con los elementos positivos de la tradición, revelando así una nueva visión artística del mundo, dentro del genio, irrenunciable, de su lengua y su cultura.»

Larga es la transcripción, pero la hemos juzgado necesaria. A esas conclusiones se ha llegado con el más sistemático rigor, hemos ido caminando hacia ellas a través de numerosos análisis. Y son la mejor caracterización que conocemos del estilo del gran novelista portugués.

Para completar su estudio, el autor dedica, tras tal conclusión, sendos capítulos a la poetización de la prosa de Eça, a su originalidad estilística y a la influencia que Eça de Queiroz ha ejercido en Portugal y Brasil, en los realistas españoles, en la generación del 98, en Miró, Julio Camba y Wenceslao Fernández Flórez, y en las literaturas hispanoamericanas.—ILDEFONSO-MANUEL GIL.

PINTURA JOVEN ECUATORIANA

Caracterizar una manifestación pictórica adjetivándola de "joven" puede tener justificación solamente refiriéndola a la edad de los artistas. Una obra de arte, en sí, no puede ser ni joven ni vieja, porque el concepto de edad estéticamente no significa nada y, por consiguiente, no puede ser trasplantado a la órbita en la cual se juzga y aprecia una obra o una manifestación artística.

Solamente refiriéndonos a la personalidad del artista, a su trayectoria creativa, podemos hacer referencia a la edad de su pintura o a la madurez de su arte.

La aparición en el ámbito cultural de nuestro país de un grupo de pintores jóvenes que han presentado su primera exposición de conjunto, merece reflexionar sobre el futuro de nuestro arte pictórico, que, en gran medida, dependerá de este grupo de pintores jóvenes de hoy día.

Como premisa esencial para tratar cualquier aspecto de esta pintura es preciso desterrar cualquier prejuicio que se tuviere respecto a ella y que conduzca a desestimarla por el hecho de ser joven o, mejor dicho, por causa de la juventud de sus artistas. Puede ser que determinados pintores jóvenes no hayan alcanzado todavía en su producción y en su trayectoria plástica la madurez de su arte, o sea el punto en donde han culminado sus búsquedas y experiencias anteriores. Pero puede también acontecer lo contrario, que a pesar de la juventud o gracias a ella, la obra realizada tenga contornos que marquen una *mayoría de edad,* tanto emocional como artística.

Con estas reflexiones iniciales, consideremos brevemente el significado que puede tener la obra de ese grupo de pintores jóvenes: Villacís, Viteri, Cifuentes, Cevallos, Andrade, Muriel, que expusieron sus obras en los salones del Museo de Arte Colonial.

La existencia de un grupo de pintores jóvenes es un hecho que tiene una vital importancia histórico-cultural, pues señala quizás el inicio de una nueva etapa en el desarrollo evolutivo de nuestra pintura.

Este grupo de artistas no ha aparecido de modo repentino. En arte casi todo lo válido se hace lentamente, tras largas y a veces penosas gestaciones, excepto casos muy raros de genios que surgen como meteoros, pero que, también como ellos, no pocas veces se apagan después de un fugaz deslumbramiento. Cuadros de estos pintores los hemos visto antes en diversas exposiciones, pero lo que es preciso destacar es que por primera vez se han presentado cohesionados, formando grupo, con una verdadera intención generacional. Y esto tiene una trascendencia que debe ponerse de relieve porque puede ser que estemos frente a un fenómeno de renovación evolutiva de nuestro arte y en presencia de un nuevo horizonte cargado de nuevos contenidos y posibilidades que pugna por abrirse paso mediante el empuje entusiasta de una nueva generación que desea pintar un poco de espaldas a la generación pictórica inmediatamente anterior, lo cual, en vez de constituir un defecto es la virtud que permite una evolución benéfica y saludable para el arte. Lo contrario, el enclaustramiento dentro de las

formas y los contenidos *heredados,* no conduce sino a la esterilización y al desfallecimiento irremediable de todas las facultades creadoras.

Los artistas jóvenes se han agrupado llevados por un "elan" común, por vigencias e inquietudes plásticas que los aproximan. El deseo de agruparse ha culminado en ellos no como efecto de razonamientos circunstanciales de carácter secundario y accesorios frente al hecho artístico, sino que ha brotado espontáneamente, por móviles o imperativos internos radicados en la esencia de la creación y realización artística. La valoración conjunta de sus obras descubrió en ellos analogías y se encontraron alineados en un mismo derrotero. Entre sí se hallan identificados por su impulso vital y el deseo íntimamente sentido de pintar para expresar contenidos originales que vitalicen con su savia el árbol de nuestra pintura contemporánea. Porque ya no se puede hablar de pintura contemporánea ecuatoriana sin hacer referencia destacada a este grupo de pintores jóvenes. Y, sin irreverencia para nadie, puede afirmarse que la crítica plástica tendrá que preocuparse cada vez más de estos nuevos valores, enfocándolos con mayor intensidad aún cuando tenga que poner en la penumbra o sumir en la oscuridad a valores que ahora aparecen con el carisma de la consagración.

La crítica jamás puede permanecer atenta únicamente al examen del fenómeno artístico de un determinado período histórico, repitiendo hasta el cansancio lo que ya se ha dicho en todos los tonos. Debe, por lo contrario, manifestarse vitalmente sensible a esas nuevas expresiones que desde su honda problematicidad van creando un nuevo panorama y abriendo los cauces por donde circule una remozada sensibilidad.

La evolución de la pintura es un hecho que debe ser intuído y al cual debe prestarse atención desde el comienzo, que no siempre es fácil de captar y discernir. El transcurso de la vida, en ciertos sectores del espíritu, es continuo e incesante, pero al mismo tiempo, su curso es lento y sin sobresaltos; así llega un momento en que descubrimos en nosotros ideas o esquemas mentales que correspondieron al pasado, pero que ya no tienen vigencia. Es preciso entonces un ajuste de nuestra sensibilidad y de nuestras facultades espirituales a las palpitaciones del momento para captar en toda su verdad las nuevas voces que han ido integrándose en un coro que anuncia un nuevo mensaje.

El grupo de pintores jóvenes que abrieron su primera exposición de conjunto tiene valores individuales que anteriormente han sido reconocidos, debiendo citar especialmente a Villacís, Cifuentes, Muriel y Viteri, a los que se suma Andrade, la última revelación de la exposición Mariano Aguilera. También debe añadirse a ellos, porque indis-

cutiblemente pertenecen al grupo, los ausentes Oswaldo Moreno, Tábara, Maldonado. Todos ellos son jóvenes, algunos fueron compañeros en la Escuela de Bellas Artes de Quito y a todos se los ve comprometidos, dentro de un verdadero y auténtico sentido generacional, con los nuevos derroteros de la práctica ecuatoriana. De su trabajo, fecundo y expresivo, debemos esperar muchas realizaciones maestras (ay del artista cuya obra esté cerrada y no ofrezca una ventana de promesas para el futuro), pero lo que hasta este momento han dado es bastante como para que se destaquen nítidamente en el panorama de nuestra pintura. La esperanza y la fe que es preciso depositar en su trayectoria artística tiene sólidos fundamentos, como nos lo ha demostrado con clara elocuencia la magnífica exposición que emprendió camino al Brasil, la tierra del gran Portinari.

Enjuiciar la obra de estos pintores en términos que tengan validez para todo el conjunto es tarea bastante difícil, excede los límites de esta crónica y quizás sea imposible porque lo que puede ser justo y válido para uno o dos de ellos puede no serlo para el resto. Cada uno tiene su propia visión, su irrefragable personalidad y su pintura, naturalmente, es diferente. Ya dijo Camón Aznar que los artistas se diferencian como planetas distintos. Aquello que les une es más bien una vocación espiritual, una intención, como decíamos más arriba, de encauzar la pintura dentro de una nueva visión que se separa de los moldes tradicionales, entendiendo por tradición aquella que se sitúa inmediatamente anterior a ellos. No quisiera terminar estas consideraciones sin dejar formulada una pregunta concreta y fundamental. ¿Cuál será el futuro de la pintura ecuatoriana? ¿Hacia dónde vamos con este grupo valioso de artistas? Las tendencias que se anuncian son diversas y algunas quizás todavía no se manifiesten claramente. Muriel y Viteri se mueven dentro de una modalidad expresionista, más controlada intelectualmente por el primero de ellos. En Viteri la técnica es la tensión dramática, la emoción. Villacís, junto con Cifuentes, sugieren un camino más apartado de lo figurativo. Sus obras rozan la abstracción y hacia allá apunta este momento su sensibilidad pictórica. Andrade y Cevallos, en el grupo, se están situando y todavía no es fácil ubicarlos en alguna tendencia. De todos modos, como decía Valery, "debemos enriquecernos con nuestras mutuas diferencias."—CLAUDIO MENA.

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

PÁGINAS DE COLOR

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante De la Torre.